

A close-up portrait of a man with dark hair and a beard, wearing a dark blue pinstriped suit jacket over a light blue dress shirt. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is a solid dark blue.

LEALTAD
Y
MENTIRAS

Imperio Vitale 4

MEG SHANNON

Lealtad y Mentiras

Imperio Vitale

Libro 4

Meg Shannon

Copyright 2024 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, transmitida o distribuida en ninguna forma impresa o electrónica por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

Acerca de este libro

Cuando Luca Vitale, un temido ejecutor de la poderosa familia Vitale, es arrestado en la fiesta de compromiso de su hermano, su vida da un giro inesperado. Al recibir una oferta del FBI para infiltrarse en la letal Hermandad Corsa a cambio de su libertad, Luca debe navegar por un mundo de engaños, peligros y traiciones, todo mientras mantiene oculta su verdadera identidad. Pero a medida que aumentan las apuestas, Luca se siente atraído por la única mujer en quien no debería confiar: la agente del FBI Bella Marino.

Bella Marino ha dedicado su vida a derribar a los criminales más peligrosos, y Luca Vitale no es una excepción. Pero cuando se ve obligada a trabajar con él, las líneas entre el deber y el deseo comienzan a desdibujarse. Mientras enfrentan juntos a la Hermandad, Bella se da cuenta de que Luca no es el monstruo que una vez creyó. Dividida entre su misión y sus crecientes sentimientos, Bella debe decidir si puede confiar a Luca su corazón, o si él es solo otro enemigo esperando para traicionarla.

A medida que se adentran más en las operaciones de la Hermandad, la atracción entre Luca y Bella se vuelve imposible de ignorar. Pero con el peligro acechando en cada esquina, su romance prohibido podría ser su perdición. En un mundo donde la lealtad lo es todo y la traición es inevitable, ¿podrán sobrevivir el tiempo suficiente para encontrar su final feliz? ¿O los secretos que se guardan el uno al otro los destruirán a ambos?

En «Amor encubierto», la pasión y el peligro colisionan en un juego de engaños de altas apuestas, donde el precio del amor podría ser la muerte. ¿Arriesgarán Luca y Bella todo para estar juntos, o la oscuridad de sus pasados los separará para siempre?

Esta cuarta entrega llena de adrenalina en la Serie de Romance Mafioso del Imperio Vitale te dejará sin aliento, mientras el amor y la lealtad son puestos a prueba al máximo.

Capítulo 1

Luca

El frío metal de las esposas me mordía las muñecas mientras la voz de la maldita agente del FBI cortaba el silencio atónito del gran vestíbulo.

—Luca Vitale, queda arrestado por delincuencia organizada —anunció, con un tono firme y autoritario—. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga puede y será usado en su contra en un tribunal.

Permanecí inmóvil, intensamente consciente de las docenas de ojos fijos en mí. La conmoción era palpable: los invitados congelados en medio de sus conversaciones, las copas de champán suspendidas en el aire. Mi mandíbula se tensó involuntariamente mientras procesaba la situación.

¿Cómo había ocurrido esto? Yo mismo había investigado a cada camarero personalmente. Sin embargo, aquí estaba, rodeado de agentes del FBI disfrazados de personal de servicio. La traición me escocía, pero aparté ese sentimiento. Habría tiempo para la venganza más tarde.

—Tiene derecho a un abogado —continuó, con un agarre firme en mi brazo—. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio.

Vislumbré a Elena, la prometida de Marco, con el rostro pálido de incredulidad. Se suponía que esta era la celebración de su compromiso. Ahora se había convertido en algo completamente distinto.

La voz nítida de Giovanni cortó mis pensamientos.

—Luca —dijo, dando un paso adelante con determinación, su expresión grave—. No digas una palabra hasta que estemos juntos en la sala de interrogatorios.

Asentí levemente, agradecido por su rápido pensamiento. La presencia tranquila de Giovanni era un marcado contraste con el caos que se desarrollaba a nuestro alrededor.

—¿Entiende estos derechos tal como se los he leído? —preguntó ella, completando la advertencia Miranda.

Permanecí en silencio, siguiendo el consejo de Giovanni. Mi mente trabajaba a toda velocidad, analizando posibles puntos débiles en su caso, considerando cuáles de nuestras operaciones podrían haber sido comprometidas.

—Señor Vitale —insistió Bella, endureciendo ligeramente su tono—. Necesito una confirmación verbal de que entiende sus derechos.

Giovanni intervino con suavidad.

—Mi cliente entiende sus derechos y elige ejercer su derecho a guardar silencio en este momento. Y agente, necesitaré su nombre.

—Soy la Agente Especial Bella Marino —dijo, con orgullo en su voz.

Encontré la mirada de Bella, permitiendo que un atisbo de desafío se mostrara a través de mi expresión por lo demás impenetrable. Puede que me haya tomado por sorpresa, pero esto estaba lejos de terminar. La familia Vitale había enfrentado cosas peores y había salido victoriosa.

Mientras Bella comenzaba a guiarme hacia la salida, capté la mirada de Giovanni una vez más. Su leve asentimiento transmitía volúmenes: una promesa silenciosa de que él se encargaría de esto, todo lo que yo tenía que hacer era quedarme quieto y callar.

El peso de la situación me oprimía mientras nos movíamos entre la multitud. Pero bajo la tensión superficial, una resolución familiar comenzaba a construirse. No era el primer Vitale en ser arrestado, y no sería el último.

De repente, estalló un alboroto detrás de nosotros. Me giré para ver a Marco abriéndose paso entre la multitud, su rostro contorsionado por la furia. Sus ojos verdes ardían mientras se fijaban en Bella y los otros agentes.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —rugió Marco, su voz haciendo eco en el vestíbulo—. ¡No pueden simplemente irrumpir y arrestar a mi hermano!

Me tensé, preocupado de que el arrebato de Marco pudiera empeorar nuestra situación. Sus instintos protectores eran admirables, pero podían ser un pasivo si no se mantenían bajo control.

Bella se enfrentó a Marco, su comportamiento imperturbable.

—Señor Vitale, su hermano está siendo arrestado por múltiples cargos relacionados con actividades del crimen organizado.

—¡Esto es ridículo! —escupió Marco—. ¿Están arruinando la celebración de nuestra familia basándose en qué? ¿Mentiras y acusaciones falsas?

Quería decirle a Marco que se calmara, que dejara que Giovanni manejara esto, pero sabía que hablar ahora sería imprudente. Tenía que confiar en que mis hermanos navegarían esta crisis.

Bella sacó un documento de su chaqueta.

—Tengo la orden de arresto aquí mismo, detallando los cargos —Se la entregó a Giovanni, quien la aceptó con una expresión sombría.

Mientras Giovanni examinaba la orden, noté que la ira de Marco flaqueaba ligeramente. La realidad de nuestra situación estaba calando, y podía ver las ruedas girando en su cabeza mientras reevaluaba nuestras opciones.

Capté la mirada de Marco, dándole una sutil sacudida de cabeza. "No aquí, no ahora", deseé que entendiera. Necesitábamos reagruparnos, planear nuestro próximo movimiento cuidadosamente.

Los ojos de Giovanni recorrieron la orden, su ceño frunciéndose más con cada línea. Contuve la respiración, leyendo su reacción. Cuando me miró, sus ojos azul acero transmitieron un mensaje silencioso: Esto era serio, pero nada que él no pudiera manejar.

Una mezcla de temor y alivio me invadió. Los cargos eran graves, pero confiaba en la experiencia legal de Giovanni. Si alguien podía encontrar una salida a este lío, era él.

Marco, aún hirviendo, se volvió hacia Bella.

—¿No podrían haber hecho esto en privado? ¿Tenían que humillar a nuestra familia frente a todos?

El rostro de Bella permaneció impassible.

—La naturaleza de los cargos requería acción inmediata, señor Vitale. No hacemos excepciones basadas en reuniones sociales.

Vi la mandíbula de Marco tensarse, sus ojos verdes destellando con rabia apenas contenida.

—Esto es una caza de brujas —siseó—. No tienen idea de con quién se están metiendo.

Hice una mueca interna ante la amenaza apenas velada de Marco. Era exactamente el tipo

de declaración que podría ser usada en nuestra contra más tarde. Necesitaba poner fin a esta confrontación antes de que escalara más.

—Marco —dije, manteniendo mi voz baja y firme—. Deja que Giovanni se encargue de esto.

La mirada de Marco se clavó en mí, conflictuada. Podía verlo luchando entre su deseo de protegerme y la lógica de seguir los canales legales. Después de un tenso momento, dio un brusco asentimiento.

Bella observó nuestro intercambio con gran interés. Encontré su mirada, negándome a mostrar debilidad. Fuera lo que fuera lo que viniera después, lo enfrentaría de frente.

—Es hora de irnos, señor Vitale —dijo Bella, su tono profesional.

Asentí, mi mente trabajando a toda velocidad mientras calculaba nuestros próximos movimientos. El peso de las esposas se sentía más pesado con cada segundo que pasaba.

—Guíe el camino —dije, forzando una calma que no sentía del todo.

Mientras Bella me guiaba hacia la entrada principal de la mansión, sentí los ojos de cada invitado taladrándome. La fiesta, antes animada, se había convertido en susurros apagados y miradas de asombro. Mantuve la cabeza en alto, negándome a darles la satisfacción de verme flaquear.

—Siga caminando —murmuró Bella, su mano en mi codo.

Obedecí, mis pensamientos volviéndose hacia el control de daños. ¿Cuántos de nuestros asociados estaban aquí esta noche? ¿Cómo afectaría esto a nuestros negocios? Las posibles consecuencias eran abrumadoras.

Salimos al exterior, el fresco aire nocturno contrastando marcadamente con la atmósfera asfixiante del interior. Un SUV negro esperaba al pie de las escaleras, sus placas gubernamentales brillando bajo las luces del camino de entrada.

—Cuidado con la cabeza —dijo Bella mientras abría la puerta trasera.

Me detuve un momento, asimilando la escena. Nuestro césped perfectamente cuidado ahora estaba repleto de agentes del FBI. ¿Cuánto tiempo llevaban planeando esto?

Mientras me agachaba para entrar en el vehículo, atisé el rostro determinado de Giovanni entre la multitud. Su leve asentimiento me tranquilizó. Fuera lo que fuera lo que viniera después, no lo enfrentaría solo.

La puerta se cerró de golpe detrás de mí, amortiguando el alboroto exterior. Tomé una respiración profunda, tratando de calmar mi corazón acelerado. El asiento de cuero crujió cuando me moví, las esposas clavándose en mis muñecas.

A través de las ventanas tintadas, observé cómo Giovanni se dirigía con determinación hacia su coche. Su mandíbula estaba tensa, los ojos enfocados. Conocía esa mirada: ya estaba formulando una estrategia.

—Tiene derecho a guardar silencio, pero no necesita hacerlo si prefiere terminar con esto rápidamente —comenzó Bella desde el asiento delantero, su voz firme y profesional.

La ignoré, mi mirada fija en la mansión. Marco estaba de pie en las escaleras, su rostro una máscara de furia apenas contenida. Nuestros ojos se encontraron por un breve momento antes de que el SUV arrancara.

Mientras nos alejábamos, capté una última visión de Elena. Su rostro pálido estaba grabado con shock y confusión. La imagen retorció algo dentro de mí. Se suponía que esta era su noche, su celebración. Ahora estaba arruinada por mi culpa. No, por culpa de esta maldita agente.

El convoy de vehículos serpenteó por nuestro largo camino de entrada. En el espejo

retrovisor, divisé el elegante sedán negro de Giovanni alineándose detrás de nosotros.

—Su hermano nos está siguiendo —notó el agente a mi lado, con tono neutral.

No respondí. En su lugar, cerré los ojos, tratando de centrarme. El viaje por delante sería largo, y necesitaba cada gramo de compostura que pudiera reunir.

—¿Estás bien ahí atrás, Vitale? —llamó Bella por encima del hombro.

Abrí los ojos, encontrando su mirada en el espejo. Pero no dije nada.

Mientras nos incorporábamos a la autopista, me armé de valor para lo que vendría. El juego había cambiado, pero me condenaría si les dejara verme sudar.

Las luces de la ciudad se desdibujaban mientras nos dirigíamos a toda velocidad hacia la sede del FBI. Mi mente trabajaba a toda velocidad, catalogando cada debilidad potencial en su caso, cada posible ángulo que pudiéramos explotar.

—Has estado muy callado, Luca —comentó Bella, rompiendo el tenso silencio.

Mantuve mi rostro impassible mientras miraba por la ventana.

Ella se rió, pero no había calidez en ello.

—Está bien, no tenemos que hacer charla trivial. Me dirás todo lo que necesito después de que te registre.

Mientras entrábamos en el estacionamiento subterráneo del edificio del FBI, mi estómago se tensó. Esto era. El momento de la verdad.

Dos agentes me flanquearon mientras entrábamos por una puerta trasera, guiándome por un pasillo austero. Las luces fluorescentes zumbaban sobre nuestras cabezas, proyectando duras sombras.

—Por aquí —gruñó uno de ellos, señalando una puerta.

Las esposas de acero me mordían las muñecas mientras el agente me empujaba hacia adelante, su agarre firme en mi brazo. Entré en la sala de registro, las duras luces fluorescentes quemándome los ojos después de los pasillos tenuemente iluminados. Una fila de sillas vacías se alineaba en una pared, atornilladas al suelo de baldosas desgastadas.

Bella se dirigió al mostrador.

—Luca Vitale —Su tono bordeaba el desdén mientras dejaba caer mi expediente frente al sargento.

El sargento comenzó el tedioso proceso de registro: huellas dactilares, foto policial, listado de mis datos personales. Respondí a las preguntas rutinarias, una energía inquieta vibrando bajo mi piel, ansiando movimiento, ansiando acción. Mi mirada seguía desviándose hacia Bella, memorizando cada detalle de ella: desde su brillante cola de caballo hasta las pecas esparcidas por su nariz.

—Regístrenlo —La orden de Bella cortó el zumbido de la voz del sargento.

Mi labio se curvó mientras dos oficiales corpulentos se acercaban. No resistí, permitiéndoles que me llevaran a la habitación contigua, aunque ansiaba pelear. Exhalando un suspiro brusco, enfoqué mi atención hacia adentro, buscando ese núcleo de paciencia tranquila.

Bella observaba por la ventana, su expresión indescifrable. Capté un atisbo de vulnerabilidad en las profundidades verdes de sus ojos antes de que su máscara volviera a su lugar. Ambos sabíamos que nuestros caminos no deberían haberse cruzado.

Terminado el registro corporal, me llevaron de vuelta al área de ingreso. Bella garabateaba notas, el rasgueo de su bolígrafo increíblemente fuerte en el silencio.

—Tenemos suficiente para encerrarte de por vida, y una vez que empieces a hablar, derribaremos toda tu organización —dijo sin levantar la vista.

El sargento me agarró del brazo y me empujó a través de una puerta de seguridad y por

un pasillo gris y lúgubre con puertas etiquetadas como Interrogatorio. Bella abrió la puerta de la Sala de Interrogatorios 3 y él me empujó dentro.

Entré en la sala de interrogatorios, mis ojos captando inmediatamente cada detalle. Una mesa, cuatro sillas, un gran espejo en una pared. Disposición estándar.

Mientras me quitaban las esposas y me aseguraban a la mesa, capté mi reflejo en el espejo. Mi traje estaba arrugado, mi cabello despeinado. Pero mis ojos estaban claros y enfocados.

—Ponte cómodo —dijo Bella, su voz rebosante de sarcasmo—. Volveremos pronto.

La puerta se cerró tras ella con un clic que sonó definitivo.

Exhalé lentamente, rotando los hombros para liberar algo de tensión. Ahora venía la parte difícil. Esperar. Y esperar que dejaran entrar pronto a Giovanni.

Los minutos pasaban como horas. Mantuve mi respiración constante, enfocándome en un pequeño rasguño en la superficie de la mesa. Mi mente repasaba posibles escenarios, pero me obligué a mantener la calma. El pánico solo llevaría a cometer errores.

La puerta se abrió y levanté la vista. Giovanni entró a zancadas, su rostro una máscara de indiferencia profesional. Pero conocía a mi hermano. Podía ver la preocupación en sus ojos, la ligera tensión en su mandíbula.

—Luca —dijo, sentándose a mi lado. Su voz era baja, controlada—. ¿Estás bien?

Asentí. —Estoy bien, Giovanni. ¿Cuál es nuestro plan aquí?

Giovanni se inclinó, su voz apenas por encima de un susurro. —Tienen algunas pruebas, pero son circunstanciales. Podemos trabajar con eso. Esto es lo que vamos a hacer.

Expuso nuestra estrategia, sus palabras precisas y medidas. Escuché atentamente, memorizando cada detalle.

—Recuerda —dijo Giovanni, sus ojos fijos en los míos—. Después de cada pregunta, espera mi señal antes de responder. No dejes que te provoquen para hablar. ¿Puedes hacer eso?

—Por supuesto —respondí, sintiendo una oleada de gratitud por la presencia de mi hermano—. Confío en ti, Giovanni. Hemos pasado por cosas peores.

Los labios de Giovanni se curvaron en un atisbo de sonrisa. —Así es. Ahora, superemos este interrogatorio. Mantén la calma, mantente enfocado. Te sacaré de aquí tan pronto como pueda.

Asentí, cuadrando los hombros. Fuera lo que fuera lo que viniera después, sabía que no lo enfrentaría solo.

La puerta se abrió de nuevo. Bella entró a zancadas, seguida por otro agente que no reconocí. Sus rostros eran duros, todo negocios. Mantuve mi expresión neutral, recordando el consejo de Giovanni.

Bella se sentó frente a mí, sus ojos taladrando los míos. —Señor Vitale, está aquí por múltiples cargos relacionados con actividades del crimen organizado —Comenzó a enumerar las acusaciones, su voz nítida y autoritaria.

Escuché sin reaccionar, aunque cada cargo se sentía como un golpe. Crimen organizado. Lavado de dinero. Extorsión. La lista continuaba.

—Tenemos pruebas sustanciales que lo vinculan a estos crímenes —continuó Bella, deslizando una carpeta sobre la mesa.

No la toqué. Podía sentir la presencia de Giovanni a mi lado, firme y reconfortante.

—¿Entiende los cargos en su contra, señor Vitale? —preguntó Bella.

Esperé, contando los segundos. La mano de Giovanni se movió ligeramente sobre la mesa, nuestra señal acordada.

—Sí —dije, con voz nivelada.

Bella se inclinó hacia adelante. —¿Le gustaría explicar su participación en estas actividades?

De nuevo, esperé. Ninguna señal de Giovanni.

—Señor Vitale, el silencio no ayudará a su caso —intervino el otro agente.

Mantuve la mirada en Bella, sin decir nada. Mi corazón latía aceleradamente, pero me aferré a mi compostura. Una palabra equivocada podría hacer que todo se viniera abajo.

—Tenemos testigos —dijo Bella, su tono endureciéndose—. Personas dispuestas a testificar en su contra.

Sentí un destello de preocupación. ¿Quién nos había traicionado? Pero aparté el pensamiento. Concéntrate en el presente, me dije a mí mismo. Confía en Giovanni.

La tensión en la habitación era palpable. Casi podía saborearla en mi lengua. Pero me mantuve firme, esperando la guía de Giovanni. Mi destino pendía de un hilo, pero no dejaría que el miedo me controlara. Ni ahora. Ni nunca.

Capítulo 2

Bella

Golpeé mi bolígrafo contra la carpeta del expediente, manteniendo el contacto visual con Luca. Su expresión estoica me irritaba, pero admiraba su compostura. Necesitaba romper ese muro.

—Señor Vitale, estamos preparados para ofrecerle un trato —dije, inclinándome ligeramente hacia adelante.

Los ojos de Giovanni se entrecerraron. —¿Qué clase de trato?

Miré al agente Tanaka, quien asintió de manera casi imperceptible. Habíamos ensayado este momento innumerables veces.

—Una oportunidad de trabajar con nosotros —respondí, manteniendo mi voz firme—. Para derribar a un enemigo mutuo.

La expresión de Luca no cambió, pero capté un destello de interés en sus ojos. Continué presionando.

—La Hermandad Corsa. Sabemos que están dirigiendo una red de tráfico de personas. Queremos su ayuda para desmantelarla.

Giovanni se burló. —¿Espera que mi cliente se convierta en informante?

—No informante —corregí—. Agente encubierto.

Luca habló por primera vez, su voz baja y controlada. —¿Por qué debería ayudarles?

Me incliné más cerca. —Porque esto no se trata de traición. Se trata de derribar a un enemigo mutuo. Una organización que se beneficia del sufrimiento humano.

La mandíbula de Luca se tensó, y supe que había tocado una fibra sensible. La familia Vitale podría ser criminal, pero incluso ellos tenían líneas que no cruzarían.

Encontré su mirada. —Porque ambos sabemos que los Vitale no se involucran en el tráfico de personas. Va contra su código.

—¿Qué gana mi cliente? —intervino Giovanni.

—Borrón y cuenta nueva —respondí—. Todos los cargos serán retirados si la operación tiene éxito.

Observé a Luca cuidadosamente, buscando cualquier reacción. Su rostro permaneció impassible, pero sentí los engranajes girando en su mente. La oferta estaba sobre la mesa. Ahora venía la parte difícil: convencerlo de que la aceptara.

Tomé una respiración profunda y abrí el archivo frente a mí. Era hora de exponer nuestro caso.

—Repasemos los cargos contra usted, señor Vitale —dije, con voz firme—. Lavado de dinero, crimen organizado, extorsión. Tenemos registros financieros que rastrean millones en fondos ilegales a través de sus empresas fantasma.

El rostro de Luca permaneció pétreo, pero noté que sus dedos se tensaron ligeramente en el reposabrazos.

—También hemos interceptado comunicaciones que lo implican en varios crímenes de alto perfil —continué—. Y tenemos múltiples informantes listos para testificar en su contra.

Giovanni se inclinó hacia adelante, sus ojos azul acero penetrantes. —Esa es una lista bastante larga, agente Marino. ¿Le importaría compartir alguna de esa evidencia condenatoria?

Dudé por una fracción de segundo. Teníamos algo de evidencia, sí, pero ni de cerca tanta como había afirmado. Era un farol, y uno arriesgado.

—Me temo que eso es clasificado en esta etapa —respondí, forzando confianza en mi voz.

Los labios de Giovanni se curvaron en una ligera sonrisa burlona. —Qué conveniente. Porque desde donde estoy sentado, su caso parece endeble en el mejor de los casos.

Mi ritmo cardíaco se aceleró. Estaba llamando mi farol.

—Los registros financieros pueden ser manipulados —continuó Giovanni—. Las comunicaciones interceptadas a menudo son inadmisibles. ¿Y los informantes de la cárcel? Notoriamente poco fiables.

Luché por mantener mi expresión neutral, agudamente consciente de la intensa mirada de Luca. Un movimiento en falso, y toda esta operación podría desmoronarse.

—Esta evidencia no se sostendría en un tribunal —concluyó Giovanni—. Y creo que usted lo sabe, agente Marino.

Tragué saliva, mi mente corriendo en busca de una respuesta que pudiera salvar la situación.

—Tiene razón, señor Rossi —concedí—. La evidencia que tenemos podría no ser suficiente para una condena. Pero, ¿está dispuesto a arriesgar la vida de su hermano?

Volví mi atención a Luca, mirándolo a los ojos. Su mirada oscura era intensa, ilegible.

Giovanni interrumpió, su tono afilado. —¿Y qué garantías puede ofrecer respecto a la seguridad de mi cliente durante esta supuesta misión?

Me volví para dirigirme a él directamente. —El FBI proporcionará todo el apoyo y los recursos necesarios para garantizar la protección del señor Vitale. No lo estamos enviando a ciegas.

—Sea específica —exigió Giovanni, sus ojos azules fríos.

—Equipo de vigilancia de última generación, un equipo de apoyo dedicado y un plan de extracción si las cosas se complican —respondí—. Informaremos al señor Vitale sobre cada aspecto de la operación antes de que ponga un pie en territorio corso.

Mientras hablaba, seguí las reacciones de Luca. Su postura había cambiado sutilmente, inclinándose hacia adelante en lugar de alejarse. Ahora estaba escuchando atentamente, sopesando los riesgos y las posibles recompensas.

—Desmantelar la Hermandad Corsa paralizaría una importante red de tráfico de personas —dije, dirigiéndome a Luca nuevamente—. No se trata solo de eliminar la competencia. Se trata de salvar vidas.

La mirada de Luca se encontró con la mía, y por un momento, vi un destello de algo más allá del exterior endurecido: un indicio de convicción moral.

—Está pidiendo mucho —dijo en voz baja.

Asentí. —Lo estamos haciendo. Pero le estamos ofreciendo la oportunidad de marcar una verdadera diferencia. De ser más de lo que la gente espera de usted.

Giovanni abrió la boca, con el ceño fruncido, pero Luca habló primero.

—Lo haré —dijo, su voz baja y firme.

Parpadeé, sorprendida por la repentina decisión. La cabeza de Giovanni se giró hacia su cliente, con los ojos abiertos de sorpresa y enojo.

—Luca, necesitamos discutir esto más a fondo —siseó Giovanni. Se volvió hacia mí, con

la mandíbula tensa—. Agente Marino, necesito un momento a solas con mi cliente.

Asentí, manteniendo mi expresión neutral a pesar de la oleada de emoción que sentía. — Por supuesto. Nos retiraremos.

Mientras el agente Tanaka y yo salíamos de la sala de interrogatorios, mi mente corría. Esto estaba progresando más rápido de lo que había anticipado. Necesitaba aprovechar la disposición de Luca antes de que Giovanni pudiera disuadirlo.

—No me gusta esto —murmuró Tanaka mientras estábamos en la sala de observación—. Es demasiado fácil. Deberíamos darles espacio.

Miré el espejo bidireccional, luego volví a mirar a Tanaka. —Tienes razón, podría ser una estratagema. Voy a escuchar, para asegurarme de que no nos están engañando.

Tanaka frunció el ceño. —Eso no es el protocolo, Bella.

—Tampoco lo es toda esta operación —respondí—. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos.

Ignorando la mirada de desaprobación de Tanaka, me acerqué al espejo y me concentré en la conversación del interior.

La voz de Giovanni estaba tensa. —¿Has perdido la cabeza? Los riesgos involucrados en esto...

—Conozco los riesgos —interrumpió Luca—. Pero piénsalo. Los cargos que tienen, ¿qué tan sólidos son?

Hubo una pausa antes de que Giovanni respondiera, su tono reacio. —Las acusaciones son serias, pero la evidencia... no es tan fuerte como afirman. Podríamos luchar contra ello.

—¿Y cuánto tiempo llevaría eso? Años de batallas legales, y no puedes pensar que estaría en libertad bajo fianza —dijo Luca.

Me incliné más cerca, esforzándome por escuchar cada palabra. Esto era exactamente lo que necesitaba saber: su verdadera evaluación de nuestro caso.

—No te equivocas —admitió Giovanni—. Pero ir encubierto contra los corsos? Es un suicidio, Luca. Te matarán apenas sospechen algo.

La voz de Luca bajó. —No si jugamos bien nuestras cartas. La familia puede proporcionar apoyo desde el exterior. Piénsalo de esta manera, Marco quiere derribar a los corsos de todos modos, así que estoy haciendo lo que él quiere.

Mi ritmo cardíaco se aceleró. Esto era más de lo que había esperado: no solo la cooperación de Luca, sino el potencial acceso a la red más amplia de los Vitale.

—Es peligroso —advirtió Giovanni—. Pero... si lo abordamos estratégicamente, podría funcionar a nuestro favor. Necesitaríamos asegurarnos de que tu seguridad sea la máxima prioridad.

—De acuerdo —dijo Luca—. Entonces, ¿estás conmigo en esto?

Hubo una larga pausa antes de que Giovanni respondiera. —Sí. Pero lo haremos a nuestra manera, ¿entendido? Sin riesgos innecesarios.

Me aparté del espejo, mi mente dando vueltas con nuevas posibilidades y potenciales obstáculos. Esta era nuestra oportunidad de derribar no solo a los corsos, sino también a los Vitale.

Giovanni se aclaró la garganta. —Agente Marino, hemos llegado a una decisión.

Tomé una respiración profunda, componiendo mi expresión antes de volver a entrar en la habitación. El agente Tanaka me siguió de cerca, su rostro una máscara de neutralidad profesional. Al entrar, capté el final de un intercambio susurrado entre Luca y Giovanni.

Mantuve mi expresión cuidadosamente neutral, a pesar de la anticipación que vibraba en

mis venas. —¿Y qué han decidido?

Luca se inclinó hacia adelante, sus ojos oscuros fijos en los míos. —Estoy dispuesto a considerar su oferta.

Mi pulso se aceleró, pero mantuve mi exterior calmado. Este era un momento crítico, no podía mostrar cuán desesperadamente necesitábamos este trato. —Me alegra oír eso. Discutamos los detalles.

Me senté, sacando una carpeta. —La operación requerirá absoluto secreto. Su seguridad es primordial, pero los riesgos son significativos y no podemos garantizar que no resultará herido.

Los ojos de Giovanni se entrecerraron. —No es suficiente, agente Marino. ¿Qué protecciones específicas puede ofrecer?

Asentí, respetando su cautela. —Proporcionaremos un equipo de apoyo dedicado, vigilancia constante y protocolos de extracción de emergencia. Pero no voy a endulzar esto: infiltrarse en la Hermandad Corsa es increíblemente peligroso.

La mandíbula de Luca se tensó. —Entiendo los riesgos. Lo que necesito saber es, ¿pueden garantizar que mi historial quedará limpio si logro esto?

—Eso no es negociable —afirmé—. Eliminación completa de antecedentes tras la finalización exitosa de la misión.

Giovanni se inclinó hacia adelante. —¿Y si la misión fracasa debido a su incompetencia? ¿Qué sucede entonces?

Suspiré. —De acuerdo. Eliminación completa de antecedentes tras la finalización exitosa de la misión, o tras la cancelación debido a problemas de nuestra parte.

—Necesitaremos eso por escrito. Un acuerdo detallado que describa todos los términos y condiciones —dijo Giovanni.

Asentí, sintiendo una mezcla de alivio y aprensión. Estábamos tan cerca, pero un movimiento en falso podría descarrilar todo. —Por supuesto.

Saqué un acuerdo preliminar de mi maletín. —Esto describe los términos básicos. Detallaremos los pormenores en el contrato final.

Luca tomó el documento, tanto él como Giovanni escaneando el texto. Observé la expresión de Luca, buscando cualquier signo de vacilación o engaño. Su concentración era intensa, recordándome a un depredador evaluando a su presa.

—¿Cuál es el cronograma para esta operación? —preguntó Luca, levantando la vista de los papeles.

Me incliné hacia adelante, bajando la voz. —Estamos considerando un entrenamiento intensivo que comenzaría de inmediato. La infiltración en sí podría llevar meses o días, dependiendo de qué tan rápido pueda ganarse su confianza.

Giovanni intervino, su tono afilado. —¿Y en qué consistirá exactamente este entrenamiento?

—Primero, necesitaremos informar a Luca exhaustivamente sobre la estructura de la Hermandad Corsa, sus actores clave y operaciones —expliqué—. Luego pasaremos a tácticas avanzadas de encubierto, entrenamiento tecnológico y establecimiento de su identidad encubierta.

Luca asintió, su bolígrafo posado sobre la línea de firma. Contuve la respiración, agudamente consciente del peso de este momento. Con un movimiento rápido, firmó.

—Acepto —dijo, su voz firme—. Pero necesitaré cada pedazo de información que tengan sobre esos bastardos.

Sentí una oleada de adrenalina. Lo teníamos. Ahora venía la parte difícil. —Por supuesto. Comenzaremos las sesiones informativas hoy mismo. Los cursos son una organización compleja, con conexiones en toda Europa, el norte de África y la costa oeste.

Mientras comenzaba a delinear las figuras clave, noté la concentración absoluta de Luca. Absorbía cada detalle, su mente claramente trabajando a toda máquina. Me pregunté qué estrategias ya estaría formulando y si realmente podría confiar en que jugaría según nuestras reglas.

Luca se movió en su asiento, su imponente figura tensándose ligeramente. —¿Qué hay de mi familia? ¿Cómo los mantendremos a salvo mientras estoy encubierto?

La pregunta me tomó por sorpresa. No esperaba tal preocupación abierta del notorio ejecutor. —Podemos ofrecer vigilancia protectora para los miembros inmediatos de su familia —dije, haciendo una nota mental para discutir esto más a fondo con mis superiores.

—Eso no será necesario —intervino Giovanni, con un toque de acero en su voz—. Tenemos nuestras propias medidas de seguridad. Y tarde o temprano se sabría que los Vitale tienen vigilantes del FBI.

Asentí, respetando su autonomía mientras me preguntaba en silencio sobre el alcance de sus "medidas de seguridad".

—Hablemos de logística —dijo Luca, redirigiendo la conversación—. ¿Cómo planean insertarme en su organización?

Me incliné hacia adelante, exponiendo las líneas generales de nuestro plan. —Hemos identificado un posible punto de entrada a través de sus operaciones de lavado de dinero. Te harás pasar por un asociado descontento de los Vitale que busca cambiar de lealtades.

Mientras hablaba, observé cuidadosamente la expresión de Luca. Sus ojos oscuros no revelaban nada, pero percibí una mezcla de aprensión y determinación bajo su exterior estoico.

—Tendrás que hacer algo para asegurarte de que parezca que has dejado la familia. Eso te lo dejo a ti —dije.

—Necesitamos movernos rápidamente —dije, recogiendo las fotos—. He arreglado tu liberación temporal bajo la custodia de Giovanni. Esto nos permitirá prepararnos para la misión en un entorno controlado.

Giovanni arqueó una ceja. —¿Y exactamente dónde tendrá lugar esta preparación?

—Ya tenemos un ático alquilado a su nombre —respondí—. Llevaremos a cabo todo el entrenamiento y las sesiones informativas allí.

Mientras hablaba, mi mente repasaba rápidamente la logística. Había tanto que coordinar: equipo de vigilancia, documentos de identidad, protocolos de comunicación. El peso de la responsabilidad me presionaba, pero me obligué a mantener la calma exterior.

Observé cómo Luca y Giovanni salían de la sede del FBI, sus figuras recortadas contra el sol poniente. Las puertas de cristal se cerraron tras ellos con un suave siseo, dejándome sola en el vestíbulo.

Mi bolígrafo golpeaba contra mi bloc de notas mientras reflexionaba sobre el camino por delante. Esta operación era un barril de pólvora, y acababa de entregarle a Luca Vitale la cerilla. Respiré hondo, calmando mis nervios.

—¿Estás segura de esto, Marino? —la voz del agente Tanaka interrumpió mis pensamientos.

Me giré para mirarlo. —Es nuestra mejor oportunidad para acabar con la Hermandad Corsa. Tenemos que hacer que funcione.

Tanaka negó con la cabeza. —Usar a un mafioso para atrapar a otros mafiosos. Es un

riesgo enorme.

—Lo sé —respondí, guardando mi bloc de notas en el bolsillo de mi chaqueta—. Pero Luca es nuestra entrada. Sin él, no tenemos nada.

Mientras Tanaka se alejaba, saqué mi teléfono y marqué un número. —Habla la agente Marino. Necesito la casa de seguridad preparada y lista para mañana por la mañana. Configuración completa de vigilancia, documentos de identidad, todo.

Terminé la llamada y me dirigí hacia el ascensor. Mi mente repasaba los desafíos por venir: ganarme la confianza de Luca, mantenerlo con vida, asegurarme de que no nos traicionara. Cada paso se sentía como caminar por la cuerda floja.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré. Al cerrarse, capté mi reflejo en el metal pulido. La pequeña cicatriz en mi mejilla derecha parecía más prominente de lo habitual, un recordatorio de operaciones encubiertas pasadas que salieron mal.

—Esta vez no —murmuré para mí misma—. Esta vez, terminaremos lo que empezamos.

Capítulo 3

Luca

Entré en la sala de estar, con Giovanni a mi lado. La tensión era palpable, flotando en el aire como una tormenta a punto de estallar. Marco estaba sentado rígido en su sillón, sus ojos verdes agudos de preocupación. Elena se posaba en el borde del sofá, su postura tensa.

—Tenemos que hablar —dije.

La mandíbula de Marco se tensó. —¿Qué está pasando, Luca?

Intercambié una mirada con Giovanni, quien asintió casi imperceptiblemente. Dio un paso adelante, su voz tranquila y mesurada mientras comenzaba a explicar.

—Luca ha hecho un trato con el FBI —dijo Giovanni—. Una misión encubierta para derribar a la Hermandad Corsa.

El rostro de Marco se oscureció, su preocupación transformándose en ira. —¿Que has hecho qué? —espetó, poniéndose de pie.

Me mantuve firme, sosteniendo su mirada. —No es lo ideal, Marco, pero es necesario.

Giovanni continuó, esbozando la propuesta del FBI. Observé las reacciones de Marco, notando cómo sus puños se cerraban y abrían a sus costados cuando Giovanni explicó cómo Luca tendría que traicionar a la familia. Mi hermano era un barril de pólvora, y yo sostenía una cerilla encendida.

—Esto es una locura —interrumpió Marco, elevando la voz—. Enviarte a Italia sería más seguro. Tenemos conexiones allí, protección...

—Italia no es una opción —intervine con firmeza—. Esta misión es crucial. Los corsos están involucrados en tráfico de personas, Marco. Sabes lo que pensamos sobre eso.

Los ojos de Marco brillaron peligrosamente. —¿Y crees que jugar a ser el perro faldero del FBI es la respuesta? Estás poniendo todo en riesgo, Luca. Todo lo que hemos construido. Vendrán por nosotros después.

Sentí que mi propia ira aumentaba, pero la reprimí. —Estoy tratando de proteger a nuestra familia, Marco. El FBI nos está respirando en la nuca. Esto nos compra tiempo y buena voluntad.

—¿A qué costo? —exigió Marco.

Di un paso más cerca de él. —Al costo de derribar una organización rival que trafica con vidas humanas. Dime que eso no vale la pena.

La expresión de Marco vaciló, el conflicto claro en sus ojos. Continué presionando: —Piénsalo. Nos quitamos al FBI de encima y eliminamos una amenaza importante. Es una situación en la que todos ganamos. No tenemos otra forma de sacar a los corsos de nuestra ciudad.

Podía ver los engranajes girando en la cabeza de Marco, su mente estratégica sopesando los pros y los contras. Después de un largo momento, dejó escapar un pesado suspiro.

—La Hermandad Corsa —dijo lentamente—. ¿Estás seguro de que puedes derribarlos?

Asentí. —Con los recursos del FBI y nuestra información interna? Absolutamente. A

nivel mundial.

Marco se pasó una mano por el pelo, su ira desvaneciéndose en una aceptación reacia. — Bien —dijo finalmente—. Pero más vale que esto funcione, Luca. Por el bien de todos nosotros.

Sentí una ola de alivio recorrerme, pero mantuve mi expresión neutral. —Funcionará — prometí—. Confía en mí, hermano.

La habitación cayó en un silencio tenso. Podía ver la mandíbula de Marco trabajando mientras lidiaba con la realidad de nuestra situación. Los ojos de Elena iban y venían entre nosotros, su ceño fruncido en reflexión.

—Todavía hay un problema —dijo Elena suavemente, rompiendo el silencio—. ¿Cómo explicamos el repentino distanciamiento de Luca de la familia?

Me volví hacia ella, intrigado. —¿A qué te refieres?

Elena tomó una respiración profunda, sus ojos azules encontrándose con los míos. — Necesitamos una razón convincente para que Luca sea excluido. Algo público e innegable.

Hizo una pausa, y vi un destello de determinación cruzar su rostro. —Tengo una idea. Luca, necesitas hacerme insinuaciones de manera muy pública.

La cabeza de Marco se levantó de golpe, sus ojos se abrieron de sorpresa. —¿Qué? No. Absolutamente no.

Sentí mi propia sorpresa, pero me contuve, esperando a que Elena explicara.

—Piénsalo —continuó, su voz calmada y mesurada—. Si Luca me hace insinuaciones en público, te da una razón perfecta para repudiarlo, Marco. Es creíble, es dramático y le da a Luca la cobertura que necesita.

Asentí lentamente, impresionado por su rápido pensamiento. —Tiene razón, Marco. Es un plan sólido.

El rostro de Marco era una tormenta de emociones. —No puedes hablar en serio —gruñó—. Elena, esto es...

—Necesario —lo interrumpió Elena suavemente—. Se alinea perfectamente con nuestros objetivos. Le da a Luca la distancia que necesita sin levantar sospechas.

Observé cómo los puños de Marco se cerraban y abrían a sus costados. Sus instintos protectores estaban en guerra con su mente estratégica, y podía ver la lucha interna desarrollándose en su rostro.

Elena se acercó a él, su voz suavizándose. —Marco, ¿crees que mi amor por ti es tan fugaz que una escena actuada cambiaría algo?

Los ojos de Marco se clavaron en los de ella, la sorpresa reemplazando la ira. —Por supuesto que no —dijo en voz baja.

—Entonces confía en mí —dijo Elena, tomando su mano—. Confía en nosotros. Esta es la mejor manera de proteger a Luca y a nuestra familia.

Contuve la respiración, observando el rostro de mi hermano. Después de lo que pareció una eternidad, los hombros de Marco se hundieron ligeramente.

—De acuerdo —dijo, con la voz tensa—. Lo haremos a tu manera.

—Gracias —dije, mirando entre Marco y Elena—. A los dos.

Los ojos de Marco se encontraron con los míos, una mezcla de preocupación y resignación en ellos. —Solo no lo arruines, Luca —dijo—. Todos contamos contigo ahora.

Asentí, sintiendo el peso de su confianza asentarse sobre mis hombros. —No los defraudaré —prometí—. A ninguno de ustedes.

Giovanni se aclaró la garganta, atrayendo nuestra atención. —Ahora que estamos de acuerdo, necesitamos planear esto meticulosamente —dijo, sus ojos azul acero agudos con

concentración—. Cada detalle debe ser perfecto para vender este engaño.

Asentí, mi mente ya corriendo a través de las posibilidades. —Necesitamos un lugar público —dije—, algún sitio con muchos testigos.

La mandíbula de Marco se tensó, pero habló. —Ristorante Bellissimo. Siempre está lleno, y la mitad de la élite de la ciudad cena allí.

—Buena elección —estuve de acuerdo—. Tendremos que cronometrarlo cuidadosamente. ¿Tal vez durante la hora punta de la cena?

Elena asintió. —Haré una reserva para Luca y para mí. Marco, tendrás que llegar por separado, unos quince minutos después de nosotros.

Mientras discutíamos la logística, sentí un nudo formándose en mi estómago. Este plan dependía de mi capacidad para convencer a todos, incluida nuestra propia gente, de que había traicionado a mi familia. Tendría que canalizar cada gramo de arrogancia y falta de respeto que pudiera reunir.

La expresión de Marco se oscureció. —Más te vale estar muy seguro de esto, hermano. Porque una vez que lo hagamos, no hay vuelta atrás.

Sentí el peso de sus palabras, sabiendo la brecha que estábamos a punto de crear, aunque fuera solo una actuación. —Estoy seguro —dije con firmeza—. Esta es nuestra mejor oportunidad para derribarlos y proteger a nuestra familia.

Mientras continuábamos puliendo los detalles, no pude evitar la sensación de que estábamos cruzando una línea. Pero aparté la duda. Esto era necesario, y lo llevaría a cabo sin importar el costo.

Elena se inclinó hacia adelante, sus ojos azules intensos. —Marco, cuando confrontes a Luca, necesitas dejar que tu ira se muestre. No te contengas. Usa palabras que corten profundo.

La mandíbula de Marco se tensó. Podía ver la lucha en sus ojos. —No sé si puedo hacer eso, Elena. Es mi hermano.

—Tienes que hacerlo —dije, con voz baja—. Si esto va a funcionar, necesitas hacerlo creíble. Llámame traidor, una desgracia para el nombre de la familia. Dime que estoy muerto para ti. Tal vez golpéame.

Marco se pasó una mano por el pelo, su habitual compostura agrietándose. —Cristo, Luca. Esto es una locura.

Entré en el estacionamiento del Ristorante Bellissimo, mis nudillos blancos sobre el volante. Elena estaba sentada a mi lado, su rostro una máscara de calma que desmentía la tensión que sentía debajo.

—¿Estás lista? —pregunté, con voz ronca.

Elena asintió. —Tan lista como puedo estar. Acabemos con esto de una vez.

Salimos del coche y caminamos hacia el restaurante. Podía sentir las miradas sobre nosotros mientras entrábamos, el maître nos saludó con una inclinación deferente.

—Señor Vitale, señorita Rossi. Tengo una mesa lista para ustedes.

—Bien —respondí secamente, siguiéndolo a un lugar privilegiado en el centro del comedor.

Sostuve la silla de Elena y mientras se sentaba, me incliné cerca de ella, mi voz baja. —Marco estará aquí pronto. Tenemos que hacer esto convincente.

Los ojos de Elena se encontraron con los míos, un destello de aprensión cruzando su rostro. —No lo lastimes. Si pelean, contén tus golpes. Por favor.

Le sonreí y hablé en voz alta. —Lo que quieras, amore mio. —Tomé su mano y la besé.

Antes de sentarme, me incliné y la besé en los labios. Maldita sea, pero eso se sintió mal.

Intenté alejarme, pero ella puso su mano en la parte posterior de mi cuello y me mantuvo en su lugar.

Todos mis instintos me decían que me alejara, pero ella me sostuvo con un agarre de hierro. Cuando finalmente me soltó, tropecé hasta mi asiento.

Me sonrió, y en mi opinión debería olvidarse de la galería de arte y dedicarse a la actuación. En ese momento, podría haber creído que tenía sentimientos reales por mí.

Me guiñó un ojo y supe sin lugar a dudas que todo era una actuación.

Marco entró en el restaurante, su rostro fijado en una máscara sombría. Era hora de poner en marcha mi nueva carrera como agente encubierto del FBI.

Me levanté abruptamente, mi silla raspando ruidosamente contra el suelo. Las cabezas se giraron en nuestra dirección mientras me movía alrededor de la mesa, agarrando el brazo de Elena.

—Vamos, cariño —dije, mi voz resonando en el comedor ahora silencioso—. Démosle a esta gente un verdadero espectáculo.

Los ojos de Elena se abrieron en fingida sorpresa. —Luca, ¿qué estás haciendo? ¡Suéltame!

La acerqué, mi mano libre acunando su rostro. —Sabes que quieres esto —gruñí, lo suficientemente alto para que las mesas cercanas escucharan—. Olvídate de Marco. Yo soy con quien deberías estar.

El restaurante había quedado en silencio, todos los ojos sobre nosotros. Podía sentir el peso de sus miradas, la inhalación colectiva mientras esperaban para ver qué sucedería a continuación.

Elena luchó contra mí, su actuación impecable. —¡Basta, Luca! Estás borracho. ¡Este no eres tú!

Me incliné como si fuera a besarla, mi corazón latiendo con fuerza. Esto tenía que parecer real, tenía que ser lo suficientemente convincente para engañar no solo a estos espectadores, sino a cualquiera que escuchara sobre ello más tarde.

Por el rabillo del ojo, vi a Marco acercarse, su rostro una nube de tormenta de ira. El acto final estaba a punto de comenzar, y me preparé para lo que vendría.

La voz de Marco retumbó por el restaurante. —¡Quita tus manos de mi prometida, bastardo!

Me di la vuelta, fingiendo sorpresa. Los ojos de Marco ardían de furia, su apariencia habitualmente impecable desaliñada. Era una actuación convincente, tan convincente que por un momento sentí un destello de miedo genuino.

—Marco —balbuceé, exagerando el ángulo del borracho—. No esperaba verte aquí, hermano.

Marco se abalanzó hacia nosotros, con los puños apretados. —¿Cómo te atreves a traicionarme así? ¡Tu propia sangre!

Solté a Elena, dando un paso adelante para enfrentar el desafío de Marco. —Tú siempre te llevas todo, ¿no? El negocio familiar, el respeto, y ahora la chica. ¿Cuándo me toca a mí mi parte?

Los clientes observaban en un silencio atónito. Podía sentir sus ojos sobre nosotros, oír sus respiraciones contenidas. Esto estaba funcionando a la perfección.

La voz de Marco bajó a un gruñido peligroso. —Eres patético, Luca. Nunca has tenido lo que se necesita para liderar esta familia.

Me reí, el sonido áspero y amargo. —¿Es eso lo que te dices a ti mismo? ¿Que no soy lo

suficientemente bueno? ¿O tienes miedo de que pueda ser mejor?

La mano de Marco se disparó, agarrando mi cuello. Me tensé, listo para una confrontación física. Pero antes de que pudiera escalar más, la voz de Elena cortó la tensión.

—¡Basta! —gritó, interponiéndose entre nosotros—. Por favor, Marco, ¡no le hagas daño!

Observé cómo Elena se volvía hacia Marco, sus ojos azules llenos de lágrimas. —Te lo suplico, perdónale la vida. Considéralo... considéralo mi regalo de bodas.

Marco dudó, aflojando su agarre en mi cuello. Podía ver el conflicto en sus ojos, la lucha entre su papel ensayado y sus emociones reales.

—No merece tu misericordia —escupió Marco, pero pude oír la incertidumbre en su voz.

Elena puso una mano en el pecho de Marco, su voz suave pero audible en el silencioso restaurante. —Si alguna vez me has amado, harás esto por mí. Por favor, Marco.

Marco apretó la mandíbula, sus ojos sin dejar los míos. Le devolví la mirada, desafiante, con el corazón latiendo en mi pecho.

—Está bien —gruñó Marco, soltando mi cuello con un empujón. Dio un paso atrás, elevando su voz para dirigirse a todo el restaurante—. ¿Lo quieres vivo, Elena? Es todo tuyo. Pero escucha esto, Luca. Ya no eres parte de esta familia. A partir de este momento, estás muerto para nosotros. Quítate de mi vista.

La finalidad en las palabras de Marco me golpeó como un golpe físico. Aunque sabía que todo esto era una actuación, el peso de su proclamación se asentó pesadamente en mi estómago. Me enderecé la chaqueta, reuniendo cada onza de ira e indignación que pude.

—Te arrepentirás de esto, Marco —gruñí, lo suficientemente alto para que todos lo oyeran—. ¿Crees que puedes simplemente deshacerte de mí? ¡Yo hice a esta familia lo que es!

Sin esperar una respuesta, me dirigí furioso hacia la salida, empujando a un camarero que estaba paralizado por el shock. Mientras atravesaba las puertas, los susurros de los clientes me siguieron hasta el aire nocturno.

Una vez fuera, tomé una profunda bocanada de aire, mis manos temblando ligeramente mientras buscaba torpemente las llaves del coche. La adrenalina aún corría por mis venas, dificultándome la concentración.

Me deslicé en el asiento del conductor de mi Audi, agarrando el volante con fuerza. Mientras arrancaba el motor, un pensamiento escalofriante se coló en mi mente. Por un momento allí atrás, cuando Marco me agarró, vi un destello de algo en sus ojos. Algo que me hizo agradecer no haberlo desafiado realmente antes.

Capítulo 4

Luca

Llegué al ático, con la mente llena de pensamientos sobre la próxima reunión. El elegante edificio de cristal y acero se alzaba ante mí y sonreí. Podría haber elegido este edificio para mí mismo. Al salir del coche, me arreglé la chaqueta, preparándome mentalmente para lo que me esperaba.

El viaje en ascensor hasta el último piso fue rápido y silencioso. Cuando las puertas se abrieron, me encontré cara a cara con Bella Marino. Sus ojos verdes se encontraron con los míos, agudos y enfocados.

—Señor Vitale —dijo, con voz nítida y profesional—. Pase.

La seguí hasta el espacioso salón, observando la decoración minimalista. Bella me indicó una silla frente a ella en una gran mesa de cristal.

—Empecemos —dijo, abriendo una carpeta—. Tenemos tres días para prepararlo.

—¿Tres días? Nos dijo que podrían ser semanas —repliqué.

—Nueva inteligencia proveniente de Bastia. Van a mover otro cargamento de mujeres la próxima semana.

Me recliné en mi silla, intentando proyectar un aire de confianza tranquila. —Soy todo oídos, agente Marino.

Los ojos de Bella se entrecerraron ligeramente ante mi tono casual. —Esto no es un juego, Luca. La Hermandad Corsa es una de las organizaciones criminales más peligrosas de Europa. Debemos abordar esto con la máxima seriedad.

Asentí, abandonando la fachada. —Tiene razón. Me disculpo. Por favor, continúe.

Mientras Bella comenzaba a delinear los objetivos de la misión, me encontré impresionado por su meticulosidad. Hablaba con una intensidad tranquila, sus palabras pintando una imagen clara de las operaciones de la Hermandad.

—Nos estamos centrando en la trata de personas —explicó, deslizando una foto sobre la mesa—. Este es Pascal Moretti, su líder actual. Su objetivo principal será infiltrarse en su círculo íntimo y recopilar información sobre sus rutas de tránsito y personal clave.

Estudí la foto, pero ya lo había conocido. —¿Y qué espera de mí?

—No tiene mucho tiempo si vamos a salvar a estas mujeres —respondió Bella—. Tendrá que generar confianza, establecerse como un activo valioso para la Hermandad y conseguirnos toda la información que pueda.

Mientras continuaba detallando los parámetros de la misión, me encontré haciendo más preguntas, indagando detalles. Cada vez, Bella tenía una respuesta completa y bien pensada.

—¿Qué hay de las estrategias de salida? —pregunté—. Si las cosas se complican, ¿cómo salgo?

La expresión de Bella se volvió seria. —Tenemos varios planes de contingencia en marcha. Pero Luca, debe entender que una vez que esté dentro, la extracción se vuelve extremadamente difícil. Su seguridad dependerá en gran medida de su capacidad para mantener

su tapadera.

Asimilé sus palabras, sintiendo el peso de la misión asentarse sobre mis hombros. A pesar de la gravedad de la situación, admiraba el profesionalismo y la experiencia de Bella. Claramente había puesto una inmensa cantidad de pensamiento y planificación en esta operación.

—Entiendo los riesgos —dije, sosteniendo su mirada—. Estoy comprometido a llevar esto hasta el final.

Bella asintió, con un destello de respeto en sus ojos. —Bien. Ahora, repasemos parte de su equipo.

Bella sacó de su maletín un dispositivo negro y elegante, del tamaño de un smartphone. —Esta es su herramienta de comunicación principal —dijo, deslizándola sobre la mesa hacia mí—. Es un dispositivo encriptado personalizado con seguridad de grado militar.

Lo tomé, girándolo en mis manos. —Elegante. ¿Viene con algún juego divertido? —bromeé, esperando aligerar el ambiente.

Los labios de Bella se crisparon ligeramente, pero mantuvo su comportamiento profesional. —Nada de juegos, Luca. Esto es un asunto serio.

—Cierto, por supuesto —asentí, poniéndome serio—. ¿Cómo funciona?

Durante los siguientes veinte minutos, Bella me explicó las funciones del dispositivo. Era una tecnología impresionante, con múltiples capas de seguridad y capacidades de mensajería encubierta. Mientras demostraba cada característica, me maravillé por la profundidad de la preparación que se había invertido en esta misión.

—Recuerde —enfaticó Bella—, las comunicaciones deben ser breves y codificadas. Use las frases que discutimos anteriormente.

Asentí, memorizando la información. —Entendido. Corto, dulce y críptico. Justo como mis ex novias.

Esta vez, Bella no pudo suprimir una pequeña sonrisa. —Empiezo a ver por qué son ex.

Su inesperada ocurrencia me tomó por sorpresa, y me encontré riendo. Por un momento, la tensión en la habitación se alivió. Pero tan rápido como había aparecido, la sonrisa de Bella se desvaneció, reemplazada por su habitual expresión severa.

—Pasemos a las ubicaciones seguras de entrega —dijo, con un tono nuevamente profesional.

A medida que profundizábamos en la logística, percibí un cambio en nuestra dinámica. La manera autoritaria de Bella chocaba con mi enfoque más relajado, creando una fricción palpable. Ella era toda bordes afilados y enfoque inquebrantable, mientras que yo prefería navegar las aguas con un poco más de flexibilidad.

—No siempre puedes apegarte al guion, Bella —argumenté en un momento—. A veces tienes que improvisar.

Sus ojos verdes brillaron con irritación. —Esto no es uno de los tratos de trastienda de tu familia, Luca. Un movimiento en falso podría hacer fracasar toda la operación.

Me recliné en mi silla, estudiándola. —Y una respuesta rígida podría matarme. Necesitamos encontrar un equilibrio.

Bella sostuvo mi mirada por un largo momento, luego suspiró. —Tienes razón —admitió de mala gana—. Pero eso no significa que tiremos la precaución por la ventana. Debemos ser inteligentes con esto.

Mientras continuamos discutiendo escenarios y estrategias, me encontré tanto frustrado como atraído por la intensidad de Bella. Era innegablemente buena en su trabajo, pero había algo más allá, una pasión que iba más allá del mero profesionalismo.

Me pregunté qué la impulsaba, qué la hacía elegir esta vida de peligro y secreto. Mientras la observaba explicar otro protocolo, su bolígrafo golpeando rítmicamente sobre la mesa, me di cuenta de que estaba más intrigado por Bella Marino de lo que me atrevía a admitir.

Mis ojos se demoraron en el rostro de Bella mientras hablaba, trazando la pequeña cicatriz en su mejilla derecha. Me pregunté sobre su origen, sobre los peligros que había enfrentado para ganarla. Ella me sorprendió mirando y titubeó a mitad de la frase, sus mejillas sonrojándose ligeramente.

—¿Suced algo? —preguntó, con tono cortante.

Negué con la cabeza, obligándome a concentrarme en los papeles frente a mí. —No, solo pensaba en los riesgos involucrados.

Bella se aclaró la garganta y continuó, pero el aire entre nosotros había cambiado. Había una nueva tensión, una corriente no expresada que hacía que mi piel se erizara. Intenté ignorarla, concentrarme en los detalles de la misión, pero mi mente seguía volviendo a la feroz determinación en sus ojos.

—Ahora, repasemos los protocolos de emergencia —dijo Bella, sacando un nuevo conjunto de documentos—. Si su tapadera se ve comprometida, tendrá que actuar rápido.

Me incliné hacia adelante, genuinamente interesado. —¿Cuál es la estrategia de salida?

Mientras Bella esbozaba los diversos escenarios y respuestas, me encontré impresionado por su minuciosidad. Había pensado en contingencias que ni siquiera había considerado. Era evidente que se tomaba su trabajo en serio, y sentí que crecía un nuevo respeto por su experiencia.

—Ya ha hecho esto antes —observé durante una pausa en su explicación.

Los ojos de Bella se encontraron con los míos, y por un momento, vi un destello de vulnerabilidad. —Lo he hecho —dijo en voz baja—. Y he aprendido de la manera difícil que la preparación puede significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Las palabras de Bella quedaron suspendidas en el aire, cargadas de experiencias no expresadas. Sentí un repentino impulso de saber más, de entender qué había moldeado a esta mujer dura y capaz.

—Hábleme de ello —dije, con voz baja—. ¿Cómo es vivir encubierto?

Ella vaciló, luego dejó su bolígrafo. —Es consumidor. Te conviertes en alguien completamente distinto. Cada momento, cada interacción, es una actuación. La vigilancia constante te desgasta.

Asentí, absorbiendo sus palabras. —¿Cómo maneja el aislamiento?

—No lo haces, no realmente —admitió Bella—. Aprendes a compartimentar, a construir muros entre tu verdadero yo y tu identidad encubierta. Pero pasa factura.

Su honestidad me impactó. Siempre había visto a los agentes del FBI como adversarios, pero aquí estaba Bella, compartiendo la cruda verdad de sus experiencias. La humanizaba de una manera que no había esperado.

—Suena difícil —dije, sorprendido por la suavidad en mi propia voz.

Los ojos de Bella se encontraron con los míos, y por un momento, vi más allá de su fachada profesional a la mujer debajo. Fuerte, resiliente, pero también vulnerable. Despertó algo en mí, una mezcla de admiración y deseo de proteger.

—Lo es —dijo suavemente—. Pero vale la pena, para marcar la diferencia.

Me encontré asintiendo, entendiendo su motivación aunque no la compartiera. —Lo entiendo. Diferentes motivaciones, pero sé lo que es sacrificarse por algo más grande que uno mismo.

La ceja de Bella se alzó ligeramente. —¿Su familia?

—Sí —dije, sintiendo una tensión familiar arrastrándose en mis hombros—. Todo lo que hago es por ellos.

—¿Incluso esto? —preguntó Bella, señalando los archivos de la misión esparcidos entre nosotros.

Hice una pausa, considerando su pregunta. ¿Realmente estaba haciendo esto por mi familia, o había algo más impulsándome? La duda debió mostrarse en mi rostro porque Bella se inclinó hacia adelante, su expresión intensa.

—Luca, necesita estar seguro de sus motivaciones —dijo firmemente—. La duda puede ser mortal en el campo.

Sus palabras encendieron una chispa de irritación. —Sé lo que estoy haciendo —respondí bruscamente—. He estado en situaciones peligrosas antes.

Los ojos de Bella se entrecerraron. —No como esta. No solo se está arriesgando a sí mismo; está arriesgando toda la operación.

Nos miramos fijamente a través de la mesa, la conexión anterior dando paso a la frustración. Sabía que ella tenía razón, pero no me gustaba que me sermonearan.

—¿Entonces cuál es su sugerencia? —desafié—. ¿Cómo me mantengo enfocado cuando todo a mi alrededor es una mentira?

Bella respiró hondo, sus dedos tamborileando rápidamente sobre la mesa. —Encuentra un ancla —dijo—. Algo verdadero que te mantenga con los pies en la tierra, sin importar qué tan profundo vayas encubierto.

Me recliné, cruzando los brazos. —¿Y cuál es su ancla, agente Marino?

Ella vaciló, luego sacó de su bolsillo una pequeña fotografía desgastada. —Mi hermana —dijo en voz baja, deslizándola sobre la mesa—. Ella es la razón por la que hago esto.

Tomé la foto, estudiando a las dos chicas sonrientes. Una era claramente una Bella más joven, la otra casi una imagen especular. —¿Gemelas?

Bella asintió, su expresión suavizándose. —Carolyn. Ya no está, pero la llevo conmigo en cada misión.

La vulnerabilidad en su voz me tomó desprevenido. Le devolví la foto, nuestros dedos rozándose por un momento. —Lo siento —dije, sinceramente.

Guardó la foto, su máscara profesional volviendo a su lugar. —Volvamos a su papel —dijo bruscamente—. Tendrá que mezclarse a la perfección con la Hermandad. Cualquier desliz podría ser fatal.

Me enderecé, concentrándome en la tarea en cuestión. —He tratado con su tipo antes. Sé cómo jugar el juego.

—Esto no es un juego, Luca —dijo Bella con brusquedad—. Estos hombres son asesinos. Un movimiento en falso y...

—¿Y yo qué soy? —interrumpí—. Confíe en mí, puedo manejarlo.

Los ojos de Bella escudriñaron los míos, y sostuve su mirada firmemente. Después de un largo momento, asintió. —De acuerdo. Pero lo haremos según las reglas. Sin riesgos innecesarios.

—De acuerdo —dije, aunque ambos sabíamos que no existía tal cosa como una operación encubierta sin riesgos.

Bella sacó una pila de archivos, extendiéndolos sobre la mesa. —Estos son sus jugadores clave. Memorice cada detalle.

Me incliné hacia delante, examinando las fotos y los expedientes. El primer rostro que me

llamó la atención fue el de un hombre curtido con ojos fríos y calculadores. —Pascal Moretti —dijo Bella—. Es el actual jefe de la Hermandad Corsa. Despiadado, paranoico y extremadamente inteligente.

Asentí, memorizando sus rasgos. —¿Cuál es su punto débil?

—Su hijo, Etienne —respondió Bella, señalando otra foto—. Lo están preparando para que tome el mando, pero es imprudente. Esa podría ser nuestra forma de entrar.

Mientras Bella continuaba con su informe, me quedé impresionado por la profundidad de sus conocimientos. No se limitaba a recitar hechos; comprendía a estos criminales, sus motivaciones, sus miedos. Era el mismo instinto que yo utilizaba para proteger a mi familia, pero a una escala mucho mayor.

—Se te da bien esto —dije, interrumpiéndola a mitad de frase.

Bella hizo una pausa, arqueando una ceja. —Es mi trabajo que se me dé bien esto.

—No, es más que eso —insistí—. Entiendes a estas personas. No se trata solo de derribarlos, ¿verdad?

Sostuvo mi mirada un momento antes de responder. —Cada criminal que detenemos significa menos víctimas. Menos familias destrozadas. Eso es lo que importa.

Asentí, sintiendo un nuevo respeto florecer en mi pecho. No éramos tan diferentes después de todo. Yo protegía a mi familia y ella protegía a tantas familias como podía. Me sentí pequeño y débil con esa revelación.

—Ahora —dijo Bella, sacando un mapa—, hablemos de escenarios. Tu primera reunión con Moretti será crucial. ¿Cómo piensas abordarla?

Me recosté, considerando mi enfoque. —Apelaré a su ego. Los hombres como Moretti ansían respeto. Se lo daré, pero no sumisión. Necesita verme como un activo, más como un igual.

Bella asintió, con un destello de aprobación en sus ojos. —Bien. Pero ten cuidado. La paranoia de Moretti significa que estará atento a cualquier signo de engaño.

Mientras seguíamos elaborando estrategias, la conversación cambió. La voz de Bella se suavizó, perdiendo su tono profesional.

—Este trabajo pasa factura —dijo, con la mirada perdida—. Dejas partes de ti mismo atrás cada vez que te infiltras.

Sentí un repentino impulso de entenderla mejor. —¿Cómo?

Bella asintió, tocando distraídamente la cicatriz de su mejilla. —Hace tres años. Estaba infiltrada en profundidad en una red de trata de personas. Las cosas se torcieron. Perdí a mi compañero y casi pierdo la vida.

El peso de sus palabras flotó en el aire. Sin pensarlo, alargué la mano y toqué la suya. Ella no se apartó.

—Lo siento —dije suavemente—. Debí de ser un infierno.

Los ojos de Bella se encontraron con los míos, la vulnerabilidad reemplazando su habitual dureza. —Lo fue. Pero es por eso que hago esto. Para asegurarme de que no le pase a nadie más.

Sentí que se formaba una conexión entre nosotros, nacida de una comprensión compartida. Ambos conocíamos el costo de proteger a los demás.

—Luca —dijo Bella, con tono serio—. ¿Puedes mantener tu tapadera bajo presión? ¿Incluso si eso significa hacer cosas que preferirías no hacer?

Dudé, asimilando el peso de su pregunta. —He hecho cosas de las que no me enorgullezco, Bella. Pero esto... es diferente. ¿Y si meto la pata?

Para mi sorpresa, Bella sonrió. —Vi el vídeo tuyo con Elena y Marco en el restaurante. Eres un natural, Luca. Un actor nato.

Su confianza en mí fue inesperada y extrañamente reconfortante. —¿Crees que puedo hacer esto?

—Sé que puedes —dijo con firmeza—. Tienes las habilidades y el instinto. Confía en ellos.

Mientras nuestras miradas se cruzaban, sentí que mis dudas empezaban a desvanecerse. Bella creía en mí, y de alguna manera, eso marcaba la diferencia.

El aire entre nosotros se cargó de una tensión no expresada. Los ojos verdes de Bella sostenían los míos, y me encontré inclinándome hacia ella, atraído por una fuerza invisible. Su respiración se entrecortó, y por un momento, pensé que podría acortar la distancia.

Pero la realidad volvió a golpearnos como un cubo de agua helada. Ambos retrocedimos bruscamente, rompiendo el hechizo.

—No podemos —dije, con la voz ronca.

Bella asintió, volviendo a adoptar su máscara profesional. —Tiene razón.

Me pasé una mano por el pelo, frustrado por el deseo persistente. —Centrémonos en la misión.

—De acuerdo —dijo Bella, cogiendo su tableta—. Tenemos que finalizar nuestros protocolos de comunicación.

Mientras abría una serie de aplicaciones de mensajería encriptada, me obligué a concentrarme. —¿Con qué frecuencia quiere que me comunique?

—¿Y si algo va mal?

Los ojos de Bella se endurecieron. —Hay un botón de pánico incorporado. Úselo, y lo extraeremos inmediatamente.

—¿Sin importar las consecuencias para la operación? —pregunté, alzando una ceja.

—Su seguridad es lo primero, Luca —dijo con firmeza.

Asentí, extrañamente conmovido por su preocupación. —Lo entiendo. Tendré cuidado.

Mientras ultimábamos los detalles finales, no pude evitar ser consciente de la presencia de Bella. El casi beso flotaba entre nosotros, sin ser reconocido pero imposible de ignorar.

—¿Estamos bien? —pregunté, necesitando confirmar que nuestra relación profesional seguía intacta.

Bella me miró fijamente. —Estamos bien, Luca. Confío en que harás lo que hay que hacer.

Bella recogió sus cosas, con movimientos precisos y eficientes. Cuando se dirigió hacia la puerta, sentí un repentino impulso de decir algo, cualquier cosa, para prolongar este momento.

—Bella —la llamé, con la voz más ronca de lo que pretendía. Ella se volvió, con la mano en el pomo de la puerta—. No te defraudaré.

Una sombra de sonrisa rozó sus labios. —Sé que no lo harás, Luca. Descansa un poco porque mañana empezamos con el acondicionamiento físico.

Y entonces se fue, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic. Me quedé allí, mirando el espacio que había ocupado, con la mente hecha un torbellino de pensamientos y emociones contradictorios.

Me acerqué a la ventana, contemplando la ciudad que se extendía abajo. La misión se cernía ante mí, un peligroso juego de engaño y supervivencia. Mi estómago se tensó de anticipación, pero bajo los nervios, sentí que echaba raíces una determinación férrea.

Esto ya no se trataba solo de proteger a mi familia. Se trataba de demostrar mi valía a

Bella, al FBI y, lo más importante, a mí mismo. Durante años había caminado por la delgada línea entre el bien y el mal, pero ahora tenía la oportunidad de marcar una verdadera diferencia.

Apreté los puños, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. La Hermandad Corsa no sabría lo que les golpeó. Me infiltraría en sus filas, reuniría las pruebas que Bella necesitaba y los derribaría desde dentro.

Sin duda, sería peligroso. Cada interacción sería una trampa potencial, cada palabra un posible paso en falso. Pero estaba listo. Había nacido en este mundo de sombras y secretos. Era hora de usar esas habilidades para algo más grande que yo mismo.

Capítulo 5

Luca

La puerta del gimnasio se cerró de golpe tras nosotros, el sonido reverberando en las paredes desnudas. El FBI había requisado el gimnasio y lo había clausurado, con carteles de advertencia de amianto por todas partes. Bella se dirigió al centro de la sala, su coleta balanceándose con cada paso decidido.

—Empecemos con un calentamiento —dijo, con voz nítida y autoritaria—. Cinco vueltas alrededor del perímetro, luego pasaremos al entrenamiento de fuerza.

Asentí, comenzando a trotar a un ritmo constante, pero ella me adelantó corriendo. Igualé su paso, pero para la tercera vuelta, el sudor ya perlaba mi frente.

—Mantén los hombros relajados —me instruyó, sin siquiera mirarme—. Te estás tensando.

Forcé mis hombros hacia abajo, concentrándome en mi postura. —¿Cuánto duró tu entrenamiento inicial? —pregunté entre respiraciones.

—Seis meses —respondió Bella—. Pero no tenemos ese lujo.

Terminamos las vueltas y nos movimos a un estante de pesas. Bella demostró una serie de ejercicios, sus movimientos precisos y eficientes.

—Ahora tú —dijo, dando un paso atrás para observar.

Imité sus acciones, sintiendo cómo se intensificaba el ardor en mis músculos. Después de la tercera serie, mis brazos temblaban.

—Supéralo —me instó Bella—. En el campo, no tendrás la opción de rendirte cuando estés cansado.

Apreté los dientes, forzando dos repeticiones más. —¿Tuviste que... hacer todo esto? —logré preguntar.

La expresión de Bella se suavizó ligeramente. —Sí. Y me recertifico cada año. Es brutal, pero necesario.

Mi respeto por ella creció. Esta mujer no era una burócrata; era una guerrera.

Pasamos a las técnicas de combate. El pequeño cuerpo de Bella ocultaba su fuerza mientras demostraba varias llaves y lanzamientos.

—Tu turno —dijo, rodeándome—. Intenta derribarme.

Me lancé hacia adelante, intentando agarrarla. En un borrón de movimiento, me encontré de espaldas en el suelo, con la rodilla de Bella presionando mi pecho.

Por un momento, nuestras miradas se cruzaron. Una descarga eléctrica pareció pasar entre nosotros. Tuve una imagen súbita y vívida de darle la vuelta, inmovilizándola debajo de mí, nuestros cuerpos entrelazados...

Sacudí la cabeza, desterrando el pensamiento. Pero no antes de que los ojos de Bella se ensancharan ligeramente. Había leído mi expresión; estaba seguro de ello.

Se levantó abruptamente. —Otra vez —dijo, dándome la espalda—. Y esta vez, concéntrate en tu trabajo de pies.

Me levanté, con la cara ardiendo por algo más que el esfuerzo. Este iba a ser un día largo y desafiante.

Después de cuatro horas humillantes en las que demostró una y otra vez que era más ágil y a veces más fuerte que yo, volvimos al ático. El agente Tanaka estaba allí, esperándonos. Extendió una serie de fotos sobre la mesa del comedor. Mis músculos dolían por el entrenamiento de la mañana y realmente necesitaba una ducha, pero me obligué a concentrarme.

—La Hermandad Corsa —comenzó Tanaka, con voz nítida y profesional—, es un sindicato criminal altamente organizado con raíces que se remontan a la década de 1920.

Me incliné hacia adelante, estudiando las imágenes. Rostros de criminales endurecidos me devolvían la mirada, sus ojos fríos y calculadores.

—¿Sus operaciones principales? —pregunté, mi mente ya corriendo con posibilidades.

Bella intervino: —Tráfico de drogas, tráfico de armas y lavado de dinero. Pero se están expandiendo hacia el cibercrimen y la trata de personas.

Fruncí el ceño, formándose un nudo en mi estómago. La familia Vitale siempre había evitado la trata de personas. Era una línea que no cruzaríamos.

—He conocido a Moretti. Espero que se crea la escena con Elena.

—Lo hará —dijo Bella—. Incluso si tú y Elena no lo hubieran vendido, que lo hicieron, la rabia de Marco asustó a todos en ese restaurante.

—Repasemos algunos escenarios —dijo Tanaka, sacando una laptop.

Durante la siguiente hora, me plantearon situaciones simuladas. Tropecé con mis respuestas, dudando de mí mismo a cada paso. —No puedo simplemente adivinar lo que voy a hacer. Necesito ver a las personas con las que estoy hablando, sentir lo que realmente quieren decir cuando hablan. No puedo simplemente sentarme aquí y jugar a fingir.

Bella se puso de pie, estirando los brazos por encima de su cabeza. —Creo que nos hemos ganado un descanso. ¿Café?

—Yo no, tengo que informar al jefe de sección —dijo Tanaka mientras recogía sus cosas y se iba.

Asentí, agradecido por el respiro. Mientras ella caminaba hacia la cocina en la esquina de la habitación, me encontré siguiendo sus movimientos con la mirada. Rápidamente desvié la vista, concentrándome en el dispositivo frente a mí.

—¿Cómo lo tomas? —preguntó por encima del hombro.

—Negro —respondí, mi voz más áspera de lo que pretendía.

Regresó con dos tazas humeantes, colocando una frente a mí. Cuando alcancé para tomarla, nuestros dedos se rozaron. Me retiré rápidamente, pero no antes de notar la ligera dilatación de sus ojos.

—Así que —dijo, acomodándose de nuevo en su silla—, tienes bastante reputación en ciertos círculos. ¿Es cierto que una vez te libraste hablando de un enfrentamiento mexicano?

No pude evitar reírme. —¿Dónde oíste eso?

—Oh, ya sabes. Por ahí —dijo con un brillo travieso en los ojos.

—Bueno, no fue exactamente un enfrentamiento. Más bien un malentendido con algunos miembros del cártel muy armados y muy enojados.

Se inclinó hacia adelante, sus ojos verdes brillando con interés. —Cuéntame.

Me encontré relatando la historia, embelleciendo ciertas partes para darle efecto dramático. Para mi sorpresa, Bella estalló en carcajadas ante mi descripción de usar una piñata como arma improvisada.

—Estás bromeando —dijo entre risas.

Sonreí, negando con la cabeza. —Lo juro por la tumba de mi nonna. Y eso es a lo que me refiero cuando digo que no quiero sentarme aquí y hablar de situaciones. No puedes predecir lo que sucederá momento a momento. Y si hubiera dicho que agarraría una piñata para defenderme, no me habrías creído.

Nuestras risas llenaron la habitación, borrando momentáneamente la tensión de los últimos días. Mientras nuestra alegría disminuía, me di cuenta de que era la primera vez que la veía sonreír de verdad. Transformó su rostro, suavizando su habitual expresión seria.

—¿Sabes, Vitale? —dijo, limpiándose una lágrima del ojo—, no eres tan malo cuando no estás siendo todo melancólico y misterioso.

Levanté una ceja. —¿Melancólico y misterioso? ¿Así es como me ves?

Se encogió de hombros, una pequeña sonrisa aún jugando en sus labios. —Entre otras cosas.

El aire entre nosotros cambió, cargado con algo que no podía nombrar exactamente. Me aclaré la garganta, de repente consciente de lo cerca que estábamos sentados.

—Probablemente deberíamos volver al trabajo —dijo, con voz baja.

Bella asintió, su comportamiento profesional volviendo a su lugar. —Cierto. Repasemos esos protocolos de nuevo.

Mientras nos sumergíamos de nuevo en el entrenamiento, me encontré hiper consciente de su presencia. El roce de su brazo cuando se inclinaba para señalar algo, el aroma de su perfume cuando se acercaba para revisar mi trabajo. Era enloquecedor.

Las horas pasaron volando, y antes de darme cuenta, había caído la noche. Bella miró su reloj, la sorpresa cruzando su rostro.

—No me di cuenta de que se había hecho tan tarde —dijo, pasándose una mano por el pelo.

Me puse de pie, estirando mis músculos rígidos. —El tiempo vuela cuando te diviertes, ¿no?

Me lanzó una mirada irónica. —Si esta es tu idea de diversión, Vitale, necesitamos trabajar en tu vida social.

Mientras ella recogía para la noche, no pude sacudirme la sensación de que algo había cambiado entre nosotros. El hielo se había roto, pero en su lugar había una tensión de otro tipo. Una que sabía que podría ser peligrosa si se dejaba sin control.

A la mañana siguiente, Bella y yo nos reunimos de nuevo en el estudio del ático. Tenía un brillo determinado en los ojos que me dijo que nos esperaba otro día intenso de entrenamiento.

—Hoy nos vamos a centrar en más ejercicios de juego de roles —anunció Bella, su voz nítida y profesional—. Necesitas convertirte en tu personaje encubierto, Luca. Cada gesto, cada elección de palabras debe alinearse con tu nueva identidad como el hombre que odia a su familia. Y si dices que te vas a defender con una lasaña congelada, te creeré.

Asentí, cuadrando los hombros. —Hagámoslo.

Durante las siguientes horas, repasamos varios escenarios. Practiqué hablando sobre cuánto odiaba a mi familia y quería trabajar para una organización real. Bella interpretó diferentes roles: un capo sospechoso, una camarera coqueta, un vendedor ambulante entrometido.

—Tu postura está demasiado relajada —criticó Bella después de una simulación—. Recuerda, tu familia puede estar tratando de atraparte. Siempre estás alerta, siempre vigilando tu espalda. Tensa más tu postura.

Me ajusté, sintiendo la tensión filtrarse en mis músculos. —¿Qué tal así?

Me rodeó, sus ojos verdes agudos y evaluadores. —Mejor.

A medida que continuamos, me encontré deslizándome más fácilmente en el papel. Las palabras salían más naturalmente, los gestos se sentían menos forzados.

—Aprendes rápido —comentó Bella, con una nota de aprobación en su voz—. Pero no te confíes. Un solo desliz podría hacer volar tu tapadera.

—Hagamos algo más por un rato —dijo mientras extendía una serie de fotografías sobre la mesa. Rostros me miraban: algunos endurecidos, otros engañosamente ordinarios.

—Estos son los actores clave que necesitas conocer —dijo, tocando una imagen—. Salvatore Greco. Es el jefe de la Hermandad. Peligroso, pero predecible. Siempre lleva un reloj de oro, pero no funciona.

Memoricé cada detalle, entendiendo lo crucial que podía ser esta información. —¿Cuál es su rutina habitual?

—Frecuenta un café en la Via Roma todos los martes por la mañana. Esa podría ser tu mejor oportunidad para el contacto inicial.

Mientras repasábamos cada perfil, sentí el peso de la responsabilidad asentándose sobre mis hombros. Estos no eran solo objetivos: eran personas con hábitos, peculiaridades y debilidades. Personas a las que tendría que engañar.

—Hazme preguntas —dije después de que hubiéramos cubierto la última fotografía.

La ceja de Bella se arqueó. —De acuerdo. Describe a Giovanni Ricci.

Cerré los ojos, imaginando el rostro del hombre. —Mediados de los cincuenta, corpulento. Siempre lleva un bastón con punta de plata, aunque no lo necesita. Conocido por su mal genio y su amor por los puros caros.

—Bien. ¿Y su conexión con la Hermandad?

—Maneja sus operaciones de lavado de dinero a través de su cadena de lavanderías.

Bella asintió, satisfecha. —Estás reteniendo bien la información. Pero saber no es suficiente: necesitas usarla.

Se puso de pie, haciéndome un gesto para que la siguiera. —Hora de otra simulación. Esta vez, vas a acercarte a Ricci en uno de sus negocios. Recuerda, es paranoico. Tendrás que ganarte su confianza sin levantar sospechas.

Respiré hondo, preparándome. Mientras me metía en el personaje, alejé los pensamientos de mi familia, de mi verdadero propósito. Por ahora, tenía que convertirme en una versión alternativa de mí mismo: un hombre sin nada que perder y todo por demostrar.

—Estoy listo —dije, con voz baja y decidida.

Los ojos de Bella se encontraron con los míos, una mezcla de precaución y algo más que no pude descifrar. —Esperemos que así sea —murmuró—. Porque allá afuera no tendrás segundas oportunidades.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió. El agente Tanaka entró a zancadas, su presencia llenando inmediatamente la habitación.

—Es hora de profundizar —anunció, colocando una carpeta gruesa sobre la mesa—. Vamos a diseccionar las debilidades de la Hermandad, a explotar sus patrones.

Me enderecé, haciendo a un lado mis dudas. Esto era lo que necesitaba: información concreta, estrategias que pudiera utilizar.

Tanaka extendió una serie de documentos. —La Hermandad opera en base a la rutina. Esa es su vulnerabilidad.

Mientras hablaba, resaltando los horarios de envío y los patrones de patrullaje, mi mente

trabajaba a toda velocidad. Podía ver oportunidades, brechas que podríamos explotar.

—¿Qué hay de sus protocolos de seguridad? —pregunté, inclinándome hacia adelante.

Bella intervino: —Rotan las contraseñas semanalmente. Pero siempre hay un patrón.

Durante la siguiente hora, intercambiamos ideas, armando una estrategia. Con cada revelación, cada plan potencial, me sentía más preparado. El miedo no desapareció, pero se transformó en algo que podía usar: un filo agudo de precaución para mantenerme alerta.

Al terminar, Tanaka me miró fijamente. —Recuerda, Luca. El conocimiento es poder, pero la adaptabilidad es supervivencia.

Asentí, absorbiendo sus palabras. El peso de la misión me presionaba, pero por primera vez, me sentía listo para soportarlo.

Bella se aclaró la garganta, atrayendo mi atención. —Ahora los aspectos legales —dijo, su voz adoptando un tono más serio—. La negación plausible es tu salvavidas, Luca.

Me incliné hacia adelante, con los codos sobre la mesa. —¿Cómo mantengo eso?

—Nunca admitas nada directamente —explicó Bella—. Si cuestionan tu tapadera, desvía. Usa declaraciones vagas, medias verdades. La clave es no darles nunca una confesión sólida.

Tanaka asintió, añadiendo: —Si las fuerzas del orden se te acercan, mantén la calma. Tienes derecho a guardar silencio; te he visto usarlo.

—¿Y si insisten? —pregunté, imaginándome acorralado por policías.

—Solicita inmediatamente a tu abogado —dijo Bella con firmeza—. No intentes salir del paso hablando. Giovanni se pondrá en contacto con nosotros y nos encargaremos de ello.

Absorbí sus palabras, grabándolas en mi memoria. Estas no eran solo estrategias; eran mi escudo contra un mundo que me destrozaría si se le diera la oportunidad.

—Una última cosa —dijo Bella, sus ojos verdes fijándose en los míos—. Hemos arreglado que te reúnas con el Dr. Reeves, un psicólogo especializado en operaciones encubiertas.

Fruncí el ceño. —¿Un loquero? ¿Es necesario?

La expresión de Bella se suavizó ligeramente. —Confía en mí, Luca. El estrés y el aislamiento que enfrentarás... es algo que nunca has experimentado. El Dr. Reeves te dará herramientas para afrontarlo.

Quería discutir, pero la preocupación en los ojos de Bella me detuvo. En su lugar, asentí, reprimiendo mis reservas.

—Pero ahora, vamos abajo a correr.

El sudor goteaba por mi cara mientras me lanzaba hacia adelante, igualando el ritmo de Bella. Mis músculos ardían, pero me negué a reducir la velocidad. Llevábamos más de una hora en esto, y ella seguía aumentando la intensidad. La carrera que esperaba tener con ella se había convertido en una agotadora marcha de la muerte, ninguno de los dos queriendo parar primero.

—Vamos, Vitale. Muéstrame lo que tienes —me retó Bella, aumentando su velocidad en la cinta de correr.

Apreté los dientes y me esforcé más, mis pies golpeando contra la cinta. Mis pulmones jadeaban mientras luchaba por mantener el ritmo. Justo cuando pensaba que no podía ir más rápido, Bella aumentó la inclinación.

—Mierda —murmuré entre dientes. Mis piernas se sentían como plomo, pero las obligué a seguir moviéndose. No dejaría que me superara.

Bella miró de reojo, con un toque de sorpresa en sus ojos. —Nada mal. La mayoría de los tipos ya se habrían rendido.

Logré gruñir en respuesta, demasiado sin aliento para hablar. Corrimos lado a lado,

ninguno dispuesto a ser el primero en rendirse. Mi visión empezó a nublarse en los bordes. Justo cuando mis piernas estaban a punto de ceder, Bella presionó el botón de parada en su máquina.

—Bien, es suficiente —dijo, respirando pesadamente.

Reduje la velocidad hasta detenerme, el alivio inundándome. Ambos bajamos de las cintas, con los pechos agitados.

—Agua —jadeé, tambaleándome para agarrar dos botellas. Le lancé una a Bella y me desplomé en el suelo, con la espalda contra la pared. Ella se sentó a mi lado, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

Bebimos en silencio por unos momentos, recuperando el aliento. Eché un vistazo a Bella. Unos mechones de cabello se habían escapado de su coleta, pegándose a sus mejillas sonrojadas. Incluso empapada en sudor, se veía impresionante.

—Me has impresionado hoy, Luca —dijo Bella, rompiendo el silencio—. No pensé que podrías mantener el ritmo.

Levanté una ceja. —Me subestimaste.

—Lo hice —admitió—. No volverá a suceder.

Nuestros ojos se encontraron, y el aire entre nosotros pareció crepitar con electricidad. Antes de que pudiera pensarlo mejor, me incliné y presioné mis labios contra los suyos.

El cuerpo de Bella se tensó por un breve momento, como si la hubiera tomado por sorpresa mi repentino avance. Pero luego se rindió al beso, sus suaves labios separándose para permitir que mi lengua explorara las profundidades de su boca. Podía saborear un leve toque de menta en su aliento, y solo sirvió para alimentar mi deseo.

Mi mano se alzó para acariciar su mejilla, sintiendo la línea elevada de su cicatriz bajo mis dedos. Tracé la carne levantada con mi pulgar, sintiéndola estremecerse bajo mi toque.

Las manos de Bella subieron para agarrar mis hombros, sus uñas clavándose en mi piel mientras me acercaba más. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, y era embriagador. Quería consumirla, devorar cada centímetro de ella hasta que estuviera gritando mi nombre.

Después de lo que pareció una eternidad y nada de tiempo a la vez, nos separamos. Nos miramos fijamente, ambos respirando pesadamente por una razón completamente diferente ahora.

Me aparté bruscamente, la realidad de lo que habíamos hecho cayendo sobre mí. Los ojos de Bella se abrieron de par en par, y se apresuró a ponerse de pie.

—Eso fue un error —dijo, con la voz tensa.

Me levanté, asintiendo rígidamente. —De acuerdo. No volverá a suceder.

Pero incluso mientras las palabras salían de mi boca, sabía que eran una mentira. Mi cuerpo vibraba con el recuerdo de sus labios sobre los míos, la suavidad de su piel bajo mis dedos. Quería más. Quería volver a atraerla a mis brazos, saborearla de nuevo, explorar cada centímetro de ella.

Bella no quería encontrarse con mis ojos. —Deberíamos volver al trabajo —dijo, ya moviéndose hacia los sacos de boxeo.

La seguí, luchando con las emociones conflictivas que guerreaban dentro de mí. Por un lado, involucrarme con Bella era peligroso. Por otro, no podía negar la atracción que sentía hacia ella.

Mientras reanudábamos nuestro entrenamiento, intenté concentrarme en la tarea en cuestión. Pero mi mente seguía volviendo al beso, a la forma en que Bella había respondido. ¿Sentía ella la misma atracción? ¿O fue solo un momento de debilidad para ella?

Lancé un fuerte puñetazo al saco, canalizando mi frustración en el impacto. Fuera lo que

fuera esto entre nosotros, sabía que solo podía llevar a problemas.

A la mañana siguiente estábamos de vuelta, rodeados de pilas de archivos y una gran pantalla digital. Bella y Tanaka estaban sentados frente a mí, sus rostros grabados con concentración.

—Fase final, Luca —dijo Bella, deslizando una carpeta gruesa hacia mí—. Vamos a revisar cada detalle del plan de la misión.

Abrí la carpeta, mis ojos escaneando las páginas llenas de nombres, ubicaciones y escenarios potenciales. Mi corazón se aceleró, pero mantuve mi expresión neutral.

Tanaka tecleó en su portátil y apareció un mapa en la pantalla. —Tu principal punto de contacto será Marco Rossi, el segundo al mando de la Hermandad. Creemos que será tu mejor punto de entrada.

—¿Cuál es mi ángulo con Rossi? —pregunté, estudiando la foto del hombre.

Bella se inclinó hacia adelante. —Te presentarás como un ejecutor descontento de una familia rival. Enfatiza tus habilidades, pero también tu insatisfacción con tu hermano. Quizás di algunas cosas crueles sobre cómo Elena te engañó.

Asentí, imaginando la conversación en mi mente. —¿Y si sospecha?

—Mantén la historia. Nos aseguramos de que la Hermandad obtuviera el video y a estas alturas, todos deben haberlo visto. La sospecha es solo una prueba.

Durante horas, repasamos todos los escenarios posibles. Cómo manejar encuentros inesperados con la policía, qué hacer si mi tapadera era cuestionada, incluso planes de contingencia si las cosas salían mal.

Al terminar, sentí una mezcla de agotamiento y preparación. La magnitud de lo que estaba a punto de hacer me golpeó, pero aparté el miedo.

Bella se puso de pie, sus ojos encontrándose con los míos. —Luca, necesito que entiendas algo. Esta misión... no se trata solo de derribar a la Hermandad. Se trata de dismantelar una red que ha causado un daño inconmensurable.

Asentí, sintiendo el peso de sus palabras. —Lo entiendo.

—Tienes apoyo —continuó—. Tanto de nosotros como de tu familia. Recuerda eso cuando las cosas se pongan difíciles.

Caminaba de un lado a otro en la sala del ático, mi mente repasando los detalles de nuestra operación simulada final. Bella estaba de pie junto a la ventana, su silueta perfilada contra las luces de la ciudad.

—Hagámoslo una vez más —dijo, volviéndose para mirarme—. Estás en el club. Marco Rossi se te acerca. ¿Cuál es tu frase de apertura?

Cuadré los hombros, metiéndome en el personaje. —He oído que buscas nuevo talento. Dicen que tu equipo actual no puede soportar la presión.

Bella asintió con aprobación. —Bien. Directo, pero no demasiado agresivo. Ahora, ¿cómo respondes si te pregunta sobre tu trabajo anterior?

—Le digo que no hay manera de que su organización haya venido a Nueva York sin investigar a la familia Vitale. Que deje de hacerme perder el tiempo y decida si puede usar mi talento o no.

Continuamos así durante horas, afinando cada aspecto de mi tapadera. La atención al detalle de Bella era implacable, pero lo agradecía. Cada escenario que practicábamos me hacía sentir más preparado.

Al terminar, la expresión de Bella se suavizó ligeramente. —Has recorrido un largo camino, Luca. Creo que estás listo.

Por un momento, nos quedamos en silencio, el aire entre nosotros cargado de palabras no dichas. Quería decir más, expresar mi gratitud, mi admiración. Pero me contuve, sabiendo que ambos teníamos que mantenernos enfocados en la misión.

Bella recogió sus cosas, dirigiéndose a la puerta. —Descansa un poco —dijo—. Mañana es nuestro último día para prepararte.

Cuando la puerta se cerró tras ella, me dejé caer en el sofá, mi mente zumbando de anticipación y nervios. El peso de lo que me esperaba me presionaba, pero me sentía listo para enfrentarlo.

Capítulo 6

Bella

Cerré el agua de la ducha y escuché el sonido de movimiento en mi ático. Mi mano instintivamente alcanzó el arma que mantenía conmigo cuando mis manejadores no estaban aquí. Años en el negocio familiar me habían enseñado a nunca bajar la guardia, incluso en espacios supuestamente seguros.

Salí de la ducha, mis pies descalzos silenciosos sobre el fresco suelo de mármol. Mientras me acercaba a la puerta del baño, escuché el débil tintineo de porcelana proveniente de la cocina. ¿Un intruso o Bella? En cualquier caso, necesitaba estar preparado.

Salí del baño, arma en alto, mi cuerpo tenso y listo para la acción. Fue entonces cuando la vi: Bella, de pie en mi cocina, con una caja de pasteles en sus manos y una expresión sorprendida en su rostro.

Por una fracción de segundo, nuestras miradas se cruzaron. Vi el miedo cruzar su rostro, rápidamente reemplazado por reconocimiento. Mi corazón latía aceleradamente, la adrenalina corriendo por mis venas. Bajé el arma, repentinamente consciente de mi desnudez.

Sin decir palabra, me retiré al baño, mi mente dando vueltas. Bella me había visto mojado, desnudo, vulnerable. No era como quería presentarme ante ella, ante nadie. Me aferré al borde del lavabo, respirando profundamente para calmarme.

Me sequé y vestí rápidamente, preparándome para la inevitable incomodidad que me esperaba en la cocina. Al salir,forcé una sonrisa en mi rostro, decidido a recuperar el control de la situación.

Bella estaba de pie junto al mostrador, sus mejillas aún sonrojadas. Me dirigí hacia ella, mi postura relajada y confiada a pesar de la tensión que sentía arremolinándose dentro de mí.

—Me alegro de no haberte disparado —dije, apoyándome en el mostrador—. Habría sido un desperdicio de buenos pasteles.

Los ojos de Bella se encontraron con los míos y luego se desviaron. —Lo siento, Luca. Debería haberme anunciado.

Hice un gesto desdeñoso con la mano. —No ha pasado nada. Aunque no puedo decir lo mismo de tu inocencia.

Su sonrojo se intensificó, y sentí una punzada de satisfacción. Era más fácil concentrarme en su incomodidad que en mi propia vulnerabilidad.

—No hagamos esto incómodo —dijo Bella, su voz más firme que su expresión—. Tenemos trabajo que hacer.

Asentí, alcanzando un capuchino. —Tienes razón. Pero admítelo, no todos los días recibes un despertar tan impresionante.

Bella puso los ojos en blanco, pero capté el fantasma de una sonrisa en sus labios. —Tu ego está tan desnudo como lo estabas tú, Luca.

Me reí, la tensión entre nosotros aliviándose ligeramente. Pero mientras bebía mi café, no podía sacudirme la sensación de que algo había cambiado entre nosotros. La pregunta era, ¿nos

acercaría más o nos alejaría?

Golpeé mi taza de café agresivamente contra la mesa, incapaz de resistir provocarla aún más. —¿Te gustó lo que viste? —me burlé, inclinándome lo suficientemente cerca como para que mi aliento le hiciera cosquillas en la piel. La tensión entre nosotros crepitaba con una electricidad volátil.

Las mejillas de Bella se encendieron de escarlata una vez más, sus ojos esmeralda brillando con una mezcla de humillación y furia. Observé cómo luchaba por mantener la compostura, su agarre apretándose en su propia taza hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Tu arrogancia es insufrible —espetó, su voz baja y afilada como una cuchilla.

Una oleada de diversión y frustración me recorrió. Esta mujer era un desafío, y una parte de mí se deleitaba en ello. Pero otra parte, la parte que había sido entrenada para sobrevivir en este mundo despiadado, se erizaba ante su desafío.

—La arrogancia es lo que me mantiene vivo —repliqué, mi tono endureciéndose como el acero—. En este juego, la duda significa muerte. Podría haberte eliminado antes de que siquiera dejaras el pastel.

La mirada de Bella se estrechó, y golpeó su taza con un fuerte estruendo. —Y el exceso de confianza te matará aún más rápido —respondió, sus palabras cortando a través del jugueteo en el que habíamos estado involucrados.

Mi sonrisa se desvaneció en una expresión seria mientras me acercaba a ella, cerrando la distancia entre nosotros hasta que pude ver motas doradas en sus vibrantes ojos verdes. Su intensidad igualaba la mía, y no pude evitar respetar a regañadientes su negativa a retroceder.

—¿Crees que he sobrevivido tanto tiempo por casualidad? —pregunté, mi voz goteando furia controlada—. Cada movimiento que hago es calculado. No confundas la confianza con la imprudencia.

La mandíbula de Bella se tensó, su cuerpo endureciéndose mientras invadía su espacio personal. —¿Calculado? —se burló incrédulamente, su voz elevándose con ira—. ¡Tu comportamiento salvaje e imprudente pone en riesgo toda nuestra misión. ¡No te lo estás tomando lo suficientemente en serio!

Mi temperamento estalló, su insinuación hiriendo profundamente. ¿Quién era ella para cuestionar mis métodos? —He estado en este juego más tiempo del que tú has estado viva —gruñí, mis manos cerrándose en puños a mis costados—. Cada respiración que tomo es una cuestión de vida o muerte. Cada movimiento es por supervivencia.

—La supervivencia no es suficiente —contraatacó Bella, sus ojos ardiendo de frustración—. Necesitamos precisión, estrategia. ¡Tus payasadas de vaquero podrían hacer saltar nuestra cobertura en cualquier momento!

Inclinándome más cerca, mi voz bajando a un susurro peligroso, me burlé: —Mis "payasadas" me han mantenido vivo en un mundo que te habría masticado y escupido hace años.

El aire crepitaba de tensión entre nosotros mientras nos mirábamos fijamente, ambos negándonos a ceder. El calor que irradiaba de su cuerpo era palpable, y el leve aroma de su perfume solo añadía leña al fuego. A pesar de mi ira, no podía negar la atracción que sentía hacia ella. Era exasperante.

Pero Bella no flaqueó. Levantó su barbilla desafiante, encontrando mi mirada de frente. —No eres invencible, Luca —siseó, su determinación inquebrantable tan frustrante como admirable—. Un movimiento en falso y todo se acaba. Para ambos.

Sentí mi pulso acelerarse, inseguro de si era por nuestra acalorada discusión o por la intoxicante proximidad entre nosotros. —¿Crees que no conozco lo que está en juego? —desafié,

mi voz baja e intensa como un gruñido.

Extendí la mano, moviéndose por voluntad propia. Suavemente, aparté un mechón de cabello del rostro de Bella, colocándolo detrás de su oreja. El simple roce me envió una descarga, y la vi estremecerse en respuesta.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Bella, su voz inestable.

—No lo sé —admití, sorprendido por mis propias acciones. La discusión se desvaneció, reemplazada por un tipo diferente de tensión. Sabía que este era un territorio peligroso, pero no podía detenerme.

—No podemos —murmuró, pero su lenguaje corporal contaba una historia diferente. Las caderas de Bella se balancearon hacia mí, su pecho agitándose con cada respiración entrecortada.

—Lo sé —respondí, mi voz ronca de deseo. Mis dedos ansiaban tocarla, sentir la curva de su cintura y el volumen de sus pechos.

Nuestros rostros estaban a centímetros de distancia ahora, y podía oler su perfume, una mezcla embriagadora de jazmín y sudor. Los ojos de Bella bajaron a mis labios, y pude ver el hambre en su mirada.

—Esto es una mala idea —dijo, pero su voz era apenas un susurro.

—La peor —estuve de acuerdo, mi mano extendiéndose para acariciar su mejilla. Su piel era suave y cálida, y podía sentir el aleteo de su pulso bajo mis dedos.

Por un momento, nos quedamos congelados, tambaleándonos al borde de algo que podría cambiarlo todo. Luego, con un suave suspiro de rendición, Bella cerró la distancia entre nosotros.

Nuestros labios se encontraron en un beso violento, y el mundo se desvaneció. Podía sentir el calor de su cuerpo presionado contra el mío, y la dureza de sus pezones a través de la delgada tela de su blusa. Mis manos recorrieron su cuerpo, explorando cada curva y contorno con una urgencia que era casi desesperada.

Bella gimió en mi boca, sus manos aferrándose a mi camisa. Podía sentir la humedad entre sus piernas, y mi polla palpitaba con la necesidad de estar dentro de ella.

Rompí el beso, mi respiración saliendo en jadeos entrecortados. —Dime que quieres esto —dije, mi voz áspera y baja.

Bella me miró, sus ojos oscuros de lujuria. —Fóllame —dijo, su voz un susurro.

Estrellé mis labios contra los de Bella, mi lengua exigiendo entrada mientras saboreaba su dulzura. Sus manos agarraron mi cabello, acercándome más mientras nuestros cuerpos se fundían. El calor entre nosotros era palpable, un infierno rugiente que amenazaba con consumirnos a ambos.

—Joder, Bella —gemí mientras la levantaba sobre la encimera de la cocina. Sus piernas se envolvieron alrededor de mi cintura, acercándome más mientras frotaba mi polla dura como una roca contra su coño. Podía sentir el calor irradiando de su núcleo, y requirió todo mi autocontrol no arrancarle la ropa y follarla allí mismo.

Mis manos recorrieron su cuerpo, apretando sus senos llenos y pellizcando sus pezones a través de la delgada tela de su vestido. Ella jadeó de placer, arqueando la espalda y presionándose más contra mi tacto.

—Luca, por favor —suplicó, su voz un gemido bajo—. Te necesito.

Pasé mis manos por el torso de Bella, sintiendo la suave calidez de su piel bajo su camisa. Se estremeció ante mi toque, mordiéndose el labio inferior mientras su respiración se entrecortaba. —Dímelo otra vez. Dime que quieres esto —exigí, mi voz baja y áspera.

La respuesta de Bella fue levantar los brazos, permitiéndome quitarle el vestido por la cabeza. Lo arrojé a un lado, revelando sus perfectos senos cubiertos por un sujetador de encaje

negro. —Nunca he estado más segura de nada —dijo, su voz ronca de deseo.

Ya no pude contenerme más. Capturé sus labios en un beso feroz, mi lengua explorando su boca mientras mis manos recorrían su piel desnuda. Los dedos de Bella trabajaban en los botones de mi camisa, sus movimientos frenéticos. —Demasiada ropa, joder —murmuró contra mi boca.

Me reí, ayudándola a quitarme la camisa. —De acuerdo. —Cuando nuestra piel desnuda hizo contacto, una descarga de electricidad me atravesó. Bella jadeó, arqueando la espalda mientras se presionaba más cerca. Podía sentir sus pezones duros a través de la delgada tela de su sujetador, y anhelaba tocarlos. Acaricié sus senos, mis pulgares rozando sus pezones hasta que gritó.

Bella alcanzó entre nosotros, su mano rozando el frente de mis pantalones. Podía sentir mi polla endureciéndose más con su toque, y supe que tenía que tenerla. —¿Estás segura de que quieres hacer esto aquí? —pregunté, mirando alrededor de la cocina.

La respuesta de Bella fue alcanzar detrás de su espalda y desabrochar su sujetador, dejándolo caer al suelo. —Joder, sí —dijo, su voz baja y seductora—. Quiero que me tomes aquí mismo, ahora mismo.

No necesité más convencimiento. Nuestras lenguas bailaron juntas mientras alcanzaba hacia abajo, luchando con el botón y la cremallera de mis pantalones.

Las manos de Bella estaban igual de ansiosas, tirando de mis bóxers hasta que mi polla saltó libre. La acarició lentamente, su pulgar circulando la cabeza antes de deslizarse por el eje. Gemí en su boca, mis caderas moviéndose involuntariamente.

Alcancé entre nosotros, mis dedos encontrándola húmeda y lista. Jadeó cuando deslicé dos dedos dentro de ella, su coño apretándose alrededor de ellos. Los bombeé dentro y fuera, sus jugos goteando por mi mano.

—Joder, estás tan mojada —dije, mi voz apenas por encima de un susurro. Bella sonrió, sus dientes hundiéndose en su labio inferior.

—Eso es lo que me haces —dijo, su voz entrecortada—. Ahora fóllame. Quiero sentirte dentro de mí.

No necesité más incitación. Me alineé en su entrada, mi polla palpitando de anticipación. Me deslicé lentamente, saboreando la sensación de su apretado coño estirándose para acomodarme.

Bella echó la cabeza hacia atrás, sus ojos cerrados mientras gemía. Salí lentamente antes de empujar de vuelta, estableciendo un ritmo lento y constante. Ella igualó mis movimientos, sus caderas elevándose para encontrarse con las mías.

Me incliné, capturando su boca en un beso profundo mientras continuaba embistiendo en ella. Nuestros cuerpos se movían juntos, nuestros gemidos y jadeos llenando la habitación. Podía sentir que me acercaba, mis bolas apretándose con cada embestida.

Bella debió haberlo sentido también. —Fóllame más fuerte —dijo, su voz baja y autoritaria. Obedecí, mis embestidas volviéndose más fuertes mientras perseguía mi liberación.

Ella clavó sus uñas en mi espalda, su cuerpo temblando mientras llegaba al clímax. La seguí poco después, mi orgasmo atravesándome mientras me vaciaba dentro de ella.

Nos quedamos allí por un momento, nuestra respiración pesada mientras bajábamos de nuestro éxtasis. Bella se inclinó, presionando un suave beso en mis labios antes de alejarse.

—Eso fue increíble —dijo ella, con la voz aún entrecortada. Sonreí, mis dedos trazando perezosos dibujos en su muslo desnudo.

—Joder, sí que lo fue —dije, con la voz áspera y ronca—. Pero deberíamos llevar esto al

dormitorio antes de que nos pillen. —La atraje hacia mí y caminé hacia el dormitorio. La recosté en mi cama deshecha, donde me había revolcado toda la noche, pensando en todas las cosas sucias que podría hacerle, y en cómo sonaba mi nombre en su boca.

Ella me arrastró a la cama. —No pude verte bien antes. —Mientras sus manos recorrían mi cuerpo, podía sentir que ninguno de los dos había terminado con lo que fuera que estaba pasando.

—¿Qué quieres, Bella? —pregunté.

Ella me sonrió. —Más.

Eso fue todo lo que tuvo que decir. La empujé contra la cama y la besé. Sus caderas comenzaron a levantarse y usé una rodilla para empujarlas hacia abajo. —Todavía no, niña codiciosa. —Moví mis labios hacia sus pechos, su gemido casi me hizo perder la concentración.

Ella extendió la mano hacia mi polla, pero no duraría si me tocaba. Le agarré ambas muñecas con una mano y las sujeté por encima de su cabeza. —No. ¿Necesito atarte para que te portes bien?

—Sí, por favor —gimió.

Vaya, jódeme. No tenía ni idea de que mi agente del FBI tan apegada a las reglas tuviera un lado kinky.

Alcancé el cajón de mi mesita de noche y saqué un trozo de cuerda.

—Espero que no te asuste un poco de juego primitivo —dije, sonriendo mientras ataba sus muñecas al cabecero.

Sus ojos se abrieron con excitación mientras me inclinaba para susurrarle al oído: —Ahora eres mía, y voy a hacerte gritar.

Empecé con sus pechos, acariciándolos con mis manos y rozando sus pezones con mis pulgares hasta que se pusieron duros como rocas. Ella jadeó cuando me incliné para tomar uno en mi boca, chupando y mordiendo hasta que volvió a mover sus caderas, intentando frotarse contra mí.

—Por favor —suplicó—, te necesito dentro de mí.

Pero aún no había terminado de provocarla. Me tomé mi tiempo, saboreando cada centímetro de su cuerpo mientras deslizaba mis dedos por su estómago y sobre sus caderas. Su piel era suave y cálida, y podía sentirla temblar bajo mi toque. Era tan receptiva, tan lista para mí. No pude resistirme a provocarla un poco más.

Hice círculos con mi pulgar alrededor de su clítoris, haciendo movimientos lentos y deliberados que la hacían retorcerse y gemir de placer. —Luca —suplicó, con la voz espesa de deseo—. Por favor.

Quería ceder, sentir su apretado coño envolviendo mi polla. Pero me contuve, sabiendo que esta podría ser nuestra única vez juntos. —Todavía no —gruñí, con la voz baja y áspera—. Primero necesito probarte.

Me deslicé por su cuerpo, besando y mordiendo mi camino hasta su centro. Ya estaba húmeda e hinchada, y podía oler su excitación en el aire. Separé más sus piernas y enterré mi cara entre sus muslos, lamiendo y chupando su clítoris hasta que ella se arqueaba y gritaba mi nombre.

—Buena chica —murmuré, deslizando un dedo dentro de ella. Estaba tan apretada, tan caliente. Añadí otro dedo, bombeándolos dentro y fuera mientras continuaba chupando su clítoris. Estaba cerca, podía sentirlo. Alcé mi mano libre y apreté su pecho, pellizcando su pezón entre mi pulgar y mi índice.

—Joder —gritó, su cuerpo convulsionándose mientras se corría. Seguí lamiendo y

chupando, prolongando su orgasmo todo lo que pude. Cuando finalmente bajó de su clímax, me aparté y volví a subir para besarla. Ella se probó a sí misma en mis labios, y la visión de sus mejillas sonrojadas y sus pupilas dilatadas me puso más duro que nunca.

—Ahora es mi turno —dije, posicionándome entre sus piernas. Ella aún temblaba, todavía sensible por su orgasmo. Me deslicé dentro de ella lentamente, saboreando la sensación de su calor apretado y húmedo. Ella gimió y arqueó su espalda, llevándome más profundo.

Empecé a embestir, lento y constante al principio, luego más fuerte y rápido. Ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, instándome a continuar. Podía sentir cada centímetro de ella, y era jodidamente increíble.

—¿Te gusta eso, nena? —gruñí, con la voz baja y sucia. Ella gimió en respuesta, y pude notar que estaba cerca de nuevo. Alcé la mano y agarré su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás mientras la besaba profundamente.

—Córrete para mí —ordené, mordiéndole el labio. Ella gritó mientras se corría de nuevo, su coño apretándose alrededor de mi polla. Ya no pude contenerme más, y con unas pocas embestidas más fuertes, la seguí al borde del abismo.

Mientras nuestra respiración volvía lentamente a la normalidad, la realidad comenzó a filtrarse de nuevo. Desaté sus muñecas, besando las ligeras marcas de abrasión en ellas. La atraje hacia mí y besé suavemente su cabello. —Gracias por tu confianza —le susurré al oído—. Nunca la traicionaré. —Miré fijamente al techo, mi mente acelerada. ¿Qué habíamos hecho? ¿Cómo afectaría esto a nuestra misión? ¿A nuestras vidas?

Miré a Bella, viendo el mismo conflicto en sus ojos. Abrió la boca para hablar, luego la cerró de nuevo, aparentemente sin palabras.

El silencio se extendió entre nosotros, cargado de preguntas no pronunciadas y consecuencias.

Observé cómo Bella se incorporaba, pasando la mano por su cabello despeinado. Sus ojos verdes estaban distantes, perdidos en sus pensamientos. La cicatriz en su mejilla resaltaba más ahora, un claro recordatorio del peligroso mundo en el que operábamos.

—Luca —comenzó, luego se detuvo, sacudiendo la cabeza.

Permanecí en silencio, mis dedos golpeando distraídamente contra el frío suelo de baldosas. El peso de nuestras acciones me presionaba, amenazando con agrietar mi fachada cuidadosamente construida.

La voz de Bella finalmente rompió el silencio. —No podemos ignorar lo que acaba de pasar.

Me incorporé, encontrando su mirada. —No, no podemos.

Ella tomó una respiración profunda. —La misión tiene que ser lo primero. Ambos lo sabemos.

—Lo sé —respondí, con voz baja y controlada—. Pero esto cambia las cosas entre nosotros.

Bella asintió, su expresión una mezcla de arrepentimiento y determinación. —Necesitamos ser cuidadosos. Tanaka no puede saber nada de esto. Perderé mi trabajo, incluso si nunca te volviera a ver.

Me incliné hacia adelante, con los codos apoyados en mis rodillas. —Es lo mismo con mi familia. Si sospechan de cualquier lealtad dividida...

—Entiendo —dijo Bella, con voz firme—. Mantendremos esto profesional a partir de ahora. Sin distracciones, sin complicaciones.

Asentí, aunque una parte de mí se rebelaba contra la idea. —De acuerdo. El trabajo es lo

primero.

—Espera aquí e iré a buscar tu ropa —dije.

El aire entre nosotros crepitaba con palabras no dichas y emociones reprimidas. Habíamos cruzado una línea, y no había vuelta atrás.

Capítulo 7

Luca

Me encontraba frente al espejo de cuerpo entero, ajustando mi traje gris marengo a medida. Cada detalle debía ser perfecto para esta reunión con Matteo Ricci. Mis dedos recorrieron el sutil bulto de mi arma oculta, asegurándome de que permaneciera invisible bajo la chaqueta.

—Recuerda —dijo Bella desde detrás de mí, con voz firme y profesional—, Matteo buscará cualquier signo de debilidad. No le des ninguno.

Me giré para mirarla, notando cómo mantenía una distancia prudente.

—Lo sé. No es mi primera vez.

Los ojos verdes de Bella se entrecerraron ligeramente.

—No, pero es la más importante. La Hermandad Corsa no es como la organización de tu familia. Son despiadados, impredecibles.

—Yo también lo soy —respondí, con voz baja y firme.

Se acercó más, su aroma trayendo vívidos recuerdos de nuestro encuentro anterior. Aparté esos pensamientos, concentrándome en la tarea en cuestión.

Mientras me dirigía hacia la puerta, la mano de Bella en mi brazo me detuvo.

—Ten cuidado —dijo, sus ojos revelando un atisbo de preocupación bajo su apariencia profesional.

Sostuve su mirada por un momento, luego me aparté.

—Siempre lo tengo.

La tensión en el aire era palpable mientras salía del ático, mi mente daba vueltas con las complejidades de la situación. Esta reunión con Matteo podría hacer o deshacer mi tapadera dentro de la Hermandad Corsa.

La suave iluminación de Il Paradiso proyectaba un cálido resplandor sobre la sofisticada clientela. Escaneé la sala, mis ojos encontrando rápidamente a Matteo Ricci sentado en una mesa apartada en un rincón. Mi ritmo cardíaco se aceleró, pero mantuve mi expresión neutral mientras me acercaba.

Matteo levantó la vista, sus ojos oscuros penetrantes e indescifrables. Le hice un respetuoso asentimiento, extendiendo mi mano.

—Señor Ricci —dije, con voz firme.

Antes de que me dijera algo, un hombre emergió de las sombras. Levanté los brazos, sabiendo que estaba allí para cachearme. Lo reconocí de los interminables informes que había tenido los últimos días, pero no dije nada.

Tomó mi arma, como sabía que lo haría. Honestamente, no la necesitaba, pero presentarme sin una no habría impresionado a Ricci.

Terminado el cacheo, Ricci estrechó mi mano con firmeza, su agarre fuerte y calloso.

—Vitale —respondió, señalando la silla frente a él—. Siéntate.

Me senté, listo para comenzar el engaño. La tensión entre nosotros era palpable, cada uno evaluando al otro.

—Agradezco que se reúna conmigo —dije, manteniendo el contacto visual.

Matteo se reclinó ligeramente, su mirada sin apartarse de mi rostro.

—No perdamos el tiempo en cortesías, Vitale. ¿Por qué estás aquí?

Podía sentir cómo analizaba cada uno de mis movimientos, cada microexpresión. Este era un hombre acostumbrado a detectar mentiras y debilidades. Tenía que andar con cuidado.

—Estoy aquí porque quiero entrar —respondí sin rodeos—. La familia Vitale ya no es donde pertenezco.

La ceja de Matteo se elevó una fracción.

—¿Y crees que la Hermandad sí lo es?

Me incliné ligeramente hacia adelante, bajando la voz.

—Sé de lo que soy capaz, Ricci. Y sé lo que la Hermandad puede ofrecerme.

Mientras hablaba, noté que la mano de Matteo descansaba cerca de su propia arma oculta. Esta danza en la que estábamos inmersos era peligrosa, y un movimiento en falso podría terminar con sangre derramada.

El camarero se acercó a nuestra mesa, interrumpiendo el tenso intercambio. El comportamiento de Matteo cambió instantáneamente, su rostro relajándose en una sonrisa encantadora mientras se dirigía al hombre en italiano impecable.

—Buonasera. Il filetto di manzo, per favore. Al sangue.

Seguí su ejemplo, ordenando también en italiano.

—La bistecca alla fiorentina, media.

Cuando el camarero se marchó, la mirada penetrante de Matteo volvió a mí. Su voz era baja, casi un gruñido.

—¿Por qué debería contratar a un Vitale?

Tomé aire, preparándome. Este era el momento para el que me había preparado.

—Porque ya no les soy leal —dije, dejando que la amargura se filtrara en mi tono—. Mi hermano Marco se encargó de eso.

Los ojos de Matteo se entrecerraron.

—Elabora.

Apreté la mandíbula, fingiendo ira.

—Se trata de una mujer. Elena. —El nombre se sintió pesado en mi lengua. Odiaba usarla así, pero era necesario—. La prometida de Marco. Nos... acercamos. Ella prometió dejarlo por mí.

La expresión de Matteo permaneció impasible, pero pude ver la duda en sus ojos. No me creía. Tenía que venderlo con más fuerza.

—Me engañó —escupí, inyectando veneno en mis palabras—. Me hizo creer que teníamos algo real. Luego volvió corriendo con Marco, le contó todo. Mi propio hermano se volvió contra mí, amenazó con matarme si no me iba.

Observé el rostro de Matteo, buscando cualquier señal de que estuviera creyendo mi historia. Sus ojos nunca dejaron los míos, sondeando, buscando cualquier indicio de engaño. Meforcé a mantener el contacto visual, canalizando toda la ira y frustración que pude reunir.

—No puedo trabajar para una familia que me traicionaría así —dije, con voz baja e intensa—. Necesito un nuevo comienzo. La Hermandad puede dármelo.

Mientras terminaba de hablar, pude sentir cómo Matteo analizaba cada palabra, cada microexpresión. El peso de su escrutinio era casi físico. Luché contra el impulso de moverme en mi asiento, de mostrar cualquier signo de incomodidad. Todo dependía de este momento.

Matteo se reclinó, sus ojos aún fijos en los míos.

—El trabajo de un ejecutor requiere más que músculo —dijo, con voz fría y medida—. Dime, Luca, ¿cómo manejarías a una facción rival que invade nuestro territorio?

Sabía que esto era una prueba. Matteo estaba sondeando, tratando de evaluar mis capacidades y pensamiento estratégico. Tomé una respiración profunda, formulando mi respuesta cuidadosamente.

—Con todo respeto, Matteo —respondí, manteniendo un tono uniforme—, usted ya sabe de lo que soy capaz. La Hermandad no se habría mudado a Nueva York sin tener información completa sobre la familia Vitale. Y no habría accedido a esta reunión a menos que supiera exactamente de lo que soy capaz.

Me incliné ligeramente hacia adelante, manteniendo el contacto visual.

—Pero para responder a su pregunta, comenzaría recopilando información. Identificaría a sus jugadores clave, líneas de suministro y puntos débiles. Luego, los golpearía donde más les duele: interrumpiría sus operaciones, volvería a sus aliados contra ellos y dejaría claro que el costo de desafiar a la Hermandad es demasiado alto.

La expresión de Matteo permaneció indescifrable, pero capté un destello de algo en sus ojos, ¿interés, quizás? ¿O aprobación? Era difícil decirlo.

—Hablas con confianza —dijo, sus dedos jugando distraídamente con una moneda entre ellos—. Pero las palabras son baratas.

Asentí, reconociendo su punto.

—Estoy listo para probarme, Matteo. Cualquier tarea que tenga para mí, la cumpliré.

Matteo me estudió un momento más, luego cambió abruptamente de tema.

—La Hermandad está enfrentando desafíos en nuestros esfuerzos de expansión —dijo, bajando la voz—. Ciertas facciones están resistiendo nuestra influencia.

Escuché atentamente, absorbiendo cada palabra. Esta era información valiosa, y necesitaba demostrar mi valía.

—¿Qué tipo de resistencia? —pregunté, cuidando de mantener un tono curioso en lugar de ansioso.

Los ojos de Matteo se entrecerraron mientras se inclinaba más cerca.

—Hay un grupo en Brooklyn, operadores de poca monta que se han vuelto demasiado grandes para sus botas. Están interrumpiendo nuestras líneas de suministro, volviendo a potenciales aliados contra nosotros.

Asentí, procesando la información. Esto era exactamente el tipo de inteligencia que necesitaba pasar a Bella y Tanaka. Pero tenía que interpretar mi papel de manera convincente.

—Parece que necesitan que se les dé una lección —dije, manteniendo mi voz baja y amenazante.

Los labios de Matteo se curvaron en una fría sonrisa.

—En efecto. Pero no es tan simple. Tienen conexiones que no podemos permitirnos alienar. Necesitamos un enfoque más... delicado.

Antes de que pudiera responder, nuestro camarero apareció, llevando dos platos humeantes. El rico aroma a trufa y ajo llenó el aire mientras los colocaba frente a nosotros.

—Grazie —dijo Matteo, despidiendo al camarero con un gesto de la mano. Tomó su tenedor pero no empezó a comer. En su lugar, me fijó con una mirada intensa.

—Dime, Luca. ¿Por qué quieres unirse a la Hermandad? ¿Qué te impulsa?

Tomé un sorbo de agua, ganando un momento para ordenar mis pensamientos. Este era un momento crucial: necesitaba vender mi historia de tapadera de manera convincente.

—Poder —dije finalmente, sosteniendo su mirada—. Independencia. Estoy cansado de

vivir a la sombra de Marco, de no ser más que un ejecutor de los Vitale. Con la Hermandad, puedo forjar mi propio camino, construir algo para mí mismo.

La expresión de Matteo permaneció impasible, pero sentí que estaba sopesando cada palabra. Continué, inyectando una nota de amargura en mi voz.

—Los Vitale están atrapados en el pasado. No pueden ver el panorama más amplio. Pero la Hermandad? Ustedes se están expandiendo, adaptándose. Ahí es donde está el futuro.

Observé a Matteo cuidadosamente mientras hablaba, buscando cualquier reacción. Su rostro no revelaba nada, pero noté que su agarre en el tenedor se tensó ligeramente.

Matteo asintió lentamente, un indicio de aprobación en sus ojos oscuros.

—Hablas de ambición, Luca. Puedo apreciar eso. —Tomó un bocado de su comida, masticando pensativamente antes de continuar—. Yo empecé desde orígenes humildes.

Me incliné hacia adelante, genuinamente intrigado. Matteo rara vez compartía información personal, y sabía que este momento era significativo.

—Nací en un pequeño pueblo de Córcega —dijo, con voz baja—. Mi padre era pescador, apenas sobrevivía. Pero yo quería más. Luché con uñas y dientes para ascender en los rangos de la Hermandad.

Escuché atentamente, absorbiendo cada detalle. Esto no era solo una conversación ociosa: era una prueba, una medida de mi interés y lealtad.

—¿Cómo te involucraste por primera vez? —pregunté, cuidando de mantener un tono respetuoso pero curioso.

Los labios de Matteo se curvaron en una leve sonrisa.

—Probé mi valía eliminando a un rival que amenazaba nuestras operaciones en Marsella. No fue fácil, pero lo logré.

Asentí, entendiendo el mensaje no dicho. La Hermandad valoraba los resultados por encima de todo.

Finalmente, hizo la pregunta que había estado esperando.

—¿Y qué hay de tu propia familia, Luca? Los Vitale tienen el potencial de ser una espina en nuestro costado. ¿Cómo puedo confiar en que realmente has cortado lazos? Y más importante aún, ¿cómo sabré dónde está tu lealtad cuando llegue el momento de derribarlos?

Mi mandíbula se tensó involuntariamente. Sabía que esta pregunta vendría, pero aún así golpeó como un puñetazo en el estómago. Tomé aire, preparándome.

—Los Vitale están muertos para mí —dije, inyectando tanto veneno en mi voz como pude reunir—. Marco me traicionó. Me usó. Le di todo a esa familia, y me desecharon como basura.

La mirada de Matteo nunca vaciló.

—¿Y Elena?

Sentí un destello de culpa, sabiendo que estaba a punto de difamar a una mujer inocente. Pero mi historia de tapadera lo exigía.

—Si alguna vez la vuelvo a ver, le daré lo que afirmaba querer. Justo antes de acabar con ella.

Matteo se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados bajo su barbilla. La intensidad de su mirada nunca vaciló.

—Has presentado tu caso, Luca —dijo, con voz baja y controlada—. Pero las palabras son baratas. Necesito ver acción.

Asentí, manteniendo mi expresión neutral.

—Nómbrelo. Haré lo que sea necesario para probar mi lealtad.

Matteo metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño trozo de papel doblado. Lo deslizó por la mesa.

—La Bratva Serebrov —dijo—. Han estado haciendo movimientos en Brooklyn. Quiero saberlo todo: sus operaciones, sus jugadores clave, sus debilidades.

Tomé el papel, desdoblándolo para revelar una dirección.

—¿Quiere que los vigile?

—Más que eso —respondió Matteo—. Quiero que te infiltres. Que te acerques. Que ganes su confianza.

Mi corazón se aceleró. Era un territorio peligroso, pero no podía mostrar vacilación. —Considéralo hecho —dije con firmeza.

Los ojos de Matteo se entrecerraron. —Tendrás ayuda. Contacta este número. —Deslizó una tarjeta de visita sobre la mesa—. Pregunta por Pauly. Es uno de nuestros mejores. Te proporcionará respaldo y recursos.

Guardé ambos objetos en el bolsillo, asintiendo en señal de comprensión. —Gracias por esta oportunidad, Matteo. No te defraudaré.

Matteo se puso de pie, abotonándose la chaqueta. —Asegúrate de que así sea, Luca. La Hermandad no ofrece segundas oportunidades.

Mientras me levantaba para estrecharle la mano, vi un destello de algo en sus ojos. No era exactamente aprobación, sino quizás un respeto a regañadientes. No era mucho, pero era un comienzo.

Salí del restaurante, mi mente dando vueltas con las implicaciones del encargo de Matteo. El aire fresco de la noche golpeó mi rostro al pisar la acera, trayendo una sensación de claridad. Había superado la reunión, pero la verdadera prueba estaba aún por llegar.

Paré un taxi, dándole al conductor una dirección a unas cuadras de mi destino real. Mientras conducíamos, repasé mentalmente la conversación con Matteo, analizando cada palabra, cada gesto.

El viaje en ascensor hasta el ático pareció eterno. Cuando las puertas se abrieron, vi a Bella y Tanaka esperando, con rostros tensos.

—¿Cómo fue? —preguntó Bella, sus ojos verdes escrutando los míos.

Pasé junto a ellos hacia la sala de estar, aflojándome la corbata. —Me está poniendo a prueba. Quiere que me infiltre en la Bratva Serebrov.

Las cejas de Tanaka se alzaron. —Esa es una misión de alto riesgo para alguien en quien supuestamente no confía.

—Tal vez espera que me maten en el proceso —dije, hundiéndome en un sillón.

Bella se sentó en el borde del sofá, inclinándose hacia adelante. —Tengo un contacto en la Bratva Serebrov. Puedo organizar un encuentro para mañana.

—¿Qué tan fiable es este contacto? —pregunté, mi mente ya corriendo a través de posibles escenarios.

—Lo suficientemente fiable —respondió Bella—. He trabajado con él antes. Está buscando cambiar de bando, pero necesita protección.

Asentí, considerando nuestras opciones. Un topo dentro de la organización Serebrov podría darnos una ventaja significativa, pero también podría ser una trampa. La confianza no se ganaba fácilmente en nuestro mundo.

—Organízalo —decidí—. Pero iremos preparados para cualquier cosa. Me encargaré de la seguridad por nuestra parte.

Bella asintió, con un atisbo de alivio en sus ojos. —Haré la llamada ahora.

Mientras se alejaba para organizar la reunión, no podía quitarme la sensación de que estábamos pisando terreno peligroso. Pero con Bella a mi lado, estaba listo para enfrentar lo que viniera.

Cuando regresó, relaté la reunión con Ricci, respondiendo a sus preguntas y discutiendo posibles estrategias. Todo el tiempo, no podía apartar los ojos de Bella. La forma en que se mordía el labio inferior cuando pensaba, el ligero ceño fruncido mientras procesaba la información. Quería atraerla hacia mí, sentir su cuerpo contra el mío de nuevo.

Pero Tanaka estaba allí, su presencia un recordatorio constante de los límites que no podíamos cruzar. Cuando finalmente se fueron, la tensión que se había estado acumulando dentro de mí parecía a punto de estallar.

Me quité la ropa, mi polla ya medio dura mientras imaginaba el cuerpo desnudo de Bella retorciéndose debajo de mí. Me metí en la ducha, dejando que el agua caliente golpeará mi piel mientras agarraba mi miembro, acariciándolo lentamente. Todavía podía saborear el dulce coño de Bella en mis labios, aún sentir cómo su humedad cubría mis dedos mientras jugueteaba con su clitoris.

La imaginé de rodillas, tomando mi polla en su boca y chupando con avidez, su lengua trazando las venas de mi miembro. Gemí, mi mano moviéndose más rápido mientras la imaginaba mirándome con esos grandes ojos que pedían a gritos que la follara.

—Joder, Bella, eres una chica tan buena —murmuré, con voz baja y áspera. Podía oír los gemidos que escapaban de sus labios mientras tomaba el control, empujando mis caderas hacia adelante y follando su boca. Se veía tan sexy así, tan sumisa y dispuesta.

Apreté mi agarre sobre mi polla, mis movimientos volviéndose más erráticos a medida que me sentía más cerca. Imaginé a Bella apoyada contra la pared de la ducha, sus piernas bien abiertas mientras la embestía, mis dedos clavándose en sus caderas. Podía ver el placer contorsionando su rostro, oír cómo me suplicaba por más.

—Fóllame más fuerte —gimió, con voz entrecortada y desesperada—. Quiero sentirte profundamente dentro de mí.

Obedecí, aumentando mi ritmo y hundiéndome más profundamente en su apretado y húmedo coño. Podía sentir sus paredes apretándose a mi alrededor, podía oír cómo su respiración se entrecortaba cuando golpeaba ese punto perfecto.

—¿Te gusta eso, nena? —gruñí, con voz baja y gutural—. ¿Te gusta cómo se siente cuando te follo duro?

Ella asintió, sus ojos cerrándose mientras dejaba escapar un gemido profundo. Podía sentir mi orgasmo formándose, mi cuerpo tensándose mientras me acercaba cada vez más al límite.

—Joder, me voy a correr —gruñí, mi mano moviéndose furiosamente mientras me imaginaba descargando mi semen profundamente dentro del coño de Bella. Ella gimió en respuesta, su propio orgasmo formándose mientras continuaba embistiéndola.

—Córrete para mí, nena —susurré, con voz ronca de deseo—. Córrete conmigo.

Y con eso, me sentí explotar, mi polla pulsando mientras liberaba mi carga con un gemido profundo. Me apoyé contra la pared de la ducha, mi respiración entrecortada mientras lentamente bajaba de mi éxtasis. Todavía podía sentir el cuerpo imaginario de Bella presionado contra el mío, aún podía oír el sonido de sus gemidos resonando en mis oídos.

Joder, eso fue intenso. No podía esperar para tener la cosa real de nuevo.

Mientras me secaba, miré fijamente mi reflejo en el espejo empañado. Me había convertido en muchas cosas en mi vida: un hijo, un hermano, un ejecutor. Ahora, tenía que

convertirme en algo más: el hombre que Bella merecía. El hombre que podía protegerla, amarla y aun así navegar por este peligroso mundo en el que nos habíamos encontrado.

Capítulo 8

Luca

Entré en el bar mal iluminado, mis ojos ajustándose a la neblina llena de humo. El lugar apestaba a cerveza rancia y desesperación. En la esquina, lo vi: Pyotr Malikov, el contacto de Bella en la Bratva Serabrov y una bestia de hombre con ojos fríos y calculadores. Me evaluó mientras me acercaba, su mirada deteniéndose en el bulto bajo mi chaqueta donde descansaba mi arma.

—Luca —dije, extendiendo mi mano.

El agarre de Pyotr era de hierro, sus palmas callosas. —Pyotr. Siéntate.

Me deslicé en el reservado frente a él, manteniendo mi postura relajada pero alerta. La tensión entre nosotros era palpable. Sabía que ganarme la confianza de este hombre sería crucial para mi misión.

—¿Una copa? —gruñó Pyotr, deslizando un chupito de vodka hacia mí.

Asentí, bebiéndolo sin vacilar. El licor me quemó la garganta, pero no me estremecí. —Entonces, ¿cuál es el trabajo?

Pyotr se inclinó, su voz baja. —Tenemos un dueño de negocio que ha sido olvidadizo con sus pagos. Es hora de recordarle sus obligaciones.

Asentí, entendiendo la violencia implícita. —¿Y el mensaje?

—Tiene que ser claro —gruñó Pyotr—. Sin lugar a malinterpretaciones.

Mientras hablaba, lo evalué. Este no era un hombre que confiara en la sutileza. Las cicatrices en sus nudillos me decían que prefería un enfoque más directo. Tendría que igualar su brutalidad si quería ganarme su respeto.

—Entiendo —dije, con voz firme—. Guía el camino.

Salimos del bar, adentrándonos en el fresco aire nocturno. Pyotr me llevó a un sedán destartado, su carrocería oxidada muy lejos de los coches de lujo a los que estaba acostumbrado. Mientras conducíamos, me preparé mentalmente para lo que vendría. La violencia no era nada nuevo para mí, pero esto se sentía diferente. Más crudo. Más personal.

Aparté los pensamientos de Bella, de la vida que quería con ella. Ahora mismo, necesitaba ser Luca el ejecutor, no Luca el hombre que tenía sentimientos. Las calles se difuminaban mientras conducíamos, el silencio entre Pyotr y yo cargado de expectativas no expresadas.

El coche frenó bruscamente frente a un escaparate destartado. La pintura descascarillada y un letrero de neón parpadeante le daban al lugar una sensación de desesperación. Pyotr salió, su postura cambiando. Se había ido el criminal calculador que había conocido en el bar. Ahora, exudaba pura amenaza.

Lo seguí, igualando su intensidad. Mi corazón latía acelerado, pero mantuve mi rostro impassible. Esto era una prueba y tenía que pasarla.

Entramos en la tienda, la campanilla sobre la puerta anunciando nuestra llegada. Detrás del mostrador, un hombre de unos cincuenta años se encogió. Sus ojos se movían entre nosotros, reconociendo la amenaza que representábamos.

La voz de Pyotr era hielo. —¿Dónde está nuestro dinero, Mikhail?

Las manos del tendero temblaban. —Por favor, necesito más tiempo. El negocio ha estado lento, y...

Pyotr lo interrumpió, abalanzándose hacia adelante y agarrándolo por el cuello. —No vendemos tiempo. Vendemos protección. Y ahora mismo, no estás protegido.

Vi cómo el puño de Pyotr conectaba con la mandíbula de Mikhail. El sonido del impacto me revolvió el estómago, pero no lo dejé ver. En su lugar, me moví hacia adelante, agarrando el brazo del tendero y retorciéndolo tras su espalda.

—Ya lo has oído —gruñí—. ¿Dónde está el dinero?

Mikhail gimió, las lágrimas formándose en sus ojos. —No lo tengo todo. Por favor, puedo conseguirlo para la semana que viene.

Los ojos de Pyotr se encontraron con los míos, una orden silenciosa pasando entre nosotros. Sabía lo que tenía que hacer. Con un movimiento rápido, estrellé la cara de Mikhail contra el mostrador.

La sangre goteaba de la nariz de Mikhail mientras se enderezaba, jadeando. Sus ojos estaban abiertos de miedo y dolor.

—La caja registradora —tartamudeó, señalando débilmente—. Tomen lo que hay allí. Es todo lo que tengo.

Pyotr asintió hacia mí. Solté a Mikhail y me moví hacia la caja registradora, abriéndola de un golpe. Dentro había un fajo de billetes arrugados. Conté rápidamente: no era mucho, pero tendría que servir.

—Aquí —dije, entregando el fajo de dinero a Pyotr.

Lo contó metódicamente, su rostro endureciéndose. —Esto no es suficiente, Mikhail.

El tendero temblaba. —Es todo lo que tengo. Por favor, lo juro.

La voz de Pyotr bajó a un susurro peligroso. —Tienes una semana para conseguir el resto. Si no lo haces, no seremos tan amables la próxima vez.

Vi cómo el rostro de Mikhail perdía el color. Mi estómago se revolvió, pero mantuve mi expresión neutral. Este era el juego, y yo tenía que interpretar mi papel.

Mientras nos girábamos para salir, Pyotr propinó un golpe final a las costillas de Mikhail. El hombre se desplomó en el suelo, jadeando.

Salimos de la tienda, la campana tintineando burlonamente detrás de nosotros. El fresco aire nocturno golpeó mi cara, un fuerte contraste con la atmósfera asfixiante del interior.

Pyotr caminó rápidamente hacia el coche, y lo seguí. Al entrar, pregunté: —¿Adónde vamos ahora?

—Al jefe, Nikolai —respondió Pyotr secamente, arrancando el motor.

El coche retumbó por calles tranquilas, las farolas proyectando sombras intermitentes sobre nuestros rostros. Mi mente corría, preparándose para el siguiente paso crucial en mi infiltración.

Nos detuvimos frente a una casa modesta, su exterior poco notable salvo por las pesadas cortinas que bloqueaban todas las ventanas. Pyotr golpeó con un patrón específico: tres golpes rápidos, pausa, dos lentos. La puerta se abrió una rendija, revelando a un guardia corpulento que asintió y nos dejó entrar.

Seguí a Pyotr por un estrecho pasillo, las tablas del suelo crujendo bajo nuestros pies. El aire se sentía denso de tensión. Al final del pasillo, una puerta estaba entreabierta, derramando una cálida luz.

Al entrar, crucé miradas con un hombre grande sentado detrás de un escritorio. Nikolai.

Su mirada me atravesó, evaluando, cuestionando. Enderecé mi columna, sosteniendo su mirada sin pestañear.

—¿Este es el nuevo? —la voz de Nikolai era áspera, cargada de sospecha.

Pyotr asintió. —Sí. Luca. Lo hizo bien esta noche.

Los ojos de Nikolai nunca me dejaron mientras Pyotr le entregaba el dinero. Lo contó lenta y deliberadamente, cada billete un juicio silencioso.

—No es suficiente, pero no está mal —gruñó Nikolai, finalmente apartando la mirada para guardar el dinero—. Entonces, Luca. ¿Por qué estás aquí?

Sabía que este era mi momento. Tenía que caminar por una delgada línea entre la confianza y la deferencia. —Estoy aquí para trabajar, para demostrar mi valía. Tengo habilidades que pueden beneficiar a la organización.

Nikolai se reclinó, su silla crujiendo. —¿Habilidades, eh? ¿Y lealtad? ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—La confianza se gana —respondí con firmeza—. Estoy listo para trabajar duro, para mostrarle de lo que soy capaz. Las acciones hablan más que las palabras.

Los ojos de Nikolai se estrecharon. —Bonitas palabras. Ya veremos si puedes respaldarlas.

Sentí el peso de su escrutinio, sabiendo que mi vida dependía de convencer a este hombre. Pero me había preparado para esto. Lo había vivido. La clave era dejar que solo la suficiente verdad se filtrara entre las mentiras.

—Entiendo su cautela —dije—. En este negocio, la confianza puede matarte. Pero también la duda. Estoy aquí, listo para trabajar. Úseme, póngame a prueba. Demostraré mi valía.

Un destello de algo —¿aprobación?, ¿diversión?— cruzó el rostro de Nikolai. Asintió lentamente. —Ya lo veremos.

Nikolai se inclinó hacia adelante, sus enormes antebrazos descansando sobre el escritorio. —Vuelve aquí a las siete. Tenemos una operación que necesita seguridad extra. No llegues tarde.

Asentí, manteniendo mi rostro neutral. —Estaré aquí.

Sus ojos me recorrieron, evaluándome. Me quedé quieto, dejándolo mirar. Sabía que mi lenguaje corporal necesitaba transmitir confianza sin agresión.

—Veremos de qué estás hecho, Luca —dijo Nikolai—. Ahora lárgate.

Me di la vuelta y salí sin decir otra palabra, Pyotr caminando a mi lado. Salimos de la casa en silencio, el fresco aire nocturno un fuerte contraste con la tensión asfixiante del interior.

Al llegar al coche, Pyotr habló. —Te manejaste bien ahí dentro. No te confíes.

—No lo haré —respondí—. Gracias por la oportunidad.

Pyotr gruñó y se sentó en el asiento del conductor. El viaje de regreso fue silencioso, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Cuando finalmente entré en el ático, el silencio me golpeó como una fuerza física. Cerré la puerta con llave detrás de mí, revisando dos veces el sistema de seguridad.

Me quité la chaqueta, arrojándola sobre una silla. Las luces de la ciudad brillaban a través de las ventanas del suelo al techo, un claro recordatorio del mundo que estaba tratando de navegar.

Me serví un whisky, solo. El ardor al tragar coincidía con el fuego en mis músculos. No podía relajarme, no completamente. Mañana era otra prueba, otra oportunidad para demostrar mi valía o hacer saltar mi tapadera.

Configuré una alarma en mi teléfono para las 5:30. Lo suficientemente temprano para prepararme, lo suficientemente tarde para descansar un poco. Mientras yacía en la cama, mi

mente repasaba los eventos del día, planeando para mañana.

El sueño sería esquivo, pero lo necesitaba. Cerré los ojos, forzando mi respiración a ralentizarse. Mañana llegaría pronto, y con ella, nuevos desafíos. Tenía que estar listo.

~*~

El estridente timbre de mi teléfono atravesó el silencio. Miré el reloj: 1:37 AM. El nombre de Matteo brillaba en la pantalla.

Contesté, mi voz baja y controlada. —¿Sí?

—Informe —exigió Matteo, su tono agudo e impaciente.

Me senté, instantáneamente alerta. —Estoy dentro. De bajo nivel por ahora, pero es un comienzo. Me están poniendo a prueba.

El silencio se extendió al otro lado. Casi podía sentir la expectativa de Matteo a través del teléfono. Quería más, necesitaba más.

—Hoy trabajé con uno de sus ejecutores. Pyotr. Cobramos una deuda. Fue... desordenado. Pero me probé.

—¿Y? —presionó Matteo.

Tragué saliva. —Hay una operación a las siete. Me quieren allí para seguridad. Es otra prueba, pero es progreso.

La voz de Matteo se endureció. —¿Qué hay de la seguridad del Pakhan? ¿Sus movimientos?

Mi estómago se contrajo. —Aún no tengo esa información. Estoy trabajando en ello. Dame tiempo...

—¿Tiempo? —Matteo me interrumpió—. No tenemos tiempo, Luca. Necesitamos esa información ahora.

Apreté el teléfono con más fuerza. —Lo entiendo. La conseguiré. La operación de mañana podría ser mi oportunidad.

—Más te vale —gruñó Matteo—. No me decepciones, Luca. Sabes lo que está en juego.

La amenaza flotó en el aire, no dicha pero clara. Asentí, aunque él no pudiera verme. —No te defraudaré.

La línea se cortó. Me quedé mirando el teléfono, mi mente acelerada. La presión estaba aumentando, por todos lados. Un movimiento en falso y todo se desmoronaría.

Me acosté de nuevo, pero el sueño estaba más lejos que nunca. Mañana tenía que salir bien. No tenía otra opción.

Marqué el número de Bella, mis dedos temblando ligeramente. La habitación se sentía demasiado silenciosa, demasiado quieta. Necesitaba escuchar su voz, anclarme en esta tormenta de engaño.

—¿Luca? —Bella contestó al segundo timbre—. ¿Qué ha pasado?

Tomé un profundo respiro. —Estoy dentro de la bratva. De bajo nivel, pero es un comienzo. Hoy trabajé con Pyotr, cobrando una deuda.

—Cuéntame —dijo Bella, su voz firme.

Relaté los eventos del día, el encuentro en el bar, el brutal cobro de la deuda, el encuentro con Nikolai. Con cada palabra, el peso en mi pecho se hacía más pesado.

—Hay una operación mañana —terminé—. Me quieren allí para seguridad. Es otra prueba.

Bella permaneció en silencio por un momento. Cuando habló, la preocupación impregnaba sus palabras.

—¿Cómo estás aguantando?

Cerré los ojos, imaginando su rostro.

—¿Y si cometo un error? ¿Y si me descubren?

—No cometerás ningún error —me aseguró Bella—. Confiamos en ti. Yo confío en ti.

Sus palabras aliviaron algo de la tensión en mis hombros, pero la ansiedad aún se revolvía en mis entrañas.

—Mañana es crucial. Si no consigo la información que quiere Matteo...

—Concéntrate en un paso a la vez —dijo Bella—. Tienes las habilidades para esto, Luca. Confía en tus instintos.

Respiré profundamente, tratando de calmarme.

—Bella, necesito preguntarte algo. Para la operación de mañana... creo que podría necesitar respaldo. Las cosas podrían complicarse rápidamente.

Hubo una breve pausa en la línea.

—Por supuesto, Luca. El agente Tanaka y yo estaremos allí para apoyarte.

El alivio me invadió, pero no pude sacudirme la preocupación persistente.

—¿Cómo funcionará esto? No puedo arriesgarme a comprometer mi tapadera.

—Estaremos cerca, monitoreando la situación —explicó Bella—. Pero Luca, escucha con atención. No puedes buscarnos ni reconocernos de ninguna manera. Mantén tu tapadera intacta. ¿Entendido?

—Entendido —dije, sintiendo una mezcla de tranquilidad y aprensión—. Gracias, Bella. Saber que estás ahí... ayuda.

—Te cubrimos las espaldas —dijo ella, con voz firme y segura—. Ahora, repasemos algunas cosas para mantenerte centrado mañana.

Me senté más erguido, concentrándome en sus palabras. Los consejos de Bella siempre daban en el clavo, y sabía que necesitaba cualquier ventaja que pudiera obtener.

—Primero, cuando la presión aumente, controla tu respiración —instruyó—. Cuatro tiempos al inhalar, cuatro al exhalar. Te mantendrá calmado y centrado.

Practiqué la técnica mientras ella hablaba, sintiendo que mi ritmo cardíaco disminuía ligeramente.

—Segundo, si ocurre algo inesperado, no entres en pánico. Haz una pausa, evalúa y luego actúa. Confía en tu entrenamiento y tus instintos.

—Entendido —dije, memorizando sus palabras.

—Y Luca —el tono de Bella se suavizó ligeramente—, recuerda tu historia de tapadera de principio a fin. No son solo palabras; es quién eres en ese momento. Créela, vívela.

Mientras asimilaba sus consejos, no pude evitar sentir una conexión más allá de nuestra relación profesional. Bella entendía el peso de lo que estaba enfrentando, el constante acto de equilibrio entre mentiras y verdades.

—Gracias, Bella —dije, con voz baja—. Por todo.

—Tú puedes con esto, Luca —respondió, y pude escuchar la sonrisa en su voz.

Al terminar la llamada, me sentí más centrado de lo que había estado en todo el día. Los desafíos que tenía por delante seguían siendo intimidantes, pero saber que Bella y Tanaka estarían allí, guardianes invisibles, me dio fuerzas. Cerré los ojos, repasando mi historia de tapadera una última vez antes de intentar conciliar el poco sueño que pudiera.

Me desperté sobresaltado varias veces, cada vez comprobando el reloj. 2:17 AM. 3:42 AM. 4:55 AM.

Con cada despertar, me obligué a respirar profundamente, recordando el consejo de Bella. Cuatro tiempos al inhalar, cuatro al exhalar. Ayudaba, pero solo marginalmente.

Cuando los primeros indicios del amanecer comenzaron a iluminar el cielo, renuncié por completo al sueño. Me levanté, me salpiqué agua fría en la cara y me miré fijamente en el espejo.

—Eres Luca Vitale —me dije con firmeza—. Ejecutor de la familia Vitale. Buscando probarte ante la Bratva Serebrov. Nada más, nada menos.

Repetí este mantra mientras me vestía, mis movimientos automáticos después de años de mañanas similares. Ropa oscura, botas resistentes, una chaqueta que permitía fácil acceso a mi arma.

Mientras me preparaba para salir, eché un último vistazo al ático. Si las cosas salían mal hoy, podría no volver aquí. El pensamiento me provocó un escalofrío en la espalda.

Capítulo 9

Luca

La sede de la Bratva Serebrov se alzaba ante mí, un monolito de concreto que parecía tragarse la luz de la mañana. Apreté la mandíbula, cuadrando los hombros mientras me acercaba a la entrada. El peso de mi arma presionaba contra mi costado, un frío recordatorio de los peligros que me aguardaban.

Empujé las pesadas puertas, el olor a humo de cigarrillo y cuero asaltando mis sentidos. Los ojos se volvieron hacia mí inmediatamente, una docena de pares escrutando cada uno de mis movimientos. Mantuve mi rostro impassible, mi mirada firme mientras escaneaba la habitación.

Dos guardias flanqueaban la entrada, sus manos descansando casualmente sobre sus armas. Otros tres estaban estratégicamente ubicados alrededor del perímetro. Un único pasillo conducía más adentro del edificio, sin duda lleno de más medidas de seguridad.

Divisé a Pyotr en la esquina lejana, inmerso en una conversación con un hombre que no había visto antes. Alto, con pelo gris corto y un rostro como piedra erosionada. Este tenía que ser el Pakhan.

Cuando me acerqué, su conversación se detuvo abruptamente. Los ojos de Pyotr se encontraron con los míos, un destello de reconocimiento pasando entre nosotros.

—Ah, Luca —dijo Pyotr, con voz baja—. Justo a tiempo. Permíteme presentarte a Sergei Serebrov.

La mirada de Sergei me atravesó como un cuchillo, evaluadora y fría. La enfrenté directamente, negándome a mostrar siquiera un atisbo de intimidación.

—Señor Serebrov —dije, inclinando ligeramente la cabeza—. Es un honor conocerlo.

Los labios de Sergei se crisparon, el más mínimo indicio de una sonrisa. —Así que tú eres de quien Pyotr ha estado hablando. El ejecutor de los Vitale que busca probarse a sí mismo.

Asentí, manteniendo mi voz firme. —Ex ejecutor de los Vitale. Así es. Estoy aquí para trabajar y mostrarle de lo que soy capaz.

Internamente, mi corazón latía con fuerza. Este era el momento de la verdad. Todo dependía de convencer a Sergei de que yo era quien decía ser.

Sergei me estudió por un largo momento, luego asintió. —Muy bien. Tenemos una tarea que requiere discreción. Una prueba de lealtad, si lo prefieres.

Mi pulso se aceleró, pero mantuve mi rostro impassible. —Estoy listo para lo que sea que necesite, señor.

—Bien —dijo Sergei—. Hay una organización rival invadiendo nuestro territorio. Necesitamos ciertos documentos de su sede. Información sensible que podría darnos una ventaja.

Levanté una ceja. —¿Allanamiento y entrada, entonces?

—Precisamente —confirmó Sergei—. Pyotr te acompañará. La seguridad del edificio es formidable, pero no impenetrable. Tendrás que entrar, localizar los archivos y salir sin ser detectado.

Mi mente corría, calculando riesgos y posibilidades. Esto era peligroso, pero también era

la apertura que necesitaba.

—Entendido —dije, encontrando la mirada de Sergei—. ¿Cuándo nos movemos?

Los ojos de Sergei se estrecharon, buscando cualquier signo de vacilación. Le devolví la mirada, sin titubear.

Finalmente, asintió. —Esta noche. Pyotr te informará sobre los detalles.

Mientras Pyotr me llevaba para prepararnos, sentí una mezcla de anticipación y temor. Esta era mi oportunidad de cimentar mi posición, pero un solo movimiento en falso podría hacer volar mi tapadera por completo.

Respiré profundamente, centrándome. La voz de Bella resonaba en mi mente, recordándome que me mantuviera alerta, que buscara patrones y debilidades. Sabía que ella y Tanaka estaban monitoreando la situación, listos para intervenir si las cosas se complicaban.

—¿Estás listo para esto? —preguntó Pyotr mientras entrábamos en una pequeña sala de estrategia.

Asentí, preparándome mentalmente. —Hagámoslo.

El aire nocturno era fresco mientras Pyotr y yo nos acercábamos al edificio objetivo. Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve mi respiración estable, mi rostro una máscara de calma determinación.

—Patrulla de seguridad cada diez minutos —susurró Pyotr, señalando a los guardias en la entrada—. Tenemos una ventana de siete minutos para llegar al tercer piso.

Asentí, escaneando el área. —Escalera de incendios en el lado este. Parece despejada.

Nos movimos rápidamente, abrazando las sombras. Noté cada salida, cada obstáculo potencial, archivándolos en caso de que necesitáramos una escapada rápida. Cuando llegamos a la escalera de incendios, escuché pasos acercándose.

—Espera —susurré, tirando de Pyotr contra la pared.

Un guardia pasó, ajeno a nuestra presencia. Una vez que se fue, ascendimos rápidamente, nuestros movimientos silenciosos y practicados.

Dentro, los pasillos estaban tenuemente iluminados. Seguí a Pyotr, vigilando su espalda mientras navegaba por los corredores laberínticos. Nos detuvimos en una esquina, y él señaló una puerta al final del pasillo.

—Ese es nuestro objetivo —dijo—. Tú vigila el pasillo. Yo me encargaré de la cerradura.

Mientras Pyotr trabajaba en la puerta, mantuve mis sentidos sintonizados con cualquier sonido o movimiento. Mis dedos se crisparon, listos para alcanzar mi arma en un instante.

La cerradura hizo clic, y nos deslizamos dentro. La habitación estaba llena de archivadores y terminales de computadora. Pyotr inmediatamente comenzó a hurgar entre los documentos mientras yo me dirigía a la computadora más cercana.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —pregunté en voz baja.

Pyotr levantó la mirada. —Manifiestos de envío, listas de clientes, cualquier cosa relacionada con sus operaciones en el distrito portuario.

Asentí, concentrándome en la tarea en cuestión. Mientras escudriñaba los archivos digitales, no pude evitar pensar en las implicaciones de lo que estábamos haciendo. Esta información podría cambiar significativamente el equilibrio de poder. Me pregunté cómo reaccionaría la familia Vitale si lo supieran.

—Tengo algo —murmuró Pyotr, sosteniendo una carpeta gruesa.

Rápidamente copié varios archivos en una unidad flash, luego borré cualquier rastro de nuestro acceso del sistema. Mientras nos preparábamos para irnos, escuché el inconfundible sonido de pasos acercándose.

Mi ritmo cardíaco se disparó. Agarré el brazo de Pyotr y siseé: —Alguien viene.

Nos agachamos detrás de un gran archivador, presionados contra el frío metal. Los pasos se hicieron más fuertes, resonando en el pasillo exterior. Mi mente corría con posibilidades. Si nos atrapaban, ¿tendría que pelear para salir? ¿Podría mantener mi tapadera si llegaba a eso?

El pomo de la puerta giró. Contuve la respiración, agudamente consciente del sudor que se formaba en mi frente. Los pasos se detuvieron justo afuera. Por un momento, estuve seguro de que nos habían descubierto. Luego, misericordiosamente, continuaron por el pasillo.

Exhalé lentamente, sintiendo la oleada de adrenalina corriendo por mis venas. Este constante estado de peligro, el filo de navaja entre el éxito y la catástrofe, era emocionante y aterrador.

—Eso estuvo cerca —susurró Pyotr—. Terminemos y salgamos de aquí.

Asentí, aún en alerta máxima. —Dame dos minutos para revisar estas terminales una última vez.

Mientras escaneaba el último conjunto de archivos, un documento llamó mi atención. Detallaba un cargamento que llegaría la próxima semana: armas, por lo que parecía. Esto era exactamente el tipo de información que necesitábamos.

—Pyotr —llamé suavemente—. Tengo algo.

Se acercó, escaneando rápidamente el documento. —Buen trabajo. Esto es crucial. Sergei estará complacido.

Rápidamente nos dirigimos a la puerta. Mientras Pyotr la abría un poco para revisar el pasillo, sentí una mezcla de alivio y mayor conciencia. Habíamos logrado nuestro objetivo, pero aún no estábamos a salvo.

—El camino está despejado —dijo Pyotr—. Vámonos.

Mientras nos deslizábamos fuera de la habitación, sabía que la verdadera prueba aún estaba por venir. ¿Cómo reaccionaría Sergei? ¿Y cómo afectaría esta información mi precaria posición dentro de la Bratva?

Al doblar la esquina, mi corazón casi se detuvo. Un grupo de miembros de la Bratva se dirigía directamente hacia nosotros, sus voces resonando por el corredor.

Agarré el brazo de Pyotr, mi pulso acelerándose. —Tenemos compañía —susurré con urgencia—. Tomemos el corredor de servicio.

Pyotr dudó por una fracción de segundo, luego asintió. —Buena idea. Sígueme.

Nos metimos en un estrecho pasadizo, los sonidos de pasos acercándose se hacían más fuertes. Contuve la respiración, presionándome contra la pared mientras avanzábamos lentamente.

—¿Oíste sobre el nuevo cargamento? —preguntó una de las voces, peligrosamente cerca ahora.

—Sí, un gran golpe viene en camino —respondió otra—. El jefe lo mantiene en secreto.

Mientras sus voces se desvanecían, dejé escapar un silencioso suspiro de alivio. Habíamos tomado la decisión correcta.

—Buen trabajo, Luca —susurró Pyotr, sus ojos brillando con un nuevo respeto—. Tienes buenos instintos.

Asentí, mi mente ya corriendo hacia adelante. —Deberíamos seguir moviéndonos. La salida no está lejos ahora.

Mientras nos dirigíamos hacia la libertad, mis pensamientos se desviaron hacia Bella. ¿Estaría observando ahora mismo? ¿Sabría lo cerca que habíamos estado del desastre?

Imagué su rostro, su voz calmada guiándome a través de este lío. Su presencia, incluso

solo en mi mente, me daba fuerza. Demostraría que era digno de su confianza, sin importar lo que costara.

—¿Estás bien? —preguntó Pyotr, notando mi distracción.

Volví bruscamente al presente. —Sí, bien. Llevemos esta información a Sergei.

Salimos al aire fresco de la noche, e inmediatamente escaneé nuestro entorno. La calle estaba tranquila, pero no bajé la guardia. Años de experiencia me habían enseñado que el peligro podía acechar en los lugares más insospechados.

—Estamos despejados —murmuré a Pyotr, mis ojos aún saltando de sombra en sombra.

Asintió, su mano descansando en el interior de su chaqueta donde sabía que guardaba su arma. —Buen trabajo ahí dentro, Vitale. Sergei estará complacido.

Una sensación de logro me invadió, pero la aparté. Este no era momento para celebraciones. Aún teníamos que entregar la información y enfrentar el escrutinio de Sergei.

—Vámonos —dije, con voz baja y firme—. Cuanto más tiempo estemos aquí fuera, más riesgoso se vuelve.

Mientras nos dirigíamos de vuelta a la sede de la Bratva, mi mente corría con las implicaciones de nuestro éxito. Si Sergei aprobaba mi desempeño, podría abrir puertas más profundas en la organización. Pero con ese acceso venía un mayor peligro. Un movimiento en falso, un desliz de mi fachada cuidadosamente construida, y estaría muerto antes de tocar el suelo.

La familiar vista de la base de operaciones de la Bratva se alzaba ante nosotros. Respiré profundamente, preparándome para lo que vendría.

Entramos, el peso de innumerables ojos sobre nosotros mientras nos dirigíamos a la oficina de Sergei. La tensión en el aire era palpable mientras nos acercábamos a su imponente escritorio.

Sergei levantó la mirada, su rostro una máscara impenetrable. —¿Y bien? —exigió.

Pyotr dio un paso adelante, colocando los documentos que habíamos recuperado sobre el escritorio. —Conseguimos lo que pidió, jefe.

Los ojos de Sergei se entrecerraron mientras examinaba los papeles, su expresión sin revelar nada. El silencio se prolongó, cada segundo parecía una eternidad. Me esforcé por mantener mi respiración estable, sabiendo que este momento podría hacer o deshacer toda mi operación.

Finalmente, Sergei levantó la mirada, sus ojos penetrantes se posaron en mí.

—Y usted, Vitale, ¿qué opina de todo esto?

Sostuve su mirada, cuidando de no mostrar debilidad.

—La información es sólida, pero es solo el comienzo. Hay más que necesitamos descubrir si queremos mantenernos por delante de nuestros rivales.

Sergei se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados frente a él.

—¿Es así?

Los labios de Sergei se curvaron en una leve sonrisa.

—Tiene una mente aguda, Vitale. Eso me gusta —asintió con aprobación—. Ambos lo hicieron bien hoy. Consideren esta prueba superada.

El alivio me invadió, pero mantuve mi expresión neutral. Sabía que era mejor no bajar la guardia, especialmente aquí.

—Gracias, señor —dije, con la voz firme.

Los ojos de Sergei se endurecieron.

—No se pongan cómodos. Mañana, intensificamos las cosas. Estén aquí al amanecer.

Vamos a reforzar la seguridad, y quiero que ambos estén involucrados.

—Entendido —dijimos Pyotr y yo al unísono.

Al salir de la oficina de Sergei, sentí el peso de los eventos del día asentándose sobre mis hombros. El camino fuera de la sede parecía más largo de lo habitual, cada paso recordándome el peligroso juego que estaba jugando.

Una vez fuera, asentí brevemente a Pyotr como despedida y me dirigí hacia mi coche. Mientras conducía de vuelta al ático, mi mente daba vueltas. Había pasado otra prueba, pero no tenía la información que Matteo quería, y absolutamente nada sobre los corsos todavía. No me gustaban los niveles de subterfugio porque estaban tomando demasiado tiempo.

Mis pensamientos se desviaron hacia Bella. ¿Qué pensaría ella de mi progreso? ¿Estaría orgullosa? ¿Preocupada? Apreté el volante con más fuerza, una mezcla de anticipación y ansiedad revolviendo mi estómago.

Mientras aparcaba y me dirigía al ascensor, no podía sacudirme la sensación de que estaba caminando por la cuerda floja. Un paso en falso, y todo se vendría abajo. Pero tenía que seguir adelante. Por mi familia, por las mujeres a punto de ser enviadas a una vida indescriptible, y tal vez... por Bella.

Las puertas del ascensor se abrieron, y entré en el ático, el silencio me recibió como un viejo amigo. Me aflojé la corbata, mi mente aún dando vueltas con los eventos del día y los desafíos que se avecinaban.

El áspero timbre de mi teléfono cortó el silencio, sobresaltándome. Miré la pantalla y sentí que se me tensaba el estómago. Matteo Ricci.

Tomé una profunda respiración y contesté.

—Vitale al habla.

—Informe —la voz de Matteo era aguda, exigente. Sin cortesías, como de costumbre.

Me acomodé en una silla, mi mano libre apretando el reposabrazos.

—He avanzado con la Bratva Serebrov. Me dieron una tarea hoy: extraer información sensible. La completé con éxito.

—Detalles —presionó Matteo.

Relaté la operación, manteniendo un tono estable.

—Trabajé con uno de sus hombres, Pyotr. Nos infiltramos en un área de alta seguridad y recuperamos algunos documentos. Los detalles específicos de lo que tomamos aún no me quedan claros.

—¿Y su estatus?

—Todavía me están probando —dije, pasándome una mano por el pelo—. He ganado algo de confianza, pero son cautelosos. Necesitaré más tiempo para infiltrarme completamente en su círculo interno.

La respiración de Matteo siseó a través de la línea.

—El tiempo es un lujo que no tenemos, Vitale. ¿Qué hay de sus disposiciones de seguridad?

Tragué saliva. Esta era la parte que había estado temiendo.

—Aún no tengo información detallada. Su seguridad es estricta, pero no he tenido la oportunidad de evaluar a fondo sus protocolos.

—Eso no es suficiente —la voz de Matteo se volvió fría—. Necesitamos esa información, Vitale. Es crucial.

—Entiendo —dije, apretando la mandíbula—. Reuniré la información lo antes posible. Dame unos días.

—Tienes 24 horas —declaró Matteo rotundamente—. No me decepciones, Vitale. Las consecuencias serían desafortunadas.

La línea se cortó, dejándome en silencio una vez más. Dejé caer el teléfono sobre la mesa de centro y me recliné, exhalando lentamente.

La presión estaba aumentando. La amenaza de Matteo flotaba en el aire, un recordatorio constante del peligro que enfrentaba.

Necesitaba hablar con Bella. Su guía constante se había convertido en mi ancla.

Tomé mi teléfono seguro y marqué su número. Contestó al segundo timbre.

—Luca —su voz era baja y calmada—. ¿Cómo te fue hoy?

Me hundí en el sofá, la tensión escapando de mis músculos al sonido de su voz.

—Fue intenso, Bella. Pasé su primera prueba, pero Sergei me está vigilando como un halcón.

—Cuéntame todo —dijo ella.

Le relaté los eventos del día, desde la tensa introducción a Sergei hasta la misión de recuperación de documentos que me puso los nervios de punta con Pyotr. Mientras hablaba, la realidad de mi situación me golpeó de nuevo.

—Bella, estoy metido hasta el cuello —admití, con la voz apenas por encima de un susurro—. La Bratva me está poniendo a prueba, y Matteo me está presionando por información. Estoy atrapado en medio, y un movimiento en falso podría echarlo todo a perder.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Cuando Bella habló de nuevo, su voz era firme pero tranquilizadora.

—Lo estás haciendo bien, Luca. Recuerda tu entrenamiento. Mantente alerta, pero no dejes que la paranoia nubla tu juicio.

Asentí, aunque ella no pudiera verme.

—Matteo quiere información detallada de seguridad en 24 horas. ¿Cómo se supone que voy a conseguir eso sin levantar sospechas?

—Concéntrate en lo que puedas observar sin husmear activamente —aconsejó Bella—. Rotaciones de guardias, medidas de seguridad visibles. Usa tu experiencia como ejecutor como excusa para hacer preguntas casuales sobre sus protocolos.

Sus palabras me estabilizaron. Tomé una respiración profunda, sintiendo que parte de la tensión se aliviaba de mis hombros.

—Gracias, Bella —dije suavemente—. No sé cómo manejaría esto sin ti.

Hubo un momento de silencio antes de que ella respondiera.

—Veré qué información tenemos sobre la Bratva, pero no cuentes con que sea demasiada. Eres más fuerte de lo que te das crédito, Luca. Pero estoy aquí siempre que me necesites.

Mientras colgaba el teléfono, sentí un renovado sentido de propósito. El camino por delante era traicionero, pero no lo estaba recorriendo solo.

Capítulo 10

Bella

Me quedé mirando mi reflejo en el espejo de cuerpo entero, alisando la tela ligera del vestido informal que había elegido. —¿Qué estás haciendo, Bella? —murmuré para mí misma, cogiendo las llaves del tocador.

Mientras caminaba hacia mi coche, las dudas se apoderaron de mí. Esto no era propio de mí: impulsiva, temeraria. Pero la preocupación que me roía las entrañas no cesaba. Algo en la voz de Luca había sonado extraño.

Las calles estaban tranquilas mientras conducía, las farolas proyectaban sombras intermitentes sobre el salpicadero. Mi mente divagó hacia un territorio peligroso.

—Estás loca —dije en voz alta, agarrando el volante con más fuerza—. Es un sicario de la mafia, no un novio.

Pero el recuerdo del roce de Luca persistía, enviando un escalofrío por mi espalda. Solté una risa amarga.

—Como si Luca Vitale quisiera algo más que un polvo rápido contigo —me reprendí—. Eres un medio para un fin, nada más.

La parte racional de mi cerebro sabía que tenía razón. Nuestro encuentro había sido una conquista, un juego de poder en este peligroso juego en el que ambos estábamos atrapados.

Sin embargo, una voz traidora susurraba que podría haber algo más. La aplasté sin piedad. No había lugar para dudas en este mundo.

Aparqué en el estacionamiento del edificio de Luca, la imponente estructura se alzaba sobre mí. Mi corazón se aceleró cuando apagué el motor, pero me obligué a respirar profundamente.

—Contrólate —me dije con firmeza—. Estás aquí para hacer un trabajo, nada más.

Cogí mi teléfono y marqué el número de Luca. El recuerdo de la última vez que llegué sin avisar, con él apuntándome con una pistola, todavía estaba fresco. No había necesidad de repetir la actuación.

El teléfono sonó una vez antes de que la voz profunda de Luca respondiera:

—Bella.

—Estoy fuera —dije, manteniendo un tono profesional—. Pensé en pasar a ver cómo estabas.

Hubo una pausa, luego Luca habló, con la voz tensa:

—Sube.

Algo en su tono me provocó un escalofrío. Dudé, luego salí del coche.

—Estaré allí enseguida —dije, colgando.

Mientras caminaba hacia el ascensor, mi mente daba vueltas. ¿En qué me estaba metiendo? ¿Estaba Luca en problemas? ¿O estaba pensando demasiado las cosas?

Las puertas del ascensor se abrieron con un suave tintineo. Entré, mi reflejo en las paredes de espejo me devolvía la mirada: decidida, pero insegura.

—Mantén la profesionalidad —me recordé mientras los pisos pasaban—. Estás aquí para apoyarlo, nada más.

Pero a medida que el ascensor subía, también lo hacía mi anticipación. Mi cuerpo vibraba con energía nerviosa, una mezcla de miedo y algo más que no quería nombrar.

Me detuve frente a la puerta del ático, con la mano levantada para llamar. La madera lisa se sentía fría contra mis nudillos cuando golpeé tres veces.

La puerta se abrió, revelando a Luca. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, cansados pero alerta. Una oleada de alivio me invadió, seguida rápidamente por la duda. ¿Había exagerado?

—Bella —dijo Luca, con voz baja y tensa.

Intercambiamos sonrisas breves y tensas mientras yo entraba. El aire entre nosotros chisporroteaba con una tensión no expresada.

—Estaba preocupada —admití, volviéndome hacia él mientras cerraba la puerta—. No sonabas bien por teléfono.

Luca suspiró profundamente, sus hombros se hundieron.

—No estoy bien, Bella.

Mi corazón latió con fuerza.

—¿Qué pasa?

Se pasó una mano por el pelo negro y corto.

—Toda esta situación. Estoy tres niveles metido en el engaño, y me está carcomiendo.

Lo observé caminar de un lado a otro, sus movimientos agitados.

—¿Qué quieres decir?

Luca se detuvo, fijándose con una mirada intensa.

—Soy un sicario, Bella. No un espía. Esto... esto no es lo que hago.

Su confesión quedó suspendida en el aire entre nosotros. Sentí una punzada de simpatía, mezclada con un toque de preocupación. Si Luca estaba perdiendo los nervios, toda nuestra operación podría estar en peligro.

—Sientes que estás fuera de tu elemento —dije suavemente, no una pregunta sino una afirmación.

Asintió, con la mandíbula apretada.

—No sé cuánto tiempo más podré seguir con esto. Las mentiras, el miedo constante a ser descubierto... no es quien soy.

Di un paso más cerca, luchando contra el impulso de acercarme y consolarlo.

—Luca, sabíamos que esto no sería fácil.

—¿Fácil? —Se rio amargamente—. Nadie dijo que estaría engañando a tres organizaciones diferentes. Esto es imposible. No estoy hecho para esto.

Mientras lo observaba, me di cuenta de cuánto estaba afectando esta misión. El hombre arrogante y poderoso que conocía se estaba desmoronando ante mis ojos.

Me acerqué a él, colocando suavemente mi mano en su brazo. El músculo bajo mis dedos estaba tenso, enroscado por el estrés.

—Luca —dije suavemente—, necesito que recuerdes por qué estamos haciendo esto.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, llenos de conflicto. Respiré hondo, calmándome.

—La Hermandad Corsa no es solo otra organización criminal. Están traficando con seres humanos. Destruyendo familias. Arruinando vidas.

La mandíbula de Luca se tensó, pero permaneció en silencio. Continué, con voz baja y

urgente.

—Cada día que mantenemos esta farsa, estamos un paso más cerca de acabar con ellos. De salvar a incontables personas inocentes de un destino peor que la muerte.

Vi un destello de determinación en sus ojos.

—Tienes razón —murmuró—. Sé que tienes razón. Es solo que...

—Es difícil —terminé por él—. Pero es importante. Lo que estamos haciendo aquí importa.

Luca asintió lentamente, su respiración se normalizó.

—Gracias, Bella. Necesitaba ese recordatorio.

Nos quedamos allí por un momento, el peso de nuestra misión asentándose a nuestro alrededor como una manta pesada. Era muy consciente de mi mano aún en su brazo, del calor que irradiaba su piel.

Debería dar un paso atrás, pensé. Pero no me moví.

Luca se aclaró la garganta, rompiendo el momento.

—Creo que ambos necesitamos un descanso de toda esta pesadez —dijo, moviéndose hacia la cocina—. ¿Qué tal una copa de vino?

Asentí, agradecida por la distracción.

—Suenan perfecto.

Observé cómo los anchos hombros de Luca se movían con facilidad practicada, sacando dos copas de un armario y seleccionando una botella de tinto. Sus movimientos eran fluidos, controlados, un recordatorio del poder que yacía bajo su exterior tranquilo.

Sirvió el vino con cuidado, el líquido de un rico color borgoña salpicando suavemente en las copas. Cuando me entregó una, nuestros dedos se rozaron, enviando una descarga por mi cuerpo.

—Por olvidar nuestros problemas, aunque sea por un rato —dijo Luca, levantando su copa.

Choqué la mía contra la suya.

—Brindaré por eso.

El vino era audaz y suave, calentándome desde adentro. Sentí que parte de la tensión en mis hombros se aliviaba mientras tomaba otro sorbo.

Luca se acomodó en el sofá, haciéndome un gesto para que me uniera a él.

—Cuéntame algo sobre ti, Bella —dijo—. Algo que no tenga nada que ver con el trabajo o... esta situación.

Dudé, sopesando mis opciones. ¿Cuánto debería revelar? Pero el vino y lo tarde de la hora habían aflojado mi habitual precaución.

—Está bien —dije, con una sonrisa tirando de mis labios—. ¿Alguna vez te conté sobre la vez que casi me arrestaron en un torneo de tenis?

Las cejas de Luca se elevaron.

—Esto tengo que oírlo.

Me reí, el recuerdo inundándome.

—Fue hace unos diez años. Había estado tomando clases, y pensaba que era la gran cosa...

Me recliné, haciendo girar el vino en mi copa.

—Así que ahí estaba yo, enfrentándome a esta mujer que parecía salida de un catálogo de club de campo. Ropa de tenis perfecta, ni un pelo fuera de lugar. ¿Y yo? Era un desastre: sudorosa, con el pelo saliéndose de mi cola de caballo, probablemente con una mancha de

suciedad en la cara.

Luca se rió, sus ojos fijos en mí.

—En fin, estábamos empatadas, y yo estaba decidida a ganar. Así que cuando ella golpeó una pelota que pensé que había caído justo en la línea, la canté como fuera.

—Déjame adivinar —interrumpió Luca—, ¿no estaba fuera?

Negué con la cabeza, sintiendo un rubor de vergüenza incluso después de tantos años.

—Ni siquiera cerca. Pero estaba tan metida en el momento que me negué a dar marcha atrás. Nos metimos en una discusión enorme, y antes de darme cuenta, llamaron a seguridad.

Mientras terminaba mi historia, riéndome de mi yo pasado, me di cuenta de que Luca me observaba con una intensidad que me cortó la respiración. El aire entre nosotros pareció espesarse, cargado de una energía que no podía ignorar.

—Eres increíble, Bella —dijo Luca suavemente, con voz baja y ronca—. Asombrosa, hermosa, fuerte. Todo sobre ti...

Sentí un aleteo en mi pecho ante sus palabras, percibiendo la sinceridad detrás de ellas. Esto no era solo adulación; podía ver la admiración en sus ojos.

La mirada de Luca bajó a sus manos por un momento antes de volver a mirarme.

—A veces deseo... deseo poder ser el tipo de hombre con el que quisieras estar. Alguien digno de ti.

Mi corazón se aceleró. Sabía que este era un territorio peligroso, pero en ese momento, no me importaba. Todo en lo que podía pensar era en cuánto quería cerrar la distancia entre nosotros.

Sin dejarme pensar demasiado, me incliné...

Nuestros labios se encontraron suavemente, tentativamente al principio. Sentí las manos de Luca dudar antes de posarse en mi cintura, atrayéndome suavemente hacia él. Mis propias manos encontraron su camino hacia su cuello, mis dedos rozando su pelo corto.

A medida que el beso se profundizaba, sentí que mis anteriores reservas se derretían. Los labios de Luca estaban cálidos e insistentes contra los míos, encendiendo un fuego que se extendió por mi cuerpo.

—Bella —suspiró Luca contra mis labios, su voz ronca de deseo—. ¿Estás segura de esto?

Me aparté ligeramente, mirando sus ojos oscuros.

—No debería estarlo —admití—. Pero quiero esto. Te quiero a ti.

Eso fue todo lo que hizo falta. Las manos de Luca se apretaron en mi cintura mientras reclamaba mi boca de nuevo, esta vez con una intensidad feroz que me dejó sin aliento. Respondí de igual manera, dejándome perder en las sensaciones.

Antes de darme cuenta, Luca me había presionado contra el sofá, su cuerpo un peso sólido sobre el mío. Nuestros besos se volvieron más urgentes, las manos explorando con creciente audacia.

Una pequeña voz en el fondo de mi mente trató de recordarme las consecuencias, todas las razones por las que esto era una mala idea. Pero mientras los labios de Luca recorrían mi cuello, aparté esos pensamientos. No quería pensar en el mañana. Solo quería concentrarme en este momento, en la sensación de su piel contra la mía.

—No deberíamos —jadeé, aunque mis dedos ya trabajaban en los botones de su camisa.

Luca se detuvo, sus ojos escrutando los míos.

—Di la palabra y me detendré —dijo con voz tensa.

Negué con la cabeza, atrayéndolo de nuevo hacia mí.

—Ni se te ocurra —susurré contra sus labios.

Con un gemido, Luca volvió a besarme. Nos despojamos rápidamente de nuestra ropa, cediendo al deseo que llevaba tanto tiempo creciendo entre nosotros.

Mientras las manos ásperas de Luca exploraban cada centímetro de mi cuerpo, sentí que un fuego se encendía en lo más profundo de mi ser. Mi piel ardía de deseo, mis nervios electrificados por su tacto. Arquee la espalda, presionando mis pechos doloridos contra su duro torso mientras gemía suavemente.

—Bella —gruñó Luca, su voz espesa de lujuria. Mordisqueó el lóbulo de mi oreja, enviando escalofríos por mi columna—. Estás jodidamente buena.

No podía formar palabras coherentes, mi mente reducida a un estado primario de necesidad. Moví mis caderas, frotándome contra su dura polla, desesperada por la fricción.

Las manos de Luca agarraron mi cintura, manteniéndome en su lugar mientras dejaba un rastro de besos por mi cuello. Incliné la cabeza hacia atrás, ofreciéndole mi garganta mientras mis dedos se enredaban en su cabello. Succionó mi punto de pulso, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo.

—Estás tan jodidamente mojada para mí, nena —murmuró, con voz baja y ronca—. ¿Quieres mi polla?

—Sí —gimoteé, mis piernas temblando—. La necesito.

Frotó la cabeza de su polla contra mi entrada, provocándome sin piedad.

—Suplica por ella —ordenó, su voz áspera.

—Por favor, Luca —supliqué—. Fóllame.

Con un gruñido, Luca embistió dentro de mí, llenándome por completo. Grité, mis uñas clavándose en sus hombros mientras comenzaba a moverse. Cada embestida era ruda y sin disculpas, golpeándome justo en el lugar correcto.

—¿Te gusta eso, nena? —gruñó Luca, sus caderas moviéndose como pistones—. ¿Te gusta cómo se siente mi polla dentro de ti?

—Sí —jadeé, mi voz sin aliento—. No pares.

—Eres una buena chica —elogió Luca, su voz baja y seductora—. Tomando mi polla como una campeona.

Sus palabras sucias solo sirvieron para aumentar mi excitación. Me sentía subir cada vez más alto, mi cuerpo al borde del clímax.

—Voy a correrme —gemí, mis uñas arañando su espalda.

—Aún no —ordenó Luca, su voz firme. Se retiró, dejándome vacía y dolorida.

Protesté con un gemido, pero Luca me silenció con un beso. Separó mis piernas, mirando mi coño empapado con hambre en sus ojos.

—Eres tan hermosa así —dijo, su voz reverente. Bajó la cabeza, su lengua saliendo para probarme. Grité, mis caderas sacudiéndose mientras lamía y chupaba mi clítoris.

Podía sentir mi orgasmo construyéndose, mi cuerpo temblando de necesidad. Luca debió sentirlo, porque deslizó dos dedos dentro de mí, curvándolos de la manera correcta.

—Córrete para mí, nena —gruñó, su voz demandante.

Con un grito, me deshice, mi cuerpo convulsionando mientras ola tras ola de placer me invadía. Luca continuó lamiendo y chupando, prolongando mi orgasmo hasta que me convertí en un montón sin huesos.

Mientras bajaba de mi clímax, Luca se posicionó encima de mí, su polla lista en mi entrada. Lo miré, mis ojos pesados de deseo.

—¿Estás lista para la segunda ronda? —preguntó, una sonrisa maliciosa extendiéndose

por su rostro.

Asentí con hambre, mi coño ya palpitando de necesidad. Luca deslizó su gruesa polla dentro de mí una vez más, sus movimientos lentos y deliberados, saboreando cada centímetro. La sensación de ser estirada y llenada era casi demasiado, y dejé escapar un gemido bajo.

—Joder, se siente tan bien —gruñó Luca en mi oído, su aliento caliente y pesado.

Respondí frotando mis caderas contra él, tomándolo aún más profundo. Nos movimos juntos en un ritmo perfecto, nuestros cuerpos resbaladizos de sudor mientras perseguíamos nuestro clímax. Cada embestida enviaba una descarga de placer a través de mí, haciendo que mis dedos se curvaran y mis uñas se clavaran en la espalda de Luca.

—Más fuerte —supliqué, mi voz ronca de deseo—. Más rápido, Luca.

Luca obedeció, sus caderas embistiendo dentro de mí mientras tomaba el control. Podía sentir la intensidad creciendo, mi orgasmo justo fuera de alcance. Luca debió sentirlo también, porque alcanzó entre nosotros y comenzó a frotar mi clítoris con su pulgar.

Era demasiado. Exploté, mi cuerpo temblando mientras ola tras ola de placer me inundaba. Luca me siguió de cerca, su polla pulsando dentro de mí mientras dejaba escapar un profundo gemido.

Mientras yacíamos allí, agotados y sin aliento, sentí una sensación de asombro por lo que acababa de suceder. Era más que solo sexo; era crudo, visceral y completamente consumidor. Y sabía que nunca lo olvidaría.

—Me encanta jodidamente verte correrte —dijo con voz ronca.

Sonreí, mi cuerpo aún zumbando de placer.

—Me encanta jodidamente cuando me haces correrme.

Luca se rio, sus dedos trazando círculos perezosos en mi cadera.

—Oh, planeo hacerte correr mucho más esta noche.

—Cuerdas —dije.

Fue como si hubiera dicho la palabra mágica. Me levantó y me llevó al dormitorio, colocándome suavemente en la cama y atando mis muñecas y tobillos a la cama.

—Estás tan jodidamente sexy cuando te sometes —gruñó Luca, sus ojos oscuros de deseo mientras me miraba, atada e indefensa.

Gemí, mi cuerpo anhelando su toque.

—Por favor, Luca. Te necesito.

Y con eso, hundió su polla de nuevo dentro de mí, folládome duro y profundo hasta que estaba gritando su nombre. Fue rudo, fue crudo, y fue todo lo que alguna vez había fantaseado.

Cuando terminó, Luca se derrumbó encima de mí, su respiración pesada en mi oído. Podía sentir su corazón latiendo al ritmo del mío, nuestros cuerpos aún conectados.

Una vez que nuestra respiración volvió a la normalidad, supe que había algo que tenía que decirle.

—Luca —comencé.

Se levantó de mí para mirarme a los ojos.

—Entiendo. Tienes que irte y no puedes ser atrapada aquí conmigo —empezó a desatar mis muñecas.

—No, no es eso. Luca, dijiste que no eras lo suficientemente bueno para mí. Eso es mentira. No fuiste la primera persona a la que nos acercamos para esta operación. Ni la segunda. Fuiste el sexto.

Guardó las cuerdas y me atrajo hacia él.

—¿Y qué?

—Cinco hombres más. Cinco hombres poderosos con familias fuertes detrás de ellos eligieron a sí mismos por encima de las mujeres que salvaremos —dije—. No me importa lo que hayas hecho en el pasado. Tienes un buen corazón, Luca Vitale.

Enterró su rostro en mi cabello, y ninguno de los dos mencionó las lágrimas que derramó mientras nos quedábamos dormidos.

Capítulo 11

Luca

Me desperté antes del amanecer, con el calor de Bella aún presionado contra mí. Sus palabras de anoche resonaban en mi mente mientras me liberaba cuidadosamente de su abrazo. Me moví silenciosamente por la habitación, años de entrenamiento me permitieron navegar en la oscuridad sin perturbar su sueño.

En el baño, me encontré con mi reflejo en el espejo. El rostro que me devolvía la mirada era uno que me costaba reconciliar con la imagen que Bella tenía de mí. ¿Un buen corazón? La noción parecía absurda dada la sangre en mis manos.

Mientras me metía en la ducha, el agua caliente caía en cascada sobre mis músculos tensos. No podía sacudirme la revelación de Bella. —Fuiste la sexta persona a la que nos acercamos —había dicho ella. El peso de ese conocimiento se asentó pesadamente sobre mis hombros.

—¿Por qué yo? —murmuré, apoyando las manos contra la pared de la ducha—. ¿Qué hizo que los otros se negaran?

La naturaleza peligrosa de esta misión no era un secreto. Infiltrarse en la Bratva después de infiltrarse en la Hermandad era una sentencia de muerte si cometía un solo error. Sin embargo, aquí estaba yo, elegido después de que cinco otros se hubieran negado. La responsabilidad era inmensa.

La voz de Bella cortó mis pensamientos sombríos. —Tienes un buen corazón, Luca Vitale.

Sacudí la cabeza, rociando agua de mi cabello. —No me conoces, Bella. No realmente.

Pero incluso mientras expresaba la duda, una parte de mí se aferraba a sus palabras. En este mundo de sombras y engaños, su fe en mí era inesperada. Incluso no deseada. Y sin embargo...

Cerré el agua, una nueva determinación se asentó sobre mí. Buen corazón o no, tenía un trabajo que hacer. Mujeres que salvar. Una cobertura que mantener.

Me paré frente al armario, seleccionando cuidadosamente mi atuendo para el día. Una camisa blanca impecable, un traje oscuro a medida y zapatos pulidos: el uniforme de un hombre en control. Mientras me vestía, revisé metódicamente cada pieza de equipo: el cuchillo oculto en mi cinturón, el delgado dispositivo de comunicación que Bella me dio y algunas otras herramientas del oficio.

—Todo en su lugar —murmuré, ajustando mi corbata.

La tensión se enroscaba en mis entrañas, pero las palabras de Bella de anoche resonaban en mi mente, dándome una extraña sensación de calma. Respiré hondo, cuadrando los hombros.

—Tú puedes con esto, Vitale —le dije a mi reflejo—. Un paso a la vez.

Me moví silenciosamente por el ático, deteniéndome en la puerta del dormitorio. Bella yacía dormida, su cabello oscuro esparcido sobre la almohada. Algo se apretó en mi pecho ante la vista.

—Volveré —susurré, aunque sabía que no podía oírme—. Lo prometo.

Mientras cerraba la puerta del ático detrás de mí, mi mente se desplazó a las tareas por delante. La Bratva no esperaría, y tampoco las mujeres que contaban conmigo para llevarles justicia.

En el ascensor, me preparé para lo que vendría. —Es hora de interpretar el papel —murmuré, mientras las puertas se abrían al vestíbulo—. Veamos qué tiene preparado Sergei para nosotros hoy.

La sede de la Bratva se alzaba ante mí, un edificio anodino que ocultaba el peligro en su interior. Me acerqué con pasos medidos, mi rostro una máscara de indiferencia serena. Pyotr esperaba junto a la entrada, su corpulenta figura tensa de alerta.

—Luca —me saludó, con su acento marcado—. Buenos días.

Asentí, manteniendo mi respuesta breve. —Pyotr.

Al entrar, sentí el peso de las miradas sospechosas de los otros miembros de la Bratva. Su desconfianza era palpable, pero no lo dejé ver en mi rostro. Tenía que mantener mi cobertura a toda costa.

—¿Algo nuevo? —le pregunté a Pyotr mientras caminábamos por el pasillo.

Se encogió de hombros. —Sergei quiere vernos. Sobre los documentos.

Asentí, mi mente acelerada. ¿Qué había encontrado Sergei en esos papeles?

Llegamos a la oficina de Sergei, y Pyotr llamó. Un brusco —Adelante —vino desde dentro.

Sergei estaba sentado detrás de su escritorio, los documentos recuperados esparcidos frente a él. Sus ojos fríos nos evaluaron mientras permanecíamos en posición de firmes.

—Caballeros —dijo, su voz baja y amenazante—. Lo han hecho bien.

Me permití un pequeño asentimiento de reconocimiento, cuidando de no mostrar demasiada emoción. —Gracias, señor.

Sergei se reclinó en su silla. —Estos documentos son exactamente lo que necesitábamos. Han demostrado ser valiosos, Luca.

Un sentimiento de logro parpadeó dentro de mí, pero rápidamente lo suprimí. Esto era solo el comienzo, y no podía permitirme bajar la guardia.

—Nos alegra ser de utilidad —respondí, con tono neutral.

Los ojos de Sergei se estrecharon ligeramente. —En efecto. ¿Y confío en que están listos para tareas más desafiantes?

Sostuve su mirada firmemente. —Por supuesto, señor. Esperamos sus instrucciones.

Sergei se inclinó hacia adelante, su voz bajando a un susurro. —Tenemos una reunión de alto perfil hoy. Necesito que ustedes dos se encarguen de la seguridad.

Sentí a Pyotr tensarse a mi lado. Esto era grande.

—Es de suma importancia —continuó Sergei—. Se requiere absoluta discreción. Cualquier filtración, cualquier error, y habrá graves consecuencias. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondí, mi tono firme e inquebrantable. Por dentro, mi mente corría, calculando las implicaciones. Esta podría ser la oportunidad que necesitaba: una chance para recopilar información crucial sobre las operaciones de la Bratva.

Los ojos de Sergei se clavaron en los míos. —Luca, estoy particularmente interesado en ver cómo manejas esto. Considéralo una prueba de tu lealtad.

Sostuve su mirada sin pestañear. —No lo decepcionaré, señor.

Al salir de la oficina de Sergei, Pyotr se volvió hacia mí. —Necesitamos planificar esto cuidadosamente. Repasemos los detalles.

Encontramos una sala de conferencias vacía y extendimos la información que Sergei nos había proporcionado. Estudié el plano del lugar de la reunión, mi mente ya formulando estrategias.

—Deberíamos posicionar guardias aquí y aquí —dije, señalando ubicaciones clave en el mapa—. Y necesitaremos establecer un perímetro seguro de al menos dos manzanas.

Pyotr asintió, un indicio de respeto en sus ojos. —Buen pensamiento. ¿Qué hay de las amenazas potenciales?

Repasé varios escenarios en mi cabeza, recurriendo a mis años de experiencia como ejecutor. —Necesitamos estar preparados para todo, desde una emboscada de una banda rival hasta un trabajo interno.

A medida que profundizábamos en el plan de seguridad, pude ver que la desconfianza inicial de Pyotr se desvanecía. Comenzó a deferir más a mi juicio, pidiendo mi opinión sobre decisiones críticas.

—Sabes lo que haces, Luca —dijo después de una sugerencia particularmente perspicaz sobre la rotación de los turnos de guardia.

Me permití una pequeña sonrisa. —Llevo mucho tiempo en este juego. Aprendes a anticipar los problemas.

Mientras terminábamos nuestra sesión de planificación, sentí una mezcla de tensión y anticipación. Esta tarea podría hacer o deshacer mi posición dentro de la Bratva. Y más importante aún, podría proporcionar la información que necesitábamos para derribarlos.

Solo tenía que asegurarme de no delatarme en el proceso.

—¿Todo en su lugar? —le pregunté a Pyotr mientras hacíamos un último recorrido por la sala dos horas más tarde. Era una locura esperar una seguridad exhaustiva con solo unas horas de aviso, pero así es como le gustaba hacer las cosas a la Bratva.

Asintió, su rostro sombrío. —Todo listo. Esperemos que sea suficiente.

Mientras los miembros de la Bratva entraban, escaneé cada rostro, catalogando posibles amenazas. Mi mente se desvió brevemente hacia las palabras de Bella de la noche anterior. "Tienes un buen corazón, Luca". Aparté el pensamiento, concentrándome en la tarea en cuestión.

A mitad de la reunión, la puerta se abrió inesperadamente. Un hombre que no reconocí entró a zancadas, su presencia inmediatamente activó las alarmas en mi cabeza.

—¿Quién demonios es ese? —siseó Pyotr, su mano moviéndose hacia su arma oculta.

Negué ligeramente con la cabeza, indicándole que esperara. —Veamos cómo se desarrolla esto —murmuré, mi cuerpo tenso y listo para la acción.

La sala quedó en silencio, todos los ojos puestos en el recién llegado. Observé cómo el rostro de Sergei se oscurecía de ira, sus nudillos blancos mientras agarraba el borde de la mesa.

—Caballeros —dijo el extraño, su voz suave y confiada—. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

Pyotr y yo nos acercamos rápidamente al hombre. —Señor —dije, con voz firme y autoritaria—, voy a necesitar que salga.

Los ojos del hombre se estrecharon, evaluándome. —¿Y si me niego?

No parpadeé. —Entonces tendremos un problema.

La tensión crepitaba en el aire. Era agudamente consciente de cada respiración, cada movimiento sutil en la sala. Mi mano flotaba cerca de mi arma, lista para sacarla si era necesario.

De repente, la risa de Sergei rompió el silencio. —Bien hecho, Luca. Pyotr. Pueden bajar la guardia ahora.

La confusión se extendió por mí, pero mantuve la compostura. El comportamiento del

extraño cambió, una sonrisa reemplazó su postura amenazante.

—Una excelente prueba —dijo, asintiendo con aprobación—. Tu nuevo equipo de seguridad pasó con honores, Sergei.

Mientras la reunión se reanudaba, el alivio me invadió. Habíamos pasado su prueba. Capté la mirada de Pyotr, y me dio un sutil asentimiento de respeto.

Mientras los miembros de la Bratva continuaban sus discusiones, permanecí alerta, absorbiendo cada detalle. Noté la jerarquía evidente en la disposición de sus asientos, la deferencia mostrada hacia ciertos individuos. Mi mente corría, catalogando información que podría resultar invaluable para Matteo y la Hermandad.

Después de que concluyó la reunión, Sergei nos llamó a Pyotr y a mí a su oficina. La habitación estaba escasamente amueblada, dominada por un pesado escritorio de roble. Sergei se sentó detrás de él, sus ojos agudos mientras nos observaba.

—Manejaron bien esa situación —dijo, su voz áspera pero aprobadora—. Estoy satisfecho con su desempeño hoy.

Incliné ligeramente la cabeza. —Gracias, señor. Nos esforzamos por superar las expectativas.

Sergei se inclinó hacia adelante, con los codos sobre el escritorio. —Bien. Porque tengo algo más grande en mente para ustedes dos. Una tarea que realmente pondrá a prueba su temple.

Mi pulso se aceleró, pero mantuve mi rostro impassible. —Estamos listos para lo que necesite, señor.

—¿Lo están? —Los ojos de Sergei se clavaron en los míos—. Esto no será como el detalle de seguridad de hoy. Es mucho más exigente.

Sentí el peso de sus palabras, la presión construyéndose dentro de mí. Pero no podía flaquear ahora. —No lo decepcionaremos, señor. Pero si pudiera ofrecer una sugerencia...

Sergei asintió lentamente. —Cuando solo tenemos un par de horas para completar un barrido de seguridad, las posibilidades de que se nos escape algo son mucho mayores. No tenemos tiempo para hacer una verificación de seguridad completa de todos en el edificio y sería mucho más fácil para alguien evadir nuestras defensas.

—También es mucho más fácil para alguien enterarse de la reunión de esa manera. Pero te complaceré por esta vez. La reunión de mañana es en mi yate.

Al salir de la oficina de Sergei, me volví hacia Pyotr. —Oye, probablemente debería tener tu número. Por si necesitamos coordinar algo para esta nueva tarea.

Pyotr dudó por un momento, luego asintió. —Da, buena idea. —Me dio su número rápidamente, que guardé en mi teléfono.

—Gracias —dije, pensando que lo llamaría en el último minuto para advertirle sobre el ataque de la Hermandad.

Entré en el ático, el peso de los eventos del día presionándome. La seguridad de un yate no era tan fácil como había imaginado al principio. Mientras cerraba la puerta detrás de mí, las palabras de Bella de la noche anterior resonaron en mi mente: "Tienes un buen corazón, Luca".

Exhalé lentamente, pasando una mano por mi cabello. La responsabilidad que llevaba era inmensa, pero su fe en mí encendió una chispa de determinación. No podía -no debía- decepcionarla. Más importante aún, no podía fallarles a las mujeres inocentes y las familias por las que estábamos luchando para proteger.

—Has vuelto —la voz de Bella vino desde la sala de estar. Estaba sentada en el sofá, con una laptop equilibrada sobre sus rodillas.

Crucé la habitación, hundiéndome en el sillón frente a ella. —Ha sido un día largo —dije,

aflojándome la corbata.

Bella cerró su portátil, sus ojos verdes fijos en mí. —¿Cómo fue?

Me incliné hacia adelante, juntando las manos. —El dispositivo de seguridad fue un éxito. Manejamos una situación inesperada sin problemas. —Hice una pausa, considerando cuidadosamente mis siguientes palabras—. También reuní información crucial sobre los arreglos de seguridad de Sergei y la jerarquía de la Bratva.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Bella. —Eso es impresionante, Luca. Estás haciendo un verdadero progreso.

Su elogio me reconfortó, pero aparté ese sentimiento. —Hay más. Mañana el Pakhan tiene una reunión en su yate. Es prácticamente imposible asegurar completamente un barco.

Las cejas de Bella se fruncieron. —¿Alguna idea de lo que sucederá en la reunión?

Negué con la cabeza. —Aún no hay detalles específicos. Pero sea lo que sea, está claro que Sergei lo ve como una prueba.

—Esto es perfecto. Necesitas dar esta información a la Hermandad. Con esto habrás demostrado tu valor para ellos.

—No sé qué haría sin ti —admití, con voz baja.

Bella extendió la mano, cubriendo la mía. —No tendrás que averiguarlo. No me voy a ninguna parte.

El momento quedó suspendido entre nosotros, cargado de emociones no expresadas. Quería acercarla, decirle exactamente cómo me sentía, pero la precaución me contuvo. Aún teníamos un trabajo que hacer.

Bella se levantó, rompiendo la tensión. —¿Qué tal algo de cena? Hago una pasta carbonara increíble.

Sonreí, agradecido por el cambio. —Suenan perfecto. ¿Necesitas ayuda?

—Puedes empezar a picar el ajo —dijo, moviéndose hacia la cocina.

Mientras preparábamos la comida juntos, nuestra conversación derivó hacia temas más ligeros. Bella me contó sobre su infancia en Nueva York, su voz animada mientras describía los veranos pasados en la casa de su abuela en Little Italy.

—¿Y tú? —preguntó, revolviendo la pasta—. ¿Algún recuerdo de infancia entrañable?

Hice una pausa, con el cuchillo suspendido sobre la tabla de cortar. —Mi padre no estaba mucho por casa, pero mi madre... solía llevarme a pescar los fines de semana. Esos eran buenos días.

Bella asintió, con comprensión en sus ojos. —Son los momentos simples los que se quedan con nosotros, ¿no es así?

Mientras continuábamos cocinando y hablando, me encontré abriéndome más de lo que lo había hecho en años. Intercambiamos historias sobre primeros trabajos, libros favoritos y momentos vergonzosos de la escuela secundaria. Con cada anécdota compartida, sentí que la conexión entre nosotros se profundizaba, trascendiendo nuestros roles de agente e informante.

Para cuando nos sentamos a comer, el ambiente entre nosotros había cambiado. El peso de nuestra misión aún se cernía sobre nosotros, pero por este momento, éramos solo dos personas disfrutando de la compañía del otro. Y mientras veía a Bella reírse de uno de mis terribles chistes, supe con absoluta certeza que nunca quería estar sin ella.

Los eventos del día me alcanzaron cuando terminamos nuestra comida. El agotamiento se asentó en mis huesos, pero un renovado sentido de determinación ardía debajo. Bella se quedó, su presencia un bálsamo para mi espíritu cansado.

Me recliné en mi silla, pasando una mano por mi cabello. —Bella, necesito decirte algo.

Ella inclinó la cabeza, esperando.

—No puedes seguir diciendo que soy un buen hombre —dije, con voz baja—. Me... me destruye.

El ceño de Bella se frunció. —¿Qué quieres decir?

Luché por encontrar las palabras. —Cuando dices eso, me hace sentir cosas que no puedo permitirme sentir. Vulnerable. Esperanzado. Es peligroso.

Ella extendió la mano a través de la mesa, cubriendo la mía. —Luca, necesitas acostumbrarte. Eres un buen hombre, y no cambiaré de opinión.

Su toque me provocó una sacudida. Quería alejarme, protegerme, pero no pude. —No sabes todo lo que he hecho.

—Sé lo suficiente —dijo firmemente—. Veo quién eres, Luca. Las elecciones que haces, los riesgos que tomas para ayudar a otros. Eso es lo que importa.

Negué con la cabeza, pero ella continuó. —Tu pasado no te define. Es lo que haces ahora lo que cuenta.

Sus palabras atravesaron mis defensas. Me levanté abruptamente, necesitando moverme, poner algo de distancia entre nosotros. Pero Bella también se levantó, cerrando la brecha.

Incapaz de resistir la atracción magnética entre nosotros, la atraje a mis brazos, aplastando mis labios contra los suyos. Ella se derritió en mí, su cuerpo encajando contra el mío como una pieza de rompecabezas perdida. Tropezando hacia el dormitorio, nos arrancamos la ropa mutuamente, dejando un rastro de tela descartada a nuestro paso.

Con una sonrisa traviesa, me empujó sobre la cama, sus palmas presionando firmemente contra mi pecho. A horcajadas sobre mis caderas, se deleitó en su recién descubierto poder. —Mi turno —ronroneó, sus ojos oscuros de lujuria.

—¿Tu turno para qué, chica traviesa? —pregunté, mi voz tensa de deseo.

Inclinándose hacia adelante, dejó sus labios a solo milímetros de los míos. —Para volverte loco —susurró, su aliento caliente contra mi piel.

Mientras las palabras salían de su boca, se dejó caer sobre mi polla palpitante, tragándose cada centímetro de mí. Un gemido gutural escapó de mi garganta al sentir su apretado y húmedo coño envolviéndome. Sus paredes internas pulsaban alrededor de mi eje, y supe lo bien que se sentiría apretando mi polla mientras la hacía correrse.

—Joder, se siente increíble —gruñí, agarrando sus caderas y urgiéndola a moverse.

Podía sentir cada centímetro de su apretado y húmedo coño mientras se deslizaba arriba y abajo de mi eje, sus músculos internos apretando y liberando en un delicioso ritmo. Alcé las manos y agarré sus tetas, apretándolas rudamente mientras ella dejaba escapar un jadeo de placer.

—Más fuerte —gruñí, mi voz ronca de deseo—. Fóllame como la sucia zorra que sé que eres.

Ella obedeció, acelerando el ritmo y frotando su clítoris contra mi pelvis con cada embestida. Podía ver el placer acumulándose en su rostro, sus mejillas sonrojadas y sus labios entreabiertos en un grito silencioso.

—Eso es, nena —la animé, mis manos recorriendo su cuerpo—. Cabálgame hasta que te corras.

Deslicé una mano entre nuestros cuerpos, mis dedos encontrando su clítoris hinchado y frotándolo en círculos apretados. Ella dejó escapar un gemido, sus caderas moviéndose salvajemente mientras perseguía su liberación.

—Oh, joder —jadeó, sus uñas clavándose en mi pecho—. Me voy a correr, me voy a

correr.

Sentí su coño apretarse a mi alrededor mientras caía al abismo, su cuerpo temblando con la fuerza de su orgasmo. Embestí hacia arriba, mi propia liberación construyéndose mientras la veía deshacerse.

Sin darle un momento para recuperarse, nos di la vuelta. Ella gimió, su cuerpo retorciéndose debajo del mío mientras arqueaba la espalda, presionando sus pechos contra mi pecho. —Fóllame duro, Luca —jadeó.

—Te gusta cuando te follo duro, ¿verdad, niña sucia? —gruñí, mis dientes rozando su cuello.

—Sí, oh Dios, sí —gimió, su cuerpo retorciéndose debajo del mío—. Más, por favor, dame más.

Obedecí, golpeando mi polla en su coño húmedo con un gruñido feroz. Ella gritó, sus uñas clavándose en mi espalda mientras encontraba cada embestida con igual fuerza. Nuestros cuerpos se movían juntos en una danza primitiva, el sudor humedeciendo nuestra piel mientras nos perdíamos en la intensidad de nuestro polvo.

Me contuve todo lo que pude, pero cuando ella se apretó a mi alrededor, nuestros cuerpos se estremecieron con la fuerza de nuestros orgasmos. Podía sentir su coño ordeñando mi polla, drenándome hasta la última gota. Fue la liberación más intensa y satisfactoria que jamás había experimentado.

Mientras recuperábamos el aliento, la atraje hacia mí, abrazándola fuertemente mientras nuestros corazones latían juntos. Fue un momento de intimidad pura y cruda, y supe, sin duda alguna, que nunca tendría suficiente de ella.

Después, mientras yacíamos enredados en las sábanas, la realidad comenzó a colarse de nuevo. Bella suspiró, presionando un beso en mi hombro antes de sentarse.

—Tengo que irme —dijo, con claro pesar en su voz—. Si me atrapan aquí, perderé mi trabajo. No podemos arriesgarnos a eso.

Asentí, entendiendo pero odiándolo al mismo tiempo. —Ten cuidado.

Se vistió rápidamente, deteniéndose en la puerta para mirarme. —Recuerda lo que dije, Luca. Eres un buen hombre. No lo olvides.

Con eso, se fue, dejándome solo con pensamientos que no podía silenciar y sentimientos que no podía ignorar.

Capítulo 12

Luca

La casa de seguridad de la Hermandad se alzaba ante mí, un edificio anodino que ocultaba su verdadero propósito. Entré, mis pasos resonando en el tenso silencio. La habitación estaba llena de hombres de mirada dura, con sus ojos fijos en mí mientras entraba. Matteo estaba de pie a la cabeza de la mesa, su rostro una máscara impassible.

Cuadré los hombros y avancé con decisión, sintiendo el peso de su escrutinio. Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve mi expresión neutral. Este era mi momento de demostrar mi valía.

—Caballeros —dije, con voz firme a pesar de los nervios que me revolvían las entrañas—. Tengo la información que necesitamos.

Matteo asintió, indicándome que continuara. Tomé un profundo respiro, centrándome antes de comenzar.

—La seguridad del Pakhan es estricta, pero no impenetrable —expliqué, extendiendo un boceto aproximado de la marina sobre la mesa—. Esta tarde tiene una reunión en su yate y creo que es nuestra mejor oportunidad para eliminarlo.

Señalé el muelle donde estaba amarrado el yate. —Esta es nuestra ventana. El yate está aislado, con máxima presencia de guardias. Es nuestra mejor oportunidad para eliminar a toda la Bratva Serebrov de una vez.

Mientras hablaba, observé el rostro de Matteo en busca de alguna reacción. Sus ojos oscuros estaban concentrados, absorbiendo cada detalle. Asentía ocasionalmente, una leve inclinación de cabeza que me provocaba una oleada de orgullo.

—Los guardias rotan turnos a las 2 de la tarde —continué—. Hay una ventana de 10 minutos en la que la seguridad está en su punto más débil. Si atacamos entonces, podemos estar a bordo antes de que sepan qué los golpeó.

Terminé mi informe, retrocediendo de la mesa. La habitación quedó en silencio, la tensión era palpable mientras todos esperaban la respuesta de Matteo.

—Buen trabajo, Luca —dijo finalmente Matteo, su voz baja y controlada—. Esto es exactamente lo que necesitábamos.

El alivio me inundó, pero mantuve mi rostro neutral. No podía dejarles ver cuánto significaba su aprobación para mí. No cuando estaba caminando una línea tan peligrosa.

Mientras Matteo comenzaba a discutir la estrategia con sus lugartenientes, me retiré al borde de la habitación. Mi mente corría, sopesando las consecuencias de lo que acababa de poner en marcha. Hoy se perderían vidas. Pero si esto me acercaba a mi objetivo, a derribar la Hermandad desde adentro, ¿no valdría la pena?

La voz de Matteo cortó mis pensamientos. —Nos reunimos a la 1:45. Eso nos da tiempo para posicionarnos antes del cambio de guardia. —Se volvió hacia su mano derecha—. Yo lideraré el primer equipo. Alex, tú toma el segundo.

Observé cómo la habitación estallaba en una vorágine de actividad. Los hombres revisaban armas, estudiaban planos y finalizaban sus posiciones. El aire crepitaba con

anticipación y violencia apenas contenida.

Matteo se acercó a mí, sus ojos oscuros taladrando los míos. —Luca —dijo—, vienes con nosotros.

Mi ritmo cardíaco se disparó, pero mantuve mi rostro impassible. —Por supuesto —respondí, asintiendo una vez.

—Esta es tu oportunidad de probarte —continuó Matteo—. No me decepciones.

Entendí la amenaza implícita en sus palabras. Esto no era solo una redada; era una prueba. Mi vida pendía de un hilo tanto como la del Pakhan.

—Sí, jefe —le aseguré, sosteniendo su mirada con firmeza.

Mientras Matteo se alejaba, tomé una profunda respiración, centrándome. Este era el momento. La hora de la verdad. Todo por lo que había trabajado, cada compromiso que había hecho, me había llevado a este punto. No podía permitirme fallar ahora.

Me dirigí a la mesa de armas, seleccionando una pistola y revisando su cargador. Mis manos estaban firmes, mis movimientos precisos. Años de entrenamiento me habían preparado para este momento. Mientras me abrochaba el chaleco antibalas, mi mente divagó hacia Pyotr. Tenía que encontrar una manera de sacarlo con vida. No sería fácil, pero se lo debía.

—Hora de moverse —llamó Matteo.

Salimos de la casa de seguridad y entramos en un convoy de vehículos sin identificación. Me deslicé en el asiento trasero de un SUV negro, Matteo tomando el asiento a mi lado. El motor rugió a la vida y nos alejamos de la acera.

—Escucha con atención —dijo Matteo, su voz cortando la tensión—. Serás parte de la segunda oleada. Tu trabajo es asegurar las cubiertas superiores.

Asentí. —Entendido. ¿Cuál es nuestra estrategia de salida?

Los labios de Matteo se tensaron. —No nos vamos hasta que el trabajo esté hecho.

El peso de sus palabras se asentó en mi pecho. Esta era la peor estrategia de salida de la historia.

—¿Qué hay de los civiles? —pregunté, pensando en Pyotr.

Los ojos de Matteo se entrecerraron. —Sin testigos. Cualquiera en ese yate es un objetivo válido.

Tragué saliva, luchando por mantener mi expresión neutral. —Entendido —dije, volviéndome para mirar por la ventana.

El SUV se detuvo lentamente y me deslicé fuera, con el corazón martilleando contra mis costillas. Me agaché, moviéndome rápidamente hacia mi posición asignada detrás de una pila de cajas cerca del borde de la marina. El aire salado picaba mis fosas nasales mientras escaneaba el área.

Dos guardias patrullaban el muelle, sus armas automáticas brillando a la luz de la luna. El yate se alzaba ante nosotros, un behemot de acero y lujo. Divisé a tres hombres más en cubierta, alerta pero sin sospechar nada.

—Equipo Alfa en posición —susurré a mi comunicador.

La voz de Matteo crepitó en mi oído. —Espera mi señal.

Los segundos se estiraron como horas. Regulé mi respiración, reprimiendo el miedo que amenazaba con nublar mi juicio.

Mis ojos se dirigieron a las sombras, buscando cualquier señal de Pyotr. Si pudiera llegar a él primero, tal vez podría-

—Ejecutar —la orden de Matteo cortó mis pensamientos.

Me lancé hacia adelante, mis pasos silenciosos sobre los tablones de madera. El primer

guardia cayó antes de que pudiera levantar su arma, mi cuchillo encontrando su objetivo con precisión letal. Su compañero se giró, con los ojos abiertos, pero era demasiado tarde. Mi pistola silenciada tosió dos veces, y él se desplomó.

Irrumpimos en el perímetro del yate con sorprendente facilidad. Mi información había sido buena, mejor que buena. A medida que avanzábamos más profundamente en territorio enemigo, una mezcla de orgullo e inquietud se revolvía en mis entrañas.

La relativa calma de nuestro asalto inicial se hizo añicos al penetrar más profundamente en el yate. El tiroteo estalló, los agudos chasquidos haciendo eco en las superficies elegantes. Me agaché detrás de un bar, las balas astillando la madera pulida sobre mi cabeza.

—¡Luca, lado de estribor! —la voz de Matteo cortó el caos.

Rodé hacia mi derecha, incorporándome en cuclillas. Dos ejecutores de la Bratva cargaban por el estrecho pasillo. El tiempo se ralentizó. Apreté el gatillo dos veces, luego dos veces más. Ambos hombres cayeron.

Mis ojos escaneaban constantemente, buscando a Pyotr en medio del caos. ¿Dónde estaba? Tenía que encontrarlo antes de que-

Una ráfaga de disparos me obligó a tumbarme contra la cubierta. Me arrastré hacia adelante, usando los cuerpos de los caídos como cobertura. El olor metálico de la sangre llenaba mis fosas nasales, amenazando con abrumarme.

—Pakhan avistado —avisé, captando un vistazo del señor del crimen a través de una ventana destrozada—. Cubierta superior, lado de babor. Guardia pesada.

La respuesta de Matteo fue inmediata. —Todas las unidades, converjan. Luca, conmigo.

Corrí tras Matteo, con el corazón latiendo con fuerza. Mientras ascendíamos a la cubierta superior, vi al Pakhan, rodeado por un muro de músculos y armas. Este era el momento. El momento que definiría todo.

Matteo hizo una señal y cargamos hacia adelante. El mundo se redujo a una serie de objetivos, amenazas y decisiones tomadas en fracciones de segundo. Disparé, recargué y volví a disparar, atravesando las defensas del Pakhan con eficiencia despiadada.

Mientras me abría paso entre los hombres del Pakhan, un destello de movimiento captó mi atención. Pyotr. Estaba escondido detrás de unas cajas y en cualquier momento alguien más lo vería. Se me revolvió el estómago. No podía dejarlo morir aquí. No cuando lo necesitaba vivo.

Me abrí paso entre dos guardias más de la Bratva, con los ojos fijos en Pyotr. Él me vio, su rostro una mezcla de reconocimiento y miedo. Levanté la mano, con la palma extendida, y sacudí la cabeza hacia un lado. Sígueme.

Pyotr dudó, claramente dividido entre la amenaza de la Hermandad y el peligro desconocido que yo representaba. No tenía tiempo para esto. Agarré su brazo y lo jalé hacia mí.

—Muévete —siseé, empujándolo delante de mí hacia un estrecho pasillo de servicio.

Corrimos a través del interior laberíntico del yate, los sonidos de la batalla haciéndose más distantes. Mi mente trabajaba a toda velocidad, trazando rutas de escape y posibles amenazas.

—¿Por qué estás...? —comenzó Pyotr.

Lo interrumpí. —Cállate y sigue moviéndote.

Doblamos una esquina, casi chocando con dos miembros de la Hermandad. Reaccioné por instinto, estrellando a Pyotr contra la pared y presionando mi antebrazo contra su garganta.

—Revisando las cubiertas inferiores —ladré a mis compañeros—. Vayan arriba. Los necesitan allí.

Asintieron y pasaron corriendo junto a nosotros. Solté a Pyotr, con el corazón

martilleando. Eso estuvo demasiado cerca.

—Me estás ayudando —dijo Pyotr, su voz baja y cautelosa—. ¿Por qué?

Lo miré con furia. —¿Quieres discutir esto ahora? Sigue moviéndote o te pondré una bala yo mismo.

Finalmente llegamos a un área aislada bajo cubierta, los sonidos distantes de disparos amortiguados por capas de acero. Empujé a Pyotr hacia una pequeña escotilla.

—Sal. Ahora —ordené, con voz baja y urgente.

Los ojos de Pyotr se movieron entre mí y la ruta de escape, la confusión grabada en su rostro. —No entiendo. Eres uno de ellos, pero estás...

—No hay tiempo —lo interrumpí, escaneando el pasillo detrás de nosotros—. Necesitas irte inmediatamente.

Pyotr dudó por un momento, luego asintió. —Gracias —dijo suavemente, con genuina gratitud en sus ojos.

Observé cómo se apretujaba por la escotilla y caía al agua abajo. El alivio me inundó. Había salvado al informante de Bella.

Dándome la vuelta, corrí de regreso hacia la cubierta principal. Mi mente trabajaba a toda velocidad, construyendo una excusa plausible para mi ausencia. Mientras emergía de abajo, divisé a Matteo coordinando nuestras fuerzas.

—¡Luca! —ladró—. ¿Dónde demonios has estado?

Me acerqué a él, manteniendo mi expresión neutral. —Asegurando el resto del yate —informé con calma—. No necesitamos que nadie nos sorprenda por detrás.

Los ojos de Matteo se entrecerraron, pero asintió bruscamente. —Buen pensamiento. Ahora vuelve a la pelea. Estamos cerca de acorralar al Pakhan.

Mientras Matteo se alejaba, sentí una oleada de alivio. Se lo había creído. Me permití un breve momento para estabilizar mi respiración antes de sumergirme de nuevo en el caos de la redada.

El olor acre de la pólvora llenaba el aire mientras asaltábamos los aposentos privados del Pakhan. Los cuerpos cubrían la cubierta, un sombrío testimonio de la eficiencia de la Hermandad. Agarré mi arma con fuerza, mis sentidos en máxima alerta mientras derribábamos la última puerta.

Una ráfaga de disparos brotó del arma de Matteo. Cuando el humo se disipó, vi al Pakhan desplomado sobre su escritorio, un charco de sangre formándose debajo de él. Matteo se erguía sobre el cuerpo, su rostro una máscara de fría satisfacción.

—Está hecho —anunció—. Recoged todo lo que tenga valor y preparaos para retirarnos.

Me moví rápidamente, rebuscando en cajones y armarios. Mis manos temblaban ligeramente mientras metía documentos y discos duros en una bolsa. Las implicaciones de lo que acabábamos de hacer me golpearon como un puñetazo en el estómago. Habíamos decapitado a toda la Bratva de un solo golpe rápido.

Mientras nos dirigíamos de vuelta a la cubierta principal, escuché un gemido cercano. Uno de nuestros hombres yacía desplomado contra un mamparo, agarrándose un brazo ensangrentado.

—Luca, ayúdame con él —ordenó Matteo.

Asentí, pasando el brazo sano del hombre herido por encima de mi hombro. Mientras lo llevábamos medio cargando, medio arrastrando fuera del yate, mi mente no paraba de dar vueltas. ¿Qué significaría esto para el equilibrio de poder en el bajo mundo? ¿Habría alguna forma en que mi hermano Marco pudiera usar esto a nuestro favor?

El viaje de vuelta al piso franco estuvo lleno de hombres alardeando sobre su valentía. Yo seguía repasando la redada en mi cabeza, analizando cada movimiento, cada decisión. ¿Habría hecho lo suficiente para probar mi valía? ¿Sospecharía Matteo algo sobre la fuga de Pyotr?

Cuando entramos en el piso franco, Matteo nos llamó a todos. Sus ojos oscuros recorrieron la habitación, encontrándose con las miradas de cada uno de nosotros.

—Hermanos —comenzó, con voz baja e intensa—. Hoy hemos asestado un golpe que resonará en el bajo mundo durante años. El Pakhan está muerto, su organización aniquilada. Esta victoria nos pertenece a todos.

Un grito de aprobación recorrió el grupo. Yo permanecí en silencio, con el rostro cuidadosamente neutral.

Matteo continuó:

—Quiero felicitar especialmente a Luca por su valiosa información. Sin su trabajo, esta operación no habría sido posible.

Todas las miradas se volvieron hacia mí. Asentí, reconociendo el elogio mientras mantenía una expresión estoica.

Mientras continuaba la sesión informativa, me encontré con la mente divagando. Había demostrado mi valía a la Hermandad, y ahora era el momento de derribarlos.

Aparté las dudas. Este era el camino que había elegido, la única forma de proteger a mi familia.

Cuando la sesión informativa terminó, Matteo se acercó a mí. Su expresión era indescifrable, pero había un destello de aprobación en sus ojos.

—Luca —dijo en voz baja—. Una palabra en privado.

Lo seguí a un rincón apartado del piso franco, con el corazón acelerándose ligeramente. ¿Habría notado algo durante la redada?

—Tu desempeño hoy fue excepcional —dijo Matteo, su mirada clavada en la mía—. He decidido ascenderte de rango.

Mantuve mi rostro neutral, pero por dentro, una oleada de satisfacción me recorrió.

—Gracias, Matteo. Es un honor.

Asintió y luego se inclinó más cerca.

—El lunes trabajarás con lo que llamamos "carga viva". Vuelve aquí y te enterarás de más.

Fruncí el ceño, fingiendo ignorancia.

—¿Carga viva?

Los labios de Matteo se curvaron en una fina sonrisa.

—Todo a su debido tiempo, Luca. Por ahora, ve a casa y descansa. Te lo has ganado.

Mientras salía del piso franco, mi mente no paraba de dar vueltas. Carga viva: su término para el tráfico de personas. Me estaba acercando a mi objetivo, pero el peso de lo que eso implicaba se asentó pesadamente sobre mis hombros.

Capítulo 13

Bella

Golpeaba el bolígrafo contra el escritorio, con los ojos fijos en la línea segura. Era arriesgado, rayando en la locura, pero no podía quitarme de la cabeza la mirada atormentada en los ojos de Luca durante nuestro último encuentro. Lo necesitaba.

El teléfono vibró. Lo agarré de inmediato, con el corazón acelerado.

—Está listo —dijo la voz áspera al otro lado—. Tienes una ventana de 48 horas. Después de eso, no hay garantías.

—Entendido —respondí, manteniendo un tono neutral a pesar de la oleada de adrenalina—. El paquete será devuelto según lo programado.

Mientras cogía mi abrigo, capté mi reflejo en el espejo. La agente me devolvió la mirada, toda profesional. Pero debajo de eso, vi el destello de algo más: anticipación, teñida de miedo. Estaba cruzando una línea y no habría vuelta atrás.

El viaje a la casa de seguridad fue tenso. Ensayé mi historia de encubierta, recordándome que esto era por la salud mental de Luca, por su capacidad para continuar la misión. Nada más. No estaba buscando una excusa para conocer a su familia.

Lo encontré caminando de un lado a otro en la sala de estar, la tensión irradiando de él en oleadas.

—Luca —dije, con voz firme—. Es hora.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, una mezcla de anhelo y cautela. —¿Estás segura de esto?

Asentí, señalando el maletín. —Todo está listo. Como tu manejadora, necesitaré estar cerca durante toda la operación. —La mentira me supo amarga, pero seguí adelante—. ¿Estás listo?

La mandíbula de Luca se tensó y luego se relajó. Agarró una pequeña bolsa y se dirigió hacia la puerta. —Vamos —dijo, con voz baja e intensa—. Llévame a casa.

Condujimos hasta la mansión en la parte trasera de una furgoneta de fontanero y no podríamos salir hasta que estuviéramos en su garaje. A medida que nos acercábamos a la mansión, sentí a Luca tensarse a mi lado. Su mano rozó la mía, un toque fugaz que envió electricidad por todo mi cuerpo.

La puerta del garaje se alzó y luego se cerró. Solo entonces Tanaka abrió la parte trasera de la furgoneta para que pudiéramos salir. —Volveré el domingo por la noche a las siete. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto? No me gusta que estés ahí dentro sola y desarmada.

—Estaré bien. Lo prometo —dije antes de que Luca pudiera molestarse de nuevo por las preocupaciones muy razonables de mi compañero.

La puerta de la casa se abrió de golpe, revelando un cuadro de rostros tensos. Examiné al grupo, mi entrenamiento activándose mientras evaluaba las posibles amenazas. Entonces una mujer mayor dio un paso adelante, sus movimientos gráciles y deliberados.

Los ojos de Maria Vitale se fijaron en los míos, cálidos pero penetrantes. —Bienvenida —dijo, con voz rica y suave—. Tú debes ser Bella. Soy Maria, la madre de Luca.

Extendí mi mano, sorprendida por la fuerza de su agarre. —Es un placer conocerla, señora Vitale.

—Por favor, llámame Maria. —Se volvió, haciendo un gesto hacia los demás—. Déjame presentarte a nuestra familia.

Mientras Maria me guiaba a través de las presentaciones, sentí el peso de su escrutinio. Pero la presencia tranquila de Maria parecía difuminar la tensión, sus palabras cuidadosamente elegidas para poner a todos a gusto. Sentí una punzada de culpabilidad cuando me presentaron a Elena. Arruinar su fiesta de compromiso era la mejor manera de llegar a Luca, pero ella no podía estar contenta conmigo por eso.

Admiré la compostura de Maria. Esta era una mujer acostumbrada a navegar aguas traicioneras, me di cuenta. Sus ojos no se perdían nada, moviéndose entre Luca y yo con agudo interés.

—¿Pasamos a la sala de estar? —sugirió Maria—. Me gustaría escuchar qué ha estado haciendo Luca últimamente.

—Todavía no, mamá —dijo Giovanni. Él era el abogado de la familia y sabía que quería leer el acuerdo de inmunidad de 48 horas que había redactado para la familia Vitale.

Le entregué la carpeta con los documentos firmados. Los leyó rápidamente. —Esto parece estar bien. Entren y firmaré en nombre de la familia, prometiendo mantenerla a salvo mientras esté aquí.

No creía que necesitara la promesa de la familia para mantenerme a salvo, no en su propia casa y ciertamente no cuando Luca estaba conmigo, pero Tanaka había insistido.

Giovanni firmó los documentos, guardó sus copias y me devolvió las mías. Una vez hecho esto, mis hombros se relajaron y me di cuenta de que algo en la cocina olía delicioso.

—Huele maravilloso aquí —dije.

—Ternera al limón para la cena. Pensé que comeríamos en aproximadamente una hora —dijo Maria.

Los hermanos de Luca se amontonaron a su alrededor y lo abrazaron. —Me alegro de ver que estás a salvo —dijo Antonio.

—¿Por qué no pasamos a la sala de estar? —sugirió Maria de nuevo.

Mientras nos acomodábamos en lujosos sillones y sofás, noté que Luca rondaba cerca, su postura rígida.

—Luca, siéntate. Estás en casa ahora y puedes relajarte. Nada sucederá mientras estés aquí —dijo Marco.

—¿Puedes hablar sobre la operación? —preguntó Marco—. ¿Y algo que hayas aprendido sobre los corsos?

Luca se sentó en el brazo de mi sillón y me miró. Negué con la cabeza. —Aún no. Pero puedes contarles sobre los Serebrov.

—¿Eso fuiste tú? —preguntó Giovanni—. Un día eran jugadores emergentes y al siguiente habían desaparecido.

—Abordamos el yate de Sergei en plena tarde —dijo Luca, su voz profunda llenando la habitación—. Los corsos son una organización disciplinada y no me sorprende que nadie haya podido derribarlos aún.

Observé su rostro mientras hablaba, notando la intensidad en sus ojos oscuros. Quería extender la mano y apretar su brazo, pero no lo hice. No estaba segura si quería que su familia

supiera sobre nosotros.

Mientras escuchaba, sentí una extraña sensación de orgullo hinchándose en mi pecho. Estaba mal, sabía que estaba mal, pero no podía negar la habilidad y estrategia detrás de las acciones de Luca.

—La hermandad perdió más hombres de lo previsto, así que he ascendido en las filas. Matteo Ricci, el Número Dos en la operación, dijo que me hará trabajar con carga viva.

—¿Carga viva? —preguntó Maria.

—Tráfico de personas —dijo Luca suavemente.

El rostro de Maria palideció. —Ahora entiendo por qué nadie quería decirme qué te obligó a trabajar con los federales. Los corsos... sabía que algunas organizaciones hacían eso, pero no aquí en Nueva York.

Luca se acercó a su madre y se arrodilló frente a ella. —Es horrible, mamá, y voy a ponerle fin.

Mientras Maria apretaba su mano, vi a Elena a través de la ventana, sentada sola en el jardín. Una punzada de culpa me atravesó.

—Disculpen —dije, poniéndome de pie—. Hay algo que necesito hacer.

Me dirigí afuera, el aire fresco fue un alivio bienvenido contra mi piel acalorada. Elena estaba sentada en un banco de piedra, su cabello castaño rojizo brillando bajo el sol del atardecer. Cuando me acerqué, levantó la mirada, sus ojos azules precavidos.

—Elena —dije suavemente—, ¿puedo acompañarte?

Elena asintió, su postura rígida mientras me sentaba a su lado en el banco. Tomé una respiración profunda, preparándome para la conversación que se avecinaba.

—Te debo una disculpa —comencé, encontrando su mirada—. La interrupción en tu fiesta de compromiso fue imperdonable, y realmente lamento el dolor que te causó.

La mandíbula de Elena se tensó, pero permaneció en silencio, esperando que continuara.

—Quiero que entiendas la urgencia de nuestra operación esa noche —expliqué, con voz baja y sincera—. Teníamos información sobre una red importante de tráfico, y el tiempo era crucial. Había vidas en juego.

Hice una pausa, recordando el peso de esa decisión. —Luché con ello, Elena. Sabiendo que arruinaría tu día especial. Pero al final, no pude ignorar la posibilidad de salvar a mujeres inocentes de un destino terrible.

La expresión de Elena se suavizó ligeramente, su ceño frunciéndose mientras procesaba mis palabras.

—Estaba furiosa —admitió—. Sentí como si todo mi mundo se hubiera puesto de cabeza en un instante.

Asentí, comprendiendo su dolor. —No puedo imaginar cómo debió sentirse eso.

Elena permaneció en silencio por un momento, su mirada distante. Cuando habló de nuevo, su voz estaba llena de una intensidad tranquila. —Pero cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta... si significaba evitar que incluso una mujer fuera traficada, ¿cómo podía seguir enojada? Por eso se me ocurrió el plan de que Luca fingiera amarme.

Mi pecho se apretó con una oleada de respeto hacia ella. —Eso es increíblemente valiente de tu parte, Elena.

Ella se volvió para mirarme, sus ojos azules brillando con lágrimas contenidas. —Tengo primas, amigas... la idea de que alguna de ellas sea víctima de algo así... me aterroriza.

Extendí la mano, dudando un momento antes de colocarla suavemente sobre la suya. —Es por eso que hacemos lo que hacemos. Para crear un mundo más seguro para todos.

Elena asintió, una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca. —Quiero ayudar —dijo con firmeza—. Si hay algo que pueda hacer, cualquier información que pueda proporcionar... quiero marcar la diferencia.

Mientras nos sentábamos allí en el jardín, un nuevo entendimiento floreciendo entre nosotras, me di cuenta de que a veces, incluso en los rincones más oscuros de este mundo, alianzas inesperadas podían traer esperanza para un futuro más brillante.

Elena se colocó un mechón de cabello castaño rojizo detrás de la oreja, su mirada volviéndose introspectiva. —No ha sido fácil, ¿sabes? Ser parte de esta familia, tratar de forjar mi propio camino.

Me incliné, intrigada. —¿Cómo es eso?

Suspiró, sus dedos trazando patrones en el banco. —No nací en una familia como esta. Mi familia siempre tuvo cuidado de mantenerse del lado correcto de la ley. Pero a veces la ley no nos protege tan bien como debería.

—No, no lo hace —admití.

Mientras continuábamos hablando, me encontré abriéndome sobre mis propias luchas en la aplicación de la ley, teniendo cuidado de mantener fuera los detalles sensibles. Elena escuchó atentamente, su empatía evidente en su expresión.

Cuando finalmente nos separamos, había un sentido de respeto mutuo y entendimiento entre nosotras. La observé caminar de vuelta hacia la casa, sintiendo una nueva apreciación por las complejidades de la familia Vitale.

El rico aroma a limón y hierbas llenaba el aire mientras Maria llamaba a todos a cenar. Seguí a la familia al comedor, donde una gran mesa estaba puesta con una variedad de platos apetitosos.

—Bella, siéntate aquí —dijo Maria, dando unas palmaditas en la silla junto a Luca. Tomé asiento, sintiendo una mezcla de nerviosismo y emoción.

Mientras pasábamos los platos, la conversación fluía libremente. Historias y risas llenaban la habitación, creando una calidez que no había experimentado en años.

—¿Recuerdan cuando Luca intentó escaparse para ir a ese concierto? —dijo Giovanni, sonriendo con picardía.

Luca gimió. —Pensé que habíamos acordado nunca volver a hablar de eso.

Me volví hacia él, intrigada. —¿Qué pasó?

—Se quedó atascado en la ventana —intervino Maria, con los ojos brillantes—. Lo encontramos colgando ahí, gritando pidiendo ayuda.

La mesa estalló en carcajadas, y no pude evitar unirme. La cara de Luca se enrojeció, pero sonrió de buen humor.

Mientras miraba alrededor de la mesa, me sorprendió el afecto genuino entre los miembros de la familia. Era un lado de los Vitale que nunca esperé ver.

—Esto está delicioso, Maria —dije, saboreando un bocado de ternera.

Ella me sonrió radiante. —Es una vieja receta familiar. Te la enseñaré algún día.

La implicación de sus palabras no pasó desapercibida para mí. Sentí una punzada en el pecho, conociendo la complicada realidad de mi situación.

Mientras la comida llegaba a su fin, Luca se inclinó cerca. —¿Quieres tomar un poco de aire? —susurró.

Asentí, con el corazón acelerado. Nos pusimos de pie, intentando parecer casuales.

—Solo vamos a salir un momento —anunció Luca.

Maria arqueó una ceja pero asintió. —No os alejéis demasiado.

Nos abrimos paso por la casa, con pasos ligeros sobre los suelos pulidos. La emoción de escabullirnos me provocó un escalofrío en la espalda.

—Por aquí —murmuró Luca, guiándome hacia una puerta lateral.

Nos deslizamos hacia el fresco aire nocturno, los sonidos de la cena familiar desvaneciéndose detrás de nosotros. Luca tomó mi mano, guiándome a través del sombrío jardín.

—Conozco un lugar donde no nos molestarán —dijo suavemente.

Mientras nos adentrábamos en el jardín, no podía sacudirme la sensación de que estaba cruzando una línea. Pero con la cálida mano de Luca en la mía, me resultaba difícil preocuparme.

Encontramos un rincón apartado detrás de un gran seto. Luca me atrajo hacia sí, sus fuertes brazos rodeando mi cintura. Levanté la cabeza, encontrándome con su intensa mirada.

—Bella —suspiró, inclinándose.

Nuestros labios se encontraron en un beso apasionado. Me perdí en el momento, olvidando todo excepto la sensación de Luca contra mí.

De repente, una rama se quebró cerca. Nos separamos sobresaltados.

Giovanni apareció, con las cejas levantadas. —Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Sentí que mis mejillas ardían. Luca se tensó a mi lado.

Giovanni puso los ojos en blanco. —¿Podéis ser más cliché? ¿Escabulliándoos para besuquearos en el jardín? Qué encantador.

Luca se rió, su tensión disminuyendo. —Cállate, Giovanni.

Yo también me reí, al darme cuenta de lo absurdo de la situación.

Giovanni sonrió con suficiencia. —No os preocupéis por mí. Continúa con vuestro acto de Romeo y Julieta. —Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo—. Solo recuerda, hermano mayor, que mamá te matará si estropeas sus rosas.

Mientras Giovanni se alejaba con paso arrogante, Luca y yo nos miramos y estallamos en carcajadas.

—No puedo creer que nos hayan pillado como adolescentes —dije, sacudiendo la cabeza.

La expresión de Luca se suavizó. Acarició mi mejilla. —Hoy ha sido increíble, Bella. Verte con mi familia...

Me incliné hacia su caricia. —Han sido tan acogedores. Nunca lo esperé.

—Ahora eres parte de mi vida —dijo Luca seriamente—. Una parte importante.

Sus palabras hicieron que mi corazón se hinchara. Lo abracé, enterrando mi rostro en su pecho.

—Gracias por traerme aquí —susurré.

Nos quedamos allí, abrazados en el silencioso jardín. Por un momento, me permití olvidar los peligros que nos esperaban fuera de esta burbuja.

El sol se hundía bajo el horizonte mientras Luca y yo empacábamos nuestras maletas. Doblé mi ropa metódicamente, con la mente acelerada. Este fin de semana había cambiado mi punto de vista sobre muchas cosas.

Cerré la cremallera de mi bolsa y me senté en el borde de la cama. —Tenemos que irnos pronto.

Luca asintió, con la mandíbula tensa. —Lo sé.

Lo observé moverse por la habitación, su poderosa figura tensa. El calor que había sentido de su familia me carcomía. No se suponía que fueran tan... humanos.

Mi pecho se apretó. Me levanté y me acerqué a él. —Deberíamos bajar. Tu madre querrá despedirse.

En el vestíbulo, Maria esperaba. Su elegante postura contrastaba con la tristeza en sus

ojos.

—Bella —dijo, tomando mis manos—. Espero que esta no sea la última vez que te veamos.

Tragué con dificultad. —Me gustaría eso, Maria.

Apretó mis dedos. —Cuida de mi hijo. Y de ti misma.

—Lo haré —prometí, diciéndolo más en serio que nunca.

Maria me atrajo hacia un abrazo. —Eres buena para él —susurró.

Mientras nos separábamos, parpadeé para contener las lágrimas. —Gracias por todo.

Luca abrazó a su madre a continuación. Los observé, mi determinación fortaleciéndose. Tenía un trabajo que hacer, pero ahora significaba más que nunca.

Capítulo 14

Luca

Entré en el cuartel general de la Hermandad Corsa con todos mis sentidos en alerta. El aire crepitaba de tensión, y la charla habitual había sido reemplazada por susurros apagados. Los ojos de Matteo se clavaron en los míos cuando me acerqué, su rostro era una máscara de determinación sombría.

—Luca —me saludó—, justo a tiempo.

Asentí, manteniendo mi expresión neutral. —¿Qué está pasando?

Matteo miró alrededor antes de inclinarse más cerca. —Tenemos un cargamento entrante. Mercancía viva.

Mi estómago se retorció violentamente, peroforcé mi rostro a permanecer impasible. —¿Cuándo?

—Esta noche —respondió Matteo—. Sígueme. Necesitamos hablar en privado.

Mientras caminábamos hacia su oficina, mi mente corría. Mercancía viva. Sabía exactamente lo que eso significaba, y el pensamiento me hizo sentir bilis en la garganta. La tragué, recordándome mi tapadera. No podía estropearlo ahora.

Matteo cerró la puerta detrás de nosotros y se volvió para mirarme. —Este cargamento es crucial, Luca. No podemos permitirnos errores.

Crucé los brazos, apoyándome contra la pared. —Dame los detalles.

—Veinte mujeres, todas del medio oeste —dijo Matteo, con un tono profesional—. Llegarán a los muelles a medianoche. Nuestro trabajo es prepararlas para sus nuevas vidas fuera del país.

Asentí, luchando por mantener mi repulsión bajo control. —¿Qué hacemos exactamente? Los Vitale nunca tuvieron mercancía viva antes.

Los ojos de Matteo se endurecieron. —Las ablandamos, los hombres tienen la oportunidad de probar a cualquiera de ellas que quieran. Es nuestro trabajo hacerles entender que sus vidas ya no les pertenecen. Realizamos una subasta en línea y luego las enviamos a sus nuevos dueños. Esta mercancía vale millones, Luca. Nos va a poner en la cima.

Me sentía enfermo, pero sabía que tenía que seguir el juego. —Entendido. ¿Qué necesitas de mí?

—Estás en el equipo que recibe el cargamento y las transfiere al almacén.

Asentí, mi mente ya trabajando en cómo reunir información sin levantar sospechas. —¿Cuándo salimos?

—A las once en punto —dijo Matteo—. Nos encontramos en el almacén. Y Luca —añadió, entrecerrando los ojos—, no necesito recordarte lo importante que es esto.

—No hace falta —le aseguré, sosteniendo su mirada con firmeza.

Al salir de la oficina de Matteo, mis pensamientos se dirigieron a Bella. Tenía que encontrar una manera de contactarla, de pasarle esta información. Pero primero, necesitaba concentrarme en la tarea que tenía entre manos.

A las once, llegué al almacén. El equipo ya estaba allí, preparándose. Sentí sus ojos sobre mí cuando me acerqué, una mezcla de respeto y cautela en sus miradas.

—Luca —me saludó Carlo, con tono cauteloso—. He oído que estás al mando en esta.

Asentí, manteniendo mi expresión neutral. —Órdenes de Matteo. Pero nunca he hecho esto antes. Supongo que un camión llega y nosotros llevamos a las mujeres del camión al almacén, ¿no?

Carlo asintió. —Sí. Es fácil ya que no las alimentamos en el camión. Están demasiado débiles para luchar.

—¿Las alimentamos esta noche? —pregunté.

—Una vez que hayamos terminado con ellas, reciben agua y galletas. Ayuda a hacerles saber que el buen comportamiento es recompensado.

Mientras revisábamos la operación, escuché atentamente, captando detalles que podría usar más tarde. Los hombres eran profesionales, pero podía sentir una corriente subyacente de tensión. Sabían lo que estaba en juego.

A las 11:45, Matteo llegó en un SUV negro. —¿Listos para partir? —preguntó.

Los otros hombres aullaron cuando un camión se detuvo frente al almacén. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, una mezcla de pavor y resolución. Sabía que tenía que ver esto hasta el final, tenía que reunir suficientes pruebas para derribar toda esta operación. Pero el pensamiento de lo que estaba a punto de suceder me enfermaba.

Me mantuve cerca de Carlo, observando cada uno de sus movimientos. Su rostro era una máscara de fría profesionalidad mientras se acercaba al lado del conductor.

—¿Carga segura? —preguntó Matteo con brusquedad.

El conductor asintió. —Todas contabilizadas.

Mi estómago se contrajo cuando Matteo dio la señal para que se abrieran las puertas traseras. El pesado metal crujió, revelando el interior del camión. La visión me golpeó como un golpe físico.

Jaulas. Filas de ellas, llenas de mujeres. Sus ojos estaban abiertos de terror, sus cuerpos delgados y frágiles. El hedor del miedo y la desesperación llenaba el aire.

Forcé mi rostro a permanecer impassible, incluso cuando la rabia y el horror amenazaban con abrumarme. —¿Cuántas? —le pregunté a Matteo, manteniendo mi voz firme.

—Treinta y seis —respondió, con un tono indiferente—. Mercancía de primera.

Asentí, tragando bilis. —¿Dónde las quieres?

Los ojos de Matteo brillaron con aprobación ante mi aparente compostura. —Empiecen a descargar. Necesitamos despejar rápido.

Mientras me movía para ayudar, mi mente corría. Memorice rostros, conté jaulas, noté cualquier característica distintiva del camión y del conductor. Cada detalle podría ser crucial más tarde.

—¡Muévanse! —ladró Matteo al equipo—. Tenemos un horario que cumplir.

Abrí una jaula, sacando a una mujer aterrorizada. Nuestros ojos se encontraron brevemente, y vi un destello de esperanza desesperada. Me tomó cada onza de fuerza de voluntad no reaccionar, mantener mi tapadera.

Mientras trabajábamos, juré silenciosamente derribar toda esta operación. Sin importar lo que costara, vería a estas mujeres liberadas y a Matteo tras las rejas.

Transferimos a las mujeres a diferentes jaulas en el almacén. Hice contacto visual con tantas de las cautivas como pude. Intenté transmitir fuerza, una promesa silenciosa de ayuda. Su desesperación era palpable, y una ira protectora surgió a través de mí.

—Cuidado con la mercancía —espetó Matteo a uno de los hombres que abofeteó a una mujer que intentó escapar.

Apreté la mandíbula, luchando por mantener mi expresión neutral. Estos no eran objetos para ser manejados, eran seres humanos. Mujeres con vidas, familias, sueños. Y ahora estaban atrapadas en esta pesadilla.

Una vez dentro, Matteo se dirigió al grupo. Su voz era fría, clínica. —Escuchen bien. Sus vidas han cambiado. La única forma de mantenerse con vida es cumplir. Hagan todo lo que se les diga, cuando se les diga. Sin excepciones.

Las mujeres se acurrucaron juntas, el miedo irradiando de ellas en oleadas. No deseaba nada más que intervenir, detener esta locura. Pero sabía que tenía que esperar mi momento, reunir más información.

Los labios de Matteo se curvaron en una sonrisa cruel. —Empezaremos simple. Desvístanse. Ahora.

Un coro de risas estalló entre los hombres a mi alrededor. Mi estómago se revolvió al darme cuenta de lo que venía a continuación. Mantuve mi rostro impassible, pero por dentro, mi determinación se endureció. Derribaría a estos monstruos, sin importar el costo.

Salí afuera, desesperado por aire fresco. La fresca brisa nocturna hizo poco para calmar la tormenta que rugía dentro de mí. Me apoyé contra la pared del almacén, pasándome una mano por el pelo.

—¿Te estás ablandando, Vitale? —la voz de Matteo me irritó los nervios mientras se acercaba.

Me enderecé, encontrando su mirada. —Solo necesitaba algo de aire.

Sonrió con suficiencia, haciendo girar una moneda entre sus dedos. —Bueno, no tardes mucho. Tienes la primera elección de la mercancía.

Mi mandíbula se tensó. —Paso.

Los ojos de Matteo se estrecharon. —¿Qué pasa? ¿No se te levanta? —Se rio, cruel y burlón—. ¿O tienes miedo de un poco de coño?

Mi puño se apretó a mi costado. No deseaba nada más que borrar esa mirada petulante de su cara. Pero no podía revelar mi tapadera. No ahora.

Me forcé a reír. —Prefiero a mis mujeres dispuestas. Es menos probable que me despierte con un cuchillo en la espalda.

Matteo se burló. —Tu pérdida. —Se volvió hacia el almacén—. Más para el resto de nosotros.

Lo vi marcharse, con asco e ira revolviendo mis entrañas. Tomé una respiración profunda, preparándome para lo que tenía que hacer a continuación. Tenía que volver allí, tenía que seguir interpretando este papel. Por la misión. Por esas mujeres.

Al volver a entrar en el almacén, el hedor del miedo y la desesperación me golpeó como un golpe físico. Los hombres estaban terminando, subiendo cremalleras e intercambiando bromas groseras. Las mujeres se acurrucaban en las esquinas, rotas y asustadas.

Me moví por el espacio, con los oídos abiertos a cualquier información útil. Fragmentos de conversación me llegaron:

—El próximo cargamento es en dos días.

—El jefe quiere que nos expandamos. Se están abriendo nuevas rutas.

—He oído que viene una gran subasta. Solo para peces gordos.

Archivé cada detalle, construyendo un mapa mental de su operación. Mi resolución se endureció con cada momento que pasaba. Desmantelaría toda esta red, pieza por sangrienta

pieza.

La voz de Matteo cortó a través del almacén, aguda y autoritaria. —Bien, es suficiente por esta noche. Todos vayan a casa y descansen. Tenemos un gran día por delante.

Los hombres comenzaron a dispersarse, su charla emocionada sobre la próxima subasta me hacía sentir escalofríos. Matteo se acercó a mí, con los ojos entrecerrados.

—¿Seguro que no quieres participar en esto, Luca? Es una oportunidad para realmente probarte ante la Hermandad.

Encontré su mirada, sin pestañear. —Aprecio la oferta, pero tengo mis propios métodos. Ya lo sabes.

Matteo me estudió por un momento, luego asintió. —Está bien. Solo estate listo en dos días. Esta subasta será la más grande hasta ahora.

Mientras salía del almacén, mi mente corría. Dos días. Tenía dos días para averiguar cómo detener esto sin revelar mi tapadera. El peso de mi misión me presionaba, más pesado que nunca.

El viaje de regreso al ático fue borroso. Apenas registré las calles de la ciudad pasando, mi mente aún atrapada en ese almacén con esas mujeres aterrorizadas. Tan pronto como llegué a mi ático, cerré la puerta con llave detrás de mí y me apoyé contra ella, exhausto.

Necesitaba un momento para recomponerme antes de contactar a Bella. Mis manos temblaban mientras me servía un vaso de whisky, bebiéndolo de un trago. El ardor en mi garganta era una distracción bienvenida de las imágenes grabadas en mi cerebro. Me bebí otro vaso antes de poder hacer la llamada.

Tomando una respiración profunda, saqué el teléfono seguro y marqué el número de Bella. Ella contestó al primer timbre.

—¿Luca? ¿Estás bien? —Su voz estaba tensa de preocupación.

—Estoy bien —mentí, pasándome una mano por el pelo—. Pero lo que vi esta noche... Bella, no tenía idea.

Relaté los eventos de la noche, mi voz baja y controlada a pesar de la rabia que hervía bajo la superficie. Describí las condiciones de las mujeres, la crueldad casual de los hombres, la intrincada red de compradores y vendedores.

Bella escuchó en silencio, solo hablando cuando terminé. —Esos bastardos —siseó—. Los derribaremos, Luca. Hasta el último de ellos.

Su determinación me estabilizó, recordándome por qué estaba haciendo esto. —Hay una subasta en dos días. Es grande, Bella. Necesitamos movernos rápido.

—Lo haremos —me aseguró—. Nos has dado información invaluable. Comenzaremos a planear inmediatamente. —Hubo una pausa antes de que preguntara—: ¿Quieres que vaya? Suenas conmocionado.

Cerré los ojos, tentado por la oferta. Pero la ira que corría por mí era demasiado cruda, demasiado peligrosa. —No —dije firmemente—. Necesito estar solo esta noche. Estoy demasiado enojado para estar cerca de alguien.

Capítulo 15

Bella

Las puertas del ascensor se abrieron, revelando el ajetreado piso de la oficina del FBI. Salí, mis tacones resonando contra las baldosas pulidas. La luz de la mañana temprana se filtraba por las ventanas, proyectando largas sombras a través de la habitación. Sentí las miradas sobre mí mientras me dirigía a la oficina del Agente Richardson, las miradas curiosas de mis colegas siguiendo cada uno de mis movimientos.

Golpeé la puerta de Richardson, mi corazón latiendo contra mi caja torácica.

—Adelante —llamó su voz áspera.

Entré, encontrándome con la mirada severa de Richardson. Señaló la silla frente a su escritorio. —Siéntese, Agente Marino.

Mientras me sentaba, noté el expediente abierto en su escritorio: mi expediente. Richardson se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados bajo su barbilla.

—Repasemos sus actividades recientes, ¿de acuerdo? —dijo, con un tono cortante.

Asentí, manteniendo una expresión neutral. —Por supuesto, señor.

Richardson hojeó las páginas. —Ha estado pasando una cantidad considerable de tiempo con Luca Vitale. ¿Le importaría explicar eso?

Tomé un respiro para calmarme. —Como usted sabe, señor, Luca es nuestra principal fuente de información sobre las operaciones de la Hermandad Corsa. Ganar su confianza es crucial para el éxito de esta misión.

—¿Y el fin de semana en la mansión Vitale? —Richardson arqueó una ceja.

—Un movimiento estratégico —respondí, con voz firme a pesar de la ansiedad que revolvía mi estómago—. La confianza de Luca en mí es ahora inquebrantable, y hará cualquier cosa que le pida. No sé si ha leído mis informes, señor, pero lo enviamos encubierto a los corsos, y ellos lo enviaron encubierto a la Bratva Serebrov. No es un agente entrenado y tanto subterfugio le pasó factura. Sentí que reconectar con su familia ayudaría a poner su mente en orden.

Los ojos de Richardson se entrecerraron. —Ya veo.

Me incliné ligeramente hacia adelante. —Señor, Luca ha sido asignado al equipo de tráfico de personas. Ha visto el cargamento actual de mujeres. Estamos a menos de 48 horas de rescatarlas y dismantelar la operación corsa en Nueva York.

La expresión de Richardson permaneció impassible, pero noté un ligero cambio en su postura. Estaba escuchando.

—Continúe —dijo.

Proseguí, describiendo la información que había recopilado y nuestros planes para la próxima redada. Mientras hablaba, esperaba estar logrando el equilibrio adecuado entre protegerlo y convencer a Richardson de su valor para la operación.

Cuando terminé, Richardson se reclinó en su silla, sin apartar sus ojos de los míos. —Está caminando por una línea peligrosa, Marino. Espero que sepa lo que está haciendo.

—Lo sé, señor —dije, sosteniendo su mirada sin vacilar—. Entiendo los riesgos, pero las potenciales recompensas son demasiado significativas para ignorarlas.

Los ojos del Agente Richardson se estrecharon mientras se inclinaba hacia adelante, con las manos entrelazadas sobre el escritorio. —El Agente Tanaka ha expresado algunas preocupaciones sobre su relación personal con Luca Vitale.

Mi estómago se tensó, pero mantuve mi rostro neutral. Lo había anticipado, pero escucharlo aún me provocó un sobresalto. Esperé a que Richardson continuara, sin querer revelar nada.

—Tanaka cree que sus interacciones con Vitale pueden estar comprometiendo la misión. Está preocupado de que se esté acercando demasiado —el tono de Richardson era mesurado, pero pude escuchar la acusación subyacente.

Tomé un respiro profundo, considerando cuidadosamente mi respuesta. No podía dejar que mi ansiedad se notara. —Entiendo las preocupaciones del Agente Tanaka, señor, pero puedo asegurarle que mi relación con Luca es estrictamente profesional.

Richardson levantó una ceja. —¿Es así? Tanaka parece pensar lo contrario.

Me incliné hacia adelante, encontrando la mirada de Richardson. —Señor, cualquier cercanía percibida entre Luca y yo es una parte necesaria de su manejo. Él se motiva por la creencia que otros tienen en él y no puedo transmitirle ese sentimiento si soy solo una voz al otro lado de una línea telefónica. Pasar tiempo con él, desarrollar una conexión es crucial para asegurar su cooperación y confianza.

—¿Y está segura de que eso es todo? —insistió Richardson.

—Absolutamente, señor —respondí con firmeza—. Mi dedicación a esta misión es inquebrantable. Nunca pondría en peligro nuestra operación o los objetivos del FBI.

Richardson me estudió, su expresión ilegible. Sabía que tenía que convencerlo de mi profesionalismo, pero también sabía que una palabra equivocada podría desenredar todo.

—Explíqueme, Agente Marino, cómo beneficia esta "cercanía" a nuestra operación —dijo Richardson, su tono desafiante.

Me enderecé en la silla. —Sin la confianza que he construido con él, no estaríamos al borde de este gran avance.

Richardson asintió lentamente, pero pude ver que no estaba completamente convencido. —¿Y está segura de que puede mantener la objetividad? ¿Que sus sentimientos no interferirán con su juicio?

Sentí un destello de indignación ante la implicación, pero lo reprimí. —Señor, he sido entrenada para esto. Entiendo la importancia de la distancia emocional en el trabajo encubierto. Mi prioridad es y siempre será el éxito de esta misión.

Richardson se inclinó hacia adelante, sus ojos taladrando los míos. —Hábleme del fin de semana en la casa de los Vitale. ¿Qué esperaba lograr exactamente?

Tomé un respiro profundo, organizando mis pensamientos. —Fue un movimiento calculado, señor. Al permitirle ir a casa, solidifiqué la confianza de Luca en mí. Más importante aún, me dio la oportunidad de observar las dinámicas familiares de cerca.

Hice una pausa, eligiendo cuidadosamente mis siguientes palabras. —Me aseguré de mantenerme alejada de cualquier discusión operativa. En cambio, me concentré en construir una conexión con Luca y los miembros de su familia. Este enfoque produjo valiosas percepciones sobre sus relaciones y estructuras de poder.

Mientras hablaba, noté que la expresión de Richardson se suavizaba ligeramente. Continué, destacando el aspecto psicológico de mi estrategia.

—Además, el fin de semana permitió a Luca verme en un contexto diferente. Me humanizó a sus ojos, haciéndolo más propenso a confiar en mí. Esta confianza es crucial para nuestra operación en curso.

Richardson asintió lentamente. —Ya veo. ¿Y está segura de que no comprometió ninguna información sensible?

—Absolutamente no, señor —respondí con firmeza—. Mantuve límites estrictos durante toda la visita.

Pude ver que Richardson estaba parcialmente convencido, pero la cautela aún persistía en sus ojos. Sabía que tenía que jugar mi carta más fuerte.

Me incliné hacia adelante, tamborileando con los dedos en el brazo de la silla. — Considere la caída de la Bratva Serebrov. La participación de Luca llevó a que toda su organización se desmoronara en una sola tarde. No estaba planeado, pero sucedió debido a nuestra asociación.

Un destello de interés cruzó el rostro de Richardson. Continué: —Ese nivel de impacto es raro, señor. Demuestra el potencial de nuestra estrategia actual.

Richardson asintió lentamente, su expresión cambiando de escepticismo a consideración. Sentí una oleada de esperanza, pero mantuve mi rostro neutral.

—Hábleme de sus planes para la redada de la Hermandad Corsa —dijo Richardson abruptamente.

Me enderecé en mi asiento. —Estamos planeando un ataque coordinado en su principal centro de distribución. El conocimiento interno de Luca es crítico aquí. Conoce sus protocolos de seguridad, sus rotaciones de personal, incluso sus rutas de escape.

Las cejas de Richardson se elevaron ligeramente. —¿Y confía en esta información?

—La he corroborado con nuestra inteligencia existente, señor. Coincide —respondí con confianza—. Pero más importante aún, la cooperación continua de Luca nos permite adaptarnos en tiempo real. Si cambian sus planes, lo sabremos inmediatamente.

Hice una pausa, dejando que las implicaciones se asentaran. —Nuestra asociación con Luca no es solo útil, señor. Es el eje central de toda esta operación. Y señor, si hubiera visto la mirada de disgusto y desesperación en su rostro cuando habla de las mujeres que vio, estaría convencido de que quiere acabar con los corsos tanto como nosotros.

Richardson se reclinó, sus dedos tamborileando sobre el escritorio. Lo observé cuidadosamente, mi corazón latiendo con fuerza. Los próximos momentos podrían hacer o deshacer todo por lo que habíamos trabajado. —La escucho, Marino. Sus puntos son válidos, y no puedo negar el impacto potencial de esta operación.

Contuve la respiración, esperando su veredicto final.

—De acuerdo —dijo después de una larga pausa—. Le daré el beneficio de la duda. Puede continuar con su enfoque actual.

El alivio me invadió, pero mantuve mi expresión neutral. —Gracias, señor. Aprecio su confianza en mí y en el equipo.

Los ojos de Richardson se estrecharon. —No confunda esto con carta blanca, Marino. Todavía tengo preocupaciones.

—Por supuesto, señor —respondí, con un tono respetuoso—. Lo entiendo completamente.

—Quiero actualizaciones regulares —continuó—. Informes detallados de cada interacción, cada pieza de información. Sin excepciones.

Asentí firmemente. —Absolutamente, señor. Tendrá total transparencia sobre todas

nuestras actividades.

Richardson se puso de pie, señalando el final de nuestra reunión. —Y Marino —añadió, su voz severa—, mantenga un estricto profesionalismo en todo momento. Un paso en falso, un indicio de impropiedad, y la sacaré de este caso más rápido de lo que pueda parpadear. ¿Está claro?

—Clarísimo, señor —respondí, poniéndome de pie también—. No lo decepcionaré.

Mientras me giraba para salir, una mezcla de emociones se arremolinaba dentro de mí. Alivio por haber superado este obstáculo, determinación por llevar la misión hasta el final, y una preocupación persistente sobre la delgada línea que estaba caminando con Luca.

Alcancé el pomo de la puerta, mi mente ya corriendo con planes para nuestro próximo movimiento.

Me dirigí de vuelta a mi escritorio, mis tacones resonando contra el suelo pulido. La oficina zumbaba de actividad, pero apenas lo registré. Mi mente aún estaba en la oficina de Richardson, repitiendo cada palabra, cada matiz de nuestra conversación.

Me hundí en mi silla, tomando un respiro profundo. La fragilidad de mi posición me golpeó como una tonelada de ladrillos. Un movimiento en falso, un desliz, y todo por lo que habíamos trabajado podría desmoronarse. No podía permitir que eso sucediera. No cuando estábamos tan cerca.

Mis dedos se movieron automáticamente, abriendo nuestro canal de comunicación seguro. Necesitaba actualizar a Luca. Mientras esperaba que se cargara el cifrado, repasé lo que diría. ¿Cuánto debería revelar? ¿Cuánto necesitaba saber?

La línea se conectó, y la voz de Luca se escuchó, baja y cautelosa. —¿Todo bien?

—Necesitamos hablar —dije, manteniendo mi voz baja—. Richardson está en alerta máxima. Tiene preocupaciones sobre nuestra... asociación.

Luca guardó silencio por un momento. Cuando habló de nuevo, su tono era serio. —¿Qué tan malo es?

Me recliné en mi silla, frotándome la sien. —Podría ser peor. Nos permite continuar, pero estamos sobre hielo delgado. Necesitamos ser extra cuidadosos a partir de ahora.

—Entendido —respondió Luca—. ¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

Miré alrededor, asegurándome de que nadie estuviera al alcance del oído. —Nos apegamos al plan. Pero necesitamos ser más inteligentes, más discretos. Sin riesgos innecesarios.

—Entendido —dijo Luca—. Mantendré un perfil bajo por mi parte. ¿Algo más?

—No. Eso es todo. Y con suerte, todo esto habrá terminado en menos de cuarenta y ocho horas.

Me quedé mirando el teléfono ahora silencioso, mi mente acelerada. El peso de nuestra situación me presionaba, más pesado que nunca. Cerré los ojos, tomando un respiro profundo para centrarme.

Cuando los abrí de nuevo, capté mi reflejo en la pantalla oscura del ordenador. La mujer que me devolvía la mirada parecía cansada, sus ojos llenos de una mezcla de determinación y duda. Me pregunté, no por primera vez, cómo me había metido en este lío.

Mis dedos tamborilearon sobre el escritorio mientras consideraba nuestros próximos pasos. La operación estaba llegando a su fase crítica, y un movimiento en falso podría desenredar todo por lo que habíamos trabajado. Pero ahora había más en juego que solo la misión.

Saqué una libreta y empecé a anotar nuestras prioridades. Mientras escribía, no pude evitar pensar en Luca. Su voz, su confianza, la manera en que dijo que estábamos juntos en esto. Despertaba algo en mí que había estado tratando de ignorar.

Pero a medida que continuaba planificando, me di cuenta de que la línea entre lo profesional y lo personal se difuminaba cada día más. Mi compromiso con la justicia, mi deber con el FBI y mi creciente conexión con Luca... todo se estaba entrelazando de maneras que nunca había anticipado.

Dejé el bolígrafo y me recliné, exhalando lentamente. El camino que teníamos por delante era traicionero, lleno de posibles peligros. Un paso en falso podría costarnos todo: la misión, nuestras carreras y posiblemente nuestras vidas.

Pero sabía lo que tenía que hacer. Navegaría por este campo minado con cada gramo de habilidad y precaución que poseía. Por el bien de la justicia, por las víctimas que intentábamos salvar y, sí, también por Luca.

Capítulo 16

Luca

El acre olor a miedo y excrementos asaltó mis fosas nasales al entrar en el almacén que albergaba a las mujeres cautivas. Mi estómago se contrajo, pero mantuve mi rostro impassible. Cada movimiento debía ser calculado, cada reacción controlada.

Los ojos fríos de Matteo se clavaron en mí cuando me acerqué. —Vitale —ladró—, hoy te toca catalogar.

Asentí, reprimiendo la ola de repulsión que amenazaba con aflorar. —Entendido.

—Sígueme —ordenó Matteo, guiándome por un pasillo tenuemente iluminado.

Mientras caminábamos, mi mente corría. Catalogar. Las palabras por sí solas me hacían estremecer. Sabía lo que implicaba, y la idea de participar en un acto tan vil, incluso como tapadera, me hacía subir la bilis por la garganta.

Nos detuvimos frente a una puerta anodina. —¿Estás listo?

—Por supuesto —respondí, con un tono neutral a pesar de la ira que ardía bajo la superficie.

Matteo abrió la puerta, revelando una habitación austera. Una mujer estaba de pie dentro, sus movimientos mecánicos mientras organizaba varios artículos sobre una mesa. Sus ojos, cuando se encontraron con los míos, estaban desprovistos de emoción.

—Esta es Ana —dijo Matteo—. Ella te mostrará cómo se hace.

Entré, con el corazón palpitante. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, dejándome a solas con Ana, me preparé para lo que vendría. El aire se sentía denso, cargado de horrores inefables.

La voz de Ana, cuando finalmente habló, estaba tan inerte como sus ojos. —Comencemos. Saco a una mujer de la jaula a la vez. La lavo con la manguera, la limpio y la visto. Tomamos fotos, tratando de evitar mostrar moretones, y tú haces tu cosa en la computadora.

Me senté frente a la computadora, mis dedos suspendidos sobre el teclado mientras Ana colocaba el primer montón de polaroids a mi lado. Cada imagen era un golpe en el estómago: mujeres jóvenes con miradas vacías, sus espíritus aplastados.

—Sube estas al servidor seguro —instruyó Ana, con voz monótona—. Asegúrate de que las descripciones coincidan.

Asentí, incapaz de confiar en mi voz. Mientras comenzaba el proceso de carga, mi rabia amenazaba con desbordarse. Estas no eran solo fotos; eran vidas, sueños, futuros... todos destrozados.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —le pregunté a Ana, tratando de mantener un tono casual.

Ella se encogió de hombros. —El suficiente.

Volví la mirada a la pantalla, obligándome a concentrarme en la tarea. Con cada carga, juraba en silencio: "No terminarán donde quieren que estén. Me aseguraré de ello".

Las horas se arrastraron, un desfile interminable de miseria pasando ante mis ojos. Me dolía la mandíbula de apretarla tan fuerte.

—Casi terminamos —dijo Ana, colocando el último montón a mi lado.

Gruñí en respuesta, mis dedos volando sobre las teclas. Mientras subía la última foto, una mezcla de asco y alivio me invadió. Había terminado.

—Buen trabajo —dijo Ana, con tono plano—. Matteo estará complacido.

Me puse de pie, estirando mis músculos entumecidos. —Sí, genial —murmuré, incapaz de mantener la amargura fuera de mi voz.

Al salir de la habitación, mi determinación se endureció. Esta operación caería, y yo sería quien la hiciera desplomarse. Costara lo que costara, estas mujeres serían libres.

Entré tambaleándome al ático, mi cuerpo pesado por el agotamiento. Bella estaba de pie en la sala de estar, sus ojos verdes observándome atentamente. La preocupación en su rostro solo alimentó mi ira.

—¿Cómo estuvo tu día? —preguntó suavemente.

La pregunta rompió algo dentro de mí. Me lancé hacia adelante, mi puño conectando con la mesa de café de cristal. Se hizo añicos, los fragmentos volando por todas partes. El estruendo resonó por toda la habitación.

—¡Luca! —exclamó Bella, corriendo a mi lado.

Miré fijamente mi mano sangrante, la vergüenza y la rabia librando una batalla dentro de mí. —Subí sus fotos, Bella. Las puse en exhibición como si fueran ganado.

Bella tomó suavemente mi mano, su toque inesperadamente reconfortante. —Vamos a limpiar esto —murmuró.

Mientras me conducía al sofá, no pude evitar que las palabras brotaran. —Había tantas. Jóvenes, asustadas. Y tuve que actuar como si fuera normal.

Bella se sentó a mi lado, quitando cuidadosamente los vidrios de mis nudillos. —Estás haciendo lo que tienes que hacer —dijo, con voz firme—. Ambos lo estamos haciendo.

Hice una mueca cuando sacó un fragmento particularmente profundo. —Eso no lo hace correcto.

—No —concordó Bella, alcanzando el botiquín de primeros auxilios—. Pero es necesario si queremos derribar toda esta operación.

Observé cómo vendaba mi mano, sus movimientos precisos y gentiles. La intimidad del momento me golpeó, un contraste marcado con la violencia de mi arrebato.

—Lo siento —dije, con voz baja—. Por perder el control de esa manera.

Los ojos de Bella se encontraron con los míos mientras aseguraba el vendaje. —No te disculpes por sentir, Luca. Es lo que nos separa de ellos.

Sus palabras me golpearon con fuerza. Asentí, incapaz de hablar más allá del nudo en mi garganta.

Bella se inclinó, sus labios encontrándose con los míos en un beso desesperado y crudo. Lo correspondí, vertiendo toda mi ira y dolor en la conexión. Por un momento, me perdí en su toque, en el calor de su cuerpo contra el mío.

Pero entonces los rostros de esas mujeres pasaron por mi mente. Me aparté, mi voz cargada de emoción. —No puedo tocarte esta noche. No hasta que sepa que esas mujeres están a salvo.

Los ojos verdes de Bella escudriñaron los míos, llenos de comprensión y determinación. Asintió, su mano apretando suavemente la mía. —Lo sé —dijo en voz baja—. Las sacaremos. Tenemos que hacerlo.

Me puse de pie, sintiendo de repente el peso del agotamiento presionándome. — Deberíamos intentar dormir —dije, aunque el sueño parecía una posibilidad lejana.

Bella se levantó, su mano aún en la mía. —Vamos —dijo, guiándome hacia el dormitorio.

Nos movimos en silencio, la gravedad de nuestra misión compartida flotando entre nosotros. Al acostarnos, Bella entrelazó sus dedos con los míos, un gesto silencioso de apoyo.

Miré fijamente al techo, mi mente acelerada. —¿Y si llegamos demasiado tarde? — susurré en la oscuridad.

—No podemos pensar así —respondió Bella, su voz firme—. Nos concentramos en lo que podemos hacer, un paso a la vez.

Giré la cabeza para mirarla, impresionado por su fuerza. —¿Cómo te mantienes tan calmada?

Los labios de Bella se curvaron en una sonrisa triste. —Años de práctica. Y el conocimiento de que perder el control no ayudará a nadie.

Asentí, apretando su mano. Nos quedamos allí en silencio, encontrando consuelo en la presencia del otro mientras la noche se alargaba.

Un estruendo me despertó de golpe. Mi mano voló hacia la pistola bajo mi almohada, los dedos curvándose alrededor del frío metal. A mi lado, Bella ya estaba en movimiento, su propia arma levantada.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. Una figura irrumpió, recortada contra la luz del pasillo. Apunté, con el dedo en el gatillo, cuando me golpeó el reconocimiento. Tanaka.

Me quedé inmóvil, el arma aún apuntando a su pecho. Bella bajó la suya.

—¿Qué demonios? —gruñí, con el corazón latiendo con fuerza.

Los ojos de Tanaka brillaron al tomar la escena: Bella y yo, juntos en la cama. Sus labios se curvaron en una sonrisa triunfante.

—Vaya, vaya —dijo, su voz goteando satisfacción—. ¿No es esto acogedor?

La rabia hirvió en mis venas. ¿Quién se creía este bastardo que era, irrumpiendo aquí? Quería borrar esa mirada petulante de su rostro.

Pero no podía. Un movimiento en falso podría arruinarlo todo. Meforcé a bajar el arma, aunque cada instinto gritaba que la mantuviera apuntada hacia él.

—¿Qué está haciendo aquí, Tanaka? —preguntó Bella, su tono calmado y profesional a pesar de nuestra posición comprometedora.

Él la ignoró, su mirada fija en mí. —Sabía que había más en esto que una simple operación encubierta —dijo—. Y ahora tengo pruebas.

Reprimí un gruñido. Este imbécil arrogante no tenía idea de a qué nos enfrentábamos, de las vidas en juego. Su triunfo por atraparnos en la cama juntos era patético comparado con el verdadero peligro que enfrentábamos.

—Usted no sabe nada —dije, manteniendo mi voz baja y controlada.

Los ojos de Tanaka se estrecharon. —Sé lo suficiente. Al jefe de sección le interesará mucho saber sobre este... arreglo.

Apreté la mandíbula, luchando por mantener la compostura. Un puñetazo. Eso es todo lo que tomaría para dejarlo en el suelo. Pero no podía. No sin arriesgar todo por lo que habíamos trabajado.

La expresión de Bella se endureció, una mezcla de desafío y resignación. Sabía las implicaciones de ser atrapados así, pero no se estaba echando atrás.

Tanaka se volvió hacia ella, su voz llena de santurróna justicia. —Pequeña zorra sucia —

escupió—. Acostándote con el enemigo. ¿Es así como conduces todas tus operaciones?

Mis puños se apretaron tanto que sentí mis uñas clavándose en las palmas. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, listo para saltar. Pero me contuve. Cualquier movimiento ahora podría empeorar las cosas para ambos.

La voz de Bella era hielo. —Se está pasando de la raya, Tanaka.

Él se burló. —¿Lo estoy? Has comprometido toda esta misión. Quiero una explicación, ahora.

Observé a Bella cuidadosamente, mis instintos protectores en alerta máxima. Pero ella permaneció calmada, su voz firme mientras hablaba.

—Esta relación es necesaria para mantener mi tapadera —dijo—. La posición de Luca en la Hermandad me da acceso que no podría obtener de otra manera. Es un movimiento estratégico, nada más.

El escepticismo de Tanaka era evidente en sus ojos entrecerrados y su mandíbula tensa. —Una excusa conveniente.

No pude quedarme callado por más tiempo. —Es la verdad —gruñí—. ¿Cree que la Hermandad confiaría en un extraño? Esta es la única manera de obtener la información que necesitamos.

La mirada de Tanaka volvió bruscamente hacia mí. —¿Y por qué debería creer algo de lo que dices?

Sostuve su mirada, sin pestañear. —Porque sin nosotros, no tiene nada. Ni pistas, ni evidencia. Solo un montón de sospechas y una operación fallida.

Los ojos de Tanaka se estrecharon aún más, su mirada taladrándome. —Tu lealtad, Vitale. ¿Dónde reside realmente?

Mantuve mi voz firme, medida. —En derribar esta operación de tráfico. He visto los horrores de primera mano. Hoy catalogué los rostros de mujeres que han sido robadas de sus vidas. Estoy comprometido a ponerle fin a esto.

No era una mentira, no del todo. Sí quería detener el tráfico. Pero mis lealtades eran más complejas de lo que Tanaka podría entender jamás.

—Bonitas palabras —se burló Tanaka—. Pero las acciones hablan más fuerte. ¿Cómo sé que no están jugando a dos bandas?

Me incliné ligeramente hacia adelante.

—Porque todavía estoy aquí, hablando con usted. Si quisiera traicionarlo, ya lo habría hecho.

Tanaka caminaba por la habitación, con pasos rápidos y agitados. Casi podía ver los engranajes girando en su mente mientras buscaba agujeros en nuestra historia.

—Ustedes dos parecen demasiado cómodos para ser un acuerdo puramente profesional —dijo, señalando entre Bella y yo.

Mi mano se tensó sobre mi arma mientras Tanaka continuaba caminando. La tensión en la habitación era lo suficientemente espesa como para asfixiarse. Mantuve mi respiración estable, mis ojos siguiendo cada movimiento de Tanaka.

—Si están tan comprometidos —dijo Tanaka, volviéndose hacia mí—, entonces pruébenlo. Denme algo concreto. Nombres, fechas, ubicaciones.

Intercambié una mirada rápida con Bella. Este era un territorio peligroso.

—Sabe que no puedo hacer eso —dije con cuidado—. Estamos en camino de derribarlos mañana. Cualquier filtración que se remonte a mí pone en riesgo toda la operación.

La frustración de Tanaka era palpable.

—Conveniente —escupió—. Siempre una excusa.

Los ojos de Tanaka se estrecharon, su mirada saltando entre Bella y yo. De repente, dio un paso atrás y sacó su teléfono.

—¿Qué está haciendo? —exigí, mis músculos tensándose.

No respondió, pero el flash de su cámara me lo dijo todo. Mi mandíbula se tensó mientras tomaba varias fotos en rápida sucesión.

—Seguro —dijo Tanaka, su voz impregnada de satisfacción arrogante—. En caso de que a alguno de ustedes se le ocurra negar este pequeño... arreglo.

Me habría lanzado sobre él, pero la mano de Bella en mi brazo me detuvo.

—Esto no ha terminado —continuó Tanaka, su tono afilado—. A partir de ahora, cada uno de sus movimientos será vigilado. Un paso en falso, y tendré toda la evidencia que necesito para cerrar toda esta operación.

Bella sostuvo su mirada sin pestañear.

—No tenemos nada que ocultar, Tanaka —dijo, con voz firme—. Haga lo que tenga que hacer.

Admiré su compostura, incluso mientras mi propia ira bullía justo debajo de la superficie. Los ojos de Tanaka se demoraron en nosotros un momento más antes de que se girara y se dirigiera hacia la puerta.

El portazo resonó por la habitación cuando se fue, dejando atrás un pesado silencio. Exhalé lentamente, mi mente acelerada. Esta complicación podría poner en peligro todo por lo que habíamos trabajado.

La historia continúa en [Poder y Pasión](#).